

Clara Delgado Valero nació en Ballesteros de Calatrava (Ciudad Real) en 1952 y falleció en Madrid en 1998. Licenciada en Magisterio, ejerció su profesión durante varios años al tiempo que se licenciaba también en Historia del Arte por la Universidad Complutense de Madrid. En 1980 presentó su Memoria de Licenciatura sobre el arte de la Taifa toledana. En 1984 defendió su Tesis de Doctorado, *Formas islámicas toledanas*, obra que en la actualidad se considera de referencia imprescindible sobre el tema, y que sería publicada con el título de *Toledo islámico. Ciudad, arte e historia*. Desde 1990 hasta su muerte fue Profesora Titular de Historia del Arte en la Universidad Nacional de Educación a Distancia.

No es, sin embargo, su faceta investigadora la que se aborda en este volumen, sino su vertiente humana y personal irrepetible, que ha animado a varias docenas de los que fueron sus amigos a reunirse y escribir sobre ella, sobre sus viajes, sus anécdotas, su cálida amistad, sus ágapes y, por encima de todas las cosas, sobre el insoportable vacío que ha dejado su intolerable desaparición



TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

All rights reserved

Copyright: Juan Ignacio Aragonés Tapia

Fotografías: María José Vázquez, J.I. Aragonés, Clara Delgado

Maquetación y diseño: Jaime Sánchez Ratia

Primera edición: Enero de 2000

De la edición:

La Mota Negra Ediciones

Augusto Figueroa, 39, 2º C

28004 MADRID-SPAIN

Teléfono y Fax: 915324627-915549112

I.S.B.N: 84 - 922418 - 5 - 3

Depósito Legal: M - 5870 - 2000

Filmación: **Siete punto cero**

C/Luis I, portal 8B, última planta

28031 Madrid (España)

Impreso en España por **Caro Industrias Gráficas S.L.**

Gamonal, 2 (Polígono Industrial de Vallecas)


28031 Madrid (España)

**CLARA DELGADO VALERO
Y SUS AMIGOS**

CLARA DELGADO VALERO Y SUS AMIGOS



Alberto Nicolini & Ana Rodríguez & Ángela Franco & Armando Rodríguez & Asunción Ferreras & Aurora Ruiz Mateos & Begoña Mendizábal & Blanca Aragonés & Carmen Delgado Piedrabuena & Carmen García Camba & Carmen Sarrión & Diego Suárez Quevedo & Elías Hayali Agopian & Encarna Sarriá & Alejandro Ruiz & Esperanza Martín Montes & Federico Corriente & Francisco Masa & Francisco Pérez Corral & Guillermo Aragonés Tapia & Helen Hadkins & Isabel Caño & Jaime Alvar Ezquerro & Jaime Sánchez Ratia & José Antonio Corraliza & José María Blázquez & Juan Antonio Ramírez & Juan Ignacio Aragonés & Juan Meneses & Juan Zozaya & Magdalena Merlos & María José Vázquez & María Teresa Pérez Higuera & Matilde Revuelta Tubino & Mercedes Bartolomé & Miguel Ángel Castillo & Miguel Ángel Larriba & Palma Martínez Burgos & Paloma, Sol, María, Isabel y Jacobo & Patrocinio López Herrada & Pepa Rodríguez Molina & Pilar Rozas Butrón & Pilar Ruiz-Va Palacios & Pilar Tormo Martín & Ricardo Izquierdo Benito & Víctor Nieto Alcaide & Victoria Soto & Yolanda Guerrero



*¿Quién detendrá la hemorragia?
Pues todo lo que amamos parte o muere.
Oh, buques de silencio, agendas de agua,
puñados de viento. Nos veremos otra vez
en otro nacimiento
o en una nueva era venidera
(...)*

*Abdelwahhab al Bayati,
de Poemas de amor ante las
siete puertas del mundo*



*«...temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo...»*

(M. Hernández, Elegía por Ramón Sijé)

A close-up portrait of Clara Delgado Valero, a woman with dark, wavy hair, looking directly at the camera with a slight smile. She is wearing a patterned jacket and a white ruffled collar. The background is a soft, out-of-focus light color.

Clara Delgado Valero

y sus amigos

I. PRESENTACIÓN



P r e s e n t a c i ó n

Ha pasado más de un año desde la muerte de Clara. Nuestro dolor se ha acostumbrado a nosotros, a lo mejor porque se ha hecho viejo también, como nuestro recuerdo; no así la añoranza de su presencia, de su gazpacho, de su cabellera y de su contundente mahonesa. Cómo sus amigos, su marido, su hija, sus familiares y todos quienes la queríamos hemos podido sobrevivir tanto tiempo a Clara es cosa que no sabría explicar muy bien. Quizás sea este libro uno de los empeños que nos han tenido entretenidos estos largos días. Puede que sea tan sólo la agridulce conciencia de saber que Clara no se ha ido, que sólo se nos ha adelantado, ha cogido unos largos de camino, ha tomado —cual era su costumbre en vida— unos pasos de ventaja, y nos espera, con sus brazos en jarra y su sonrisa medio invitadora, medio apremiante, a la vuelta de este periplo azacanado que es la existencia.

Juan Ignacio —su esposo—, Jaime Alvar y quien esto escribe tuvimos la idea —una tarde desolada de ese luto alborotado e hiperbóreo que ha seguido a la desaparición de Clara— de escribir, en la conciencia de que el dolor pierde los dientes, de que la vida impone a quienes en ella estamos un ritmo severo y inapelable de galera romana, de que los detalles se funden y sólo quedan en la memoria formas borrosas, desenfocadas, que se resisten a hacerse nítidas, tuvimos la idea, decía, de escribir un libro sobre Clara, en el que cada cual rememorase a su gusto la figura de Clara, su silueta, su hospitalidad, los viajes realizados en su compañía o cualquier otra cosa que el recuerdo de Clara le inspirase. Iba a ser en principio un volumen modesto: empezó siendo un cuaderno y ha acabado, por el aumento exponencial, vertiginoso, del número de sus autores entusiastas, hecho un libro de verdad, si bien sucinto para la persona cuyo recuerdo trata de encerrar; como esos libros viejos, inatendidos en las estanterías durante largos años, que guardan entre sus páginas una hoja seca y lisa, ínfima porción —quién lo duda— del gigantesco roble del que fue arrancada, pero que con todo, en su infinita modestia apergaminada y quebradiza, envía a nuestro espíritu desprevenido un latigazo breve e intenso, que nos inspira de golpe la totalidad majestuosa y sombría del árbol en que creció.

Eso queríamos que fuera este *Clara Delgado Valero y sus amigos*: una modesta hoja tomada de ese árbol frondoso que fue Clara, a cuya sombra tantas veces nos cobijamos; una hoja que un día encontraremos entre las páginas de la vida, y que pondrá rasgos y ademanes, aliento y carcajadas, a los largos borrones del recuerdo y la nostalgia. Quizás también pretende ser, en toda su inocencia, un pequeño homenaje sincero a su figura y, desde luego, una disparatada demostración de que hay vida

después de la muerte, aunque sea la vida minúscula de la recreación y la remembranza de personas y momentos que se fueron para siempre.

El libro, abierto a todo aquél que quisiera participar, está dividido en ocho capítulos. El primero es la presentación que el lector tiene abierta en este momento. En el segundo, Juan Ignacio Aragonés, quien fuera compañero y esposo de Clara Delgado Valero, hace un breve repaso a la vida de Clara. Se incluye, además, una breve reseña bibliográfica de Clara. En el tercero son sus amigos quienes escriben sobre ella (lo que no quiere decir, desde luego, que quienes vean su texto en otro capítulo no fueran sus amigos). En el cuarto, se reproducen algunas de las necrológicas y reseñas aparecidas en la prensa o leídas en los diversos homenajes celebrados en Toledo, con motivo de la presentación de *Regreso a Tulaytula*, y en Madrid, en el acto celebrado en el Museo Arqueológico Nacional. En el quinto, que es mudo, las cosas —tantas cosas— que rodearon a Clara hablan de su desaparición, de su abandono y, sobre todo, de su ausencia pues, siendo las personas las que dan sentido al ser de las cosas, son éstas las que con más elocuencia hablan de su no presencia. En el sexto figuran los índices. En el séptimo, es Blanca quien habla de su madre y se despide de ella, en una nota de despedida que escribió pocos días después de la muerte de Clara. Para el último y octavo, he escogido unos versos de Tahar Ben Jelloun, de su libro *Médinas*. Son unos bellos versos y creo que a Clara le hubieran gustado para su propio *hueco vital*.

Quizás la calidad de las fotos no sea la mejor, pero téngase en cuenta que provienen de álbumes familiares, la mayoría de las veces en color —con la pérdida de calidad que conlleva su paso a blanco y negro—, y que el tiempo ha pasado por ellas, como sobre todo el mundo. Pretenden sólo avivar recuerdos, nunca edulcorarlos.

Jaime Sánchez Ratia (*coordinador*)

II. CLARA



Dado que soy el que mejor la conoció en sus diferentes facetas, se me ha pedido que escriba una breve biografía para situar a Clara Delgado Valero. Esta labor de hacer un pequeño bosquejo de su vida desde la frialdad de los datos biográficos no es suficiente para evitar que afloren sentimientos en el texto. Muchos testimonios aparecen en el libro, sobre cuál era su origen, sus estudios, sus aficiones y, sobre todo, su poderío como persona que atraía a los demás. Evidentemente, la muerte en plena madurez ha hecho que su pérdida haya sido más dolorosa, y su ausencia más sentida, pero estoy seguro de que el mayor dolor que produce su muerte se debe a su fuerza, a sus atenciones con el otro, a su don de saber estar con los que la rodeaban aunque fuera por sólo unos instantes.

Esta persona que fue mi esposa, un ser no sé si «único», pero sí excepcional, nació el 27 de julio de 1.952 en Ballesteros de Calatrava (Ciudad Real) ocupando el segundo y último puesto en la descendencia de la familia, tras un hermano, trágicamente desaparecido en la niñez. La vida de aquellos años no era fácil para la gran mayoría de los españoles y para Clara, probablemente, no fue mejor que para el resto. Su infancia transcurrió en un pueblo donde sólo la candidez podía hacer felices a los niños. Pronto, cuando Clara tenía seis años, llegó una gran desgracia familiar, la muerte del hermano en un impensable accidente, que la convirtió, de la noche a la mañana, en hija única de una familia enlutada. Esta nueva situación familiar iba a cambiarle la vida a la que estaba originalmente destinada. Fue creciendo en el pueblo —parece que siempre en torno a su madre, según ella misma contaba— y estudiando en la «unitaria», como le gustaba decir a Clara, siempre orgullosa de sus orígenes. Al iniciar el bachillerato, cuando Clara andaba en torno a los 11 años, fue a Ciudad Real y se instaló en una residencia de monjas; pasado el tiempo, se mudó a casa de unos tíos. En esta ciudad pasaría toda su adolescencia y primera juventud, regresando a casa los fines de semana y en vacaciones. Por lo que me contó en años posteriores, podría decirse que su vida era la de una «buena chica» de la época. Terminado el bachiller, siguió la carrera de Magisterio, que estudió en la misma ciudad. Me la imagino entonces tímida y provinciana. En esa época, su prima Leonor se convierte en su mejor amiga y confidente. Era como su hermana, me repitió muchas veces. Pasaron los años y, finalizados los estudios de Magisterio, se planteó venir a Madrid a trabajar y conocer nuevos mundos, no sin cierta oposición familiar. Atrás quedaba su familia y su pueblo, con los que tuvo al principio una relación ambivalente. Pero con el paso de los años fue sintiéndose a gusto con el papel de matrona que había tenido su madre para con la familia y se identificó poco a poco con su pueblo como un lugar tranquilo y de reencuentro con la niñez.

En Madrid, recaló en un piso de jóvenes de su edad, con las que compartía la profesión de maestra. Pronto se sumó su prima Leonor y se formó la “familia de los amigos”, ésa que ofrece una vida llena de oportunidades y predispone a disfrutarla. Si bien esto pudo ayudar a Clara en su desarrollo posterior, también es cierto que no le hacían falta muchos estímulos fuera de sí misma, ya que los tenía en su interior. En Madrid, empezó a trabajar en un colegio instalado en un piso del barrio de Aluche y, al curso siguiente, se fue a un parvulario por el Viso. Durante este tiempo combinó los estudios de Geografía e Historia en la Universidad Complutense con el trabajo y los

viajes de muchos fines de semana para ver a sus padres en Ballesteros, sin por ello descuidar la afición que, sin duda alguna, más amaba: el baile. Los viajes también fueron su gran pasión. Para ella no existían las fronteras. Su primer viaje importante fue a Roma, en el año 1974. Ella siempre pensó que no lo había aprovechado, al menos como se merecía la Ciudad Eterna, y quiso repetirlo el último año de su vida, pero fue ya imposible. Esta ciudad, junto con Venecia y la Cuba de Castro, creo que fueron sus asignaturas pendientes, viajes que quedaron para siempre aplazados por la muerte. Algunos de los numerosos periplos que realizó se explican de forma sucinta en las referencias que el lector encontrará a lo largo de este libro. Sin embargo, creo que uno de ellos merece una mención especial, por la trascendencia que tuvo para nuestras vidas y, en el caso de Clara, por partida doble. En 1975 viajamos a Egipto con los viajes que organizaba José María Blázquez, prestigioso catedrático de Historia Antigua de la Universidad Complutense y arqueólogo de fama, que luego se convertiría en uno de sus principales mentores. En ese viaje nos conocimos Clara y yo, y esa relación continuaría hasta su desgraciada muerte. Además, Clara quedó fascinada por la cultura árabe, y la convirtió en la que sería la gran vocación intelectual de su vida. Este viaje, y otros que siguieron, nos permitieron entrar en contacto con el mundo académico, que hasta aquel entonces nos era ajeno y conocimos a profesores que inculcaron en nosotros el afán de la investigación, cada uno en su campo.

En 1978, Clara se traslada a un piso que habían adquirido sus padres cerca del anterior, en la calle Feijóo, siempre en Chamberí, que fue su barrio: nunca accedió a cambiar de barrio, a pesar de no faltarle buenas oportunidades. Creo que no sólo porque le daba seguridad el hecho de que fuera un lugar conocido, sino porque también le horrorizaba la soledad. Justificaba su decisión diciendo: «Me gusta echar pie a la calle y que haya gente». Pero, sobre todo, porque tenía el cine —otra de sus pasiones— cerca. Eso sí, que no fueran películas de sufrir, porque a Clara le gustaba el cine como evasión y entretenimiento y, en concreto, las películas tiernas, de amor. Esos años vivimos juntos, primero con Leonor y luego con Ana. En esa casa hicimos nuestras tesis y pasamos los primeros años de nuestra relación, que creo que nunca fue fácil, aunque sí intensa, desde luego. Viajamos, comenzamos a trabajar en la Universidad e hicimos los grandes amigos que la acompañaron hasta sus últimos momentos.

En 1984 nos casamos y en 1986 nos mudamos a Glorieta de Quevedo, 3. Esta casa, podría decirse, se convertiría, más si cabe, en «parada y fonda» de numerosos amigos y conocidos. Por entonces, Clara ya es una mujer madura, que sabe lo que quiere o, al menos, cree saberlo. También en esta casa le llegaría su estabilidad profesional, al obtener la plaza de profesora titular de la UNED en 1990. En 1991 nace nuestra hija, Blanca. Había colmado sus ambiciones tanto familiares como profesionales y sólo querrá dedicarse a la disciplina que tanto le hacía disfrutar: el arte islámico. Pronto, sin embargo, darían comienzo sus sufrimientos. Su madre, también llamada Clara, entra poco a poco en una dolencia terminal que requiere atenciones tan primarias que Clara opta por traer a sus padres a vivir con nosotros. Esta situación va a suponer un profundo calvario familiar, aunque Clara, con su fuerza, simpatía y capacidad de resolución,



1952-1980





Handwritten note in the bottom right corner of the abstract image.

1981-1998



como si la situación no fuera tan complicada como lo era, sólo en algunos momentos de debilidad dejaba traslucir su angustia. Los cinco años que duró la enfermedad de su madre, una mujer que siempre pareció su alter ego, hicieron sufrir a Clara de tal manera que muchos amigos se preguntaron después en voz baja: «¿Qué parte de la enfermedad de Clara se debe a los sufrimientos que le ocasionó la enfermedad de su madre y la profunda dependencia que tenía de ella?» No lo podremos saber nunca. Lo cierto es que su padre, Amalio, murió en 1996, su madre a los cinco meses, en 1997, y ella misma enfermó tres meses después. Su estado se agravó a lo largo del año y falleció el 1º de octubre de 1998 en Madrid, tras una dolorosa enfermedad, durante la que su único consuelo fue sentirse querida por los numerosos amigos que atesoró a largo de su vida.

La biografía profesional de Clara como universitaria empieza cuando entra en contacto con el Departamento de Historia del Arte Medieval y Árabe y Cristiano de la Universidad Complutense, en cuarto de carrera y, especialmente, con la profesora Rosa Romero, también fallecida, como Clara, prematuramente. Con ella daría sus primeros pasos en el arte islámico. La veneración que Clara sentía por Rosa era tal que no dudó ni un instante en dedicarle su principal obra: Toledo Islámico. En 1980 da lectura a su Memoria de Licenciatura, escrita bajo la dirección de la Profesora María Teresa Pérez Higuera y con posterioridad, en 1985, defiende su tesis doctoral, que dirigió el profesor José María Azcárate. Ambos trabajos versaron sobre el arte islámico y tuvieron a Toledo como objeto de estudio. Cualquiera que se dedique al mundo académico sabe la importancia de estos años en la formación y posterior desenvolvimiento en ese mundo. Clara comenzó como todos los aprendices, asistió como alumna meritoria a excavaciones, fue becaria y profesora de clases prácticas en el Museo del Prado, destinadas a los norteamericanos que vienen a realizar estadias en España. Durante esas actividades, hizo muchos amigos, lo que, conociendo a Clara, no era de extrañar. A casa acudían alumnos estadounidenses a tomar café y pasar el rato, compañeros de la universidad y algún que otro arqueólogo.

En 1984, Clara se vincula al «Centro Universitario de Toledo» como profesora de Historia del Arte. Allí comienza su carrera como profesional de la docencia universitaria, una etapa que duraría hasta 1989. Durante esos años no sólo consolida las relaciones que había mantenido durante sus estudios sobre el Toledo Islámico y las excavaciones que dirigió, sino que sus relaciones se multiplican, haciéndose con una nueva plétora de amigos. Todavía me impresiona ver las agendas de Clara, por la enorme cantidad de teléfonos y direcciones que contienen. Y doy fe de que a todos los dueños de aquellas señas atendía con devoción, sin importarles que fueran amigos sólo míos. Con posterioridad, en 1989, obtiene plaza de profesora asociada en la UNED, con lo que pasa a trabajar en Madrid definitivamente. El día en que opositó a Titular, la universidad presencial perdió a una magnífica docente; eso le dijeron y es una opinión que yo comparto. Pero también sé que Clara prefería la UNED y me lo decía muchas veces: «Aunque me ofrezcan una cátedra en una universidad presencial de Madrid, yo no me voy de aquí.» Sus trabajos de investigación fueron muchos y no es cuestión de reseñarlos aquí todos.

Pero me voy a permitir citar al final de estas líneas algunos de los que ella estaba más orgullosa, además de sus tres publicaciones póstumas. Una de ellas la terminó en el hospital, ya grave.

El legado de Clara no es probablemente excepcional para aquellos que no la hayan conocido, porque sólo los que han estado a su lado han podido sentir su embrujo. Sin embargo, creo que en los tres niveles en los que discurre la vida de las personas supo dejar algo digno del mayor agradecimiento. En el plano biológico nos dejó lo más hermoso, a nuestra hija Blanca, a la que quiso con todo su corazón. En el plano social nos legó un gran tesoro. Si se hiciera un sociograma de sus amigos se vería cómo ella era quien iba trenzando sobre círculos concéntricos la tupida red de amigos y relaciones que en torno a ella se tejía naturalmente, y que lo hacía sin sentirse centro de nada ni protagonista de ninguna película. Con su desaparición, la red se debilitará pero, con seguridad, no desaparecerá, al menos en mucho tiempo. En el tercer plano, el cultural, ha dejado sus escritos que —a decir de los entendidos— son de notable valor científico. Yo sólo puedo decir que los escribió con entusiasmo y pensando que a alguien podrían ser útiles.



Este es un breve bosquejo de una persona llamada Clara Delgado Valero. No pretende ser un retrato fiel, pero sí ayudar a aquellos que no la conocieron a intuir cómo era. Los demás, los que la conocimos, la llevamos y la llevaremos en el corazón y somos los mejores testigos de quién era y cómo y cuánto nos quiso.

JUAN IGNACIO ARAGONÉS

Bibliografía selecta de Clara Delgado Valero:

*Materiales para el estudio morfológico y ornamental del arte islámico en Toledo. *Consejería de Educación y Cultura - Museo de Santa Cruz. Toledo, 1987.*

*Toledo Islámico. Ciudad, Arte e Historia, *Editorial Zocodover. Toledo, 1987.*

*El Arte del Islám. *Anaya. Madrid, 1991.*

*La ciudad de Toledo en época islámica: Estructura y funciones de los espacios urbanos. *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos de Madrid, XXX, pp. 275-321. Madrid, 1998.*

*La estructura urbana de Toledo en época islámica. *AA.VV. Regreso a Tulaytula: Guía del Toledo Islámico (siglos VIII-XI; pp. 15-157). Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo, 1999.*

*Homenaje a Clara Delgado Valero. (*título provisional*) *Madrid, UNED, (obra en prensa).*

III. LOS AMIGOS DE CLARA



JAIME ALVAR EZQUERRA

«Controvertida y humana, obstinada y generosa...

(Leído en la presentación de *Regreso a Tulaytula*)

A nadie se le oculta la dificultad que entraña abrir el turno de intervenciones en esta mesa redonda, compuesta como consecuencia de una dolorosísima escisión de nosotros mismos. Porque de un modo u otro todos los presentes hemos conocido a Clara Delgado, cuya obra póstuma hoy aquí se ha presentado.

En otras circunstancias el acontecimiento hubiera guardado una apariencia protocolaria de corte académico. O quizás no, porque Clara desbarataba cualquier protocolo con su mera presencia: desde su panocha zanahoria a sus estrambóticas medias —tatuaje de su piel cuando *The Sock Shop* no era accesible más que para espíritus divertidos alucinando en la pérfida Albión— todo en ella era de atractiva agresividad.

O quizás no para todos. En efecto, en estos últimos tiempos —oscurecidos por la luz ausente— indagamos, como Lucrecio, acerca de la naturaleza de las cosas y vislumbramos qué tipos eran atraídos por esa personalidad políticamente incorrecta, que amaba la universidad pero no era correspondida por la Academia hipócrita, rimbombante y pacata. Los desaires, las zancadillas, las maquinaciones parecen definitivamente olvidadas y, sin embargo, sus cicatrices son patentes en el daño producido. Cuando todo son alabanzas y quien más y quien menos se engancha al cortejo de plañideras, sorprenden depar-

tamentos que sólo acuden a requerimientos mediante lisonjas o viejas amigas que no encuentran el instante de paz o la palabra adecuada para compartir públicamente su memoria. ¡Qué más da!

Yo, desde luego, no me considero convocado para ejecutar el papel de *mater dolorosa*, sino como amigo dispuesto a abrir tímidamente el atillo de los recuerdos para quienes compartimos más o menos intensamente la vida. Agradecemos a Palma el empeño puesto para reunirnos

aquí con el objetivo de poder escuchar las sentidas evocaciones de sus compañeros y amigos.

No sé qué perfiles destacarán otros del carácter de Clara, yo confesaré por vez primera los celos que me habéis causado cuantos habéis compartido conmigo su amistad. Su arrolladora personalidad no dejaba a nadie impertérrito. Ejercía una atracción fascinante para todos aquellos que se sentían vivos en un mundo ajeno al del orden establecido y ella, matrona feliz entre esa turba, repartía bendiciones como consejos, amistad como consuelo y cobijo como enseñanza de su sensibilidad social.

Y ello tan indiscriminadamente que provocaba en mí incontenibles celos.

Su disparatada presencia aplaudida por cuantos se hallaban al límite del otro lado resultaba simpáticamente irritante al *establishment* que nunca le facilitó el acceso a las mieles del funcionariado universitario. Y, a pesar de los pesares, logró el objetivo al que con tanto empeño había dedicado su vida. En tales condiciones, creo, Clara representaba la insólita oportunidad,



Suhela, Turquía, 1984

el ejemplo de la viabilidad de lo inverosímil, el modelo de esperanza para las siluetas no ajustadas a la norma. Y precisamente por ello suponía un peligro latente, una incómoda presencia, una infiltración a veces graciosa pero en general no deseada de lo ajeno en las formas mojigatas de la Academia bien pensante y poco amiga de las alteraciones del orden establecido.

Y es que Clara era capaz de espetar al más solemne de los próceres universitarios con quien mantuviera una confrontación dialéctica un exabrupto delicado: «¡No me toques los cojuncillos!» Y con puñetera picardía, sonreía maliciosa para arrancar una confesión imposible a algún incomodado protoanciano que ingenuo se hubiera dejado atrapar en las redes de una poco elegante y venérea conversación.

Porque el pudor era un concepto absolutamente ajeno a sus medidas del mundo, nada permanecía oculto. No era necesariamente indiscreta, quizás imprudente, pero en modo alguno divulgadora de dimes o diretes. Lo suyo estaba más directamente relacionado con la publicidad de sus cosas más íntimas o la indagación directa de las de sus contertulios, que con la detestable reproducción de incontrastados chascarrillos.

Diría más abiertamente que Clara no ofendía y, lo que es virtud infrecuente, no hablaba mal de nadie. Estoy convencido de que lo hacía sin esfuerzo, porque siempre encontraba el rasgo positivo necesario para rescatar a todos sus conocidos. Y esto lo repetía con una frecuencia tan universal que casi le faltaba el discernimiento. Probablemente ese era uno de sus puntos más vulnerables, porque no siempre tan generoso proceder fue con la misma moneda correspondido.

Sin duda otros elogiarán su tesón, yo querría confesar hasta qué punto me pareció siempre envidiable. Muchas veces he pensado que la vida le fue proponiendo pruebas casi insalvables y ella fue aceptando uno tras otro sus envites, para comprobar si había una nueva meta volante aún más difícil que la anterior. Quienes no saben a qué me refiero no saldrán de su ignorancia por mi boca, pues sólo requería una premisa para afirmar que la debilidad ante el sufrimiento fue joya que reservó para compartir muy íntimamente.

Por el contrario, su imagen pública era como un cartel electoral y así nos embarcábamos en las aventuras cotidianas como si todo gesto tuviera una importancia sublime que hu-

biera que coronar con estruendosas carcajadas.

Lorenzana temblaba a las 8,30 de la mañana cuando entrábamos Clara, Miguel Ángel Castillo y yo. Antes de disolvernarnos en nuestras respectivas aulas las risotadas escandalizaban a Tomás, el jefe de bedeles que un día, mientras a hurtadillas nos calentaba en un hornillo al lado de la Biblioteca las tajadas de un jabalí que había cazado, confesó su más profundo deseo de acompañarnos alguna vez a Madrid, convencido de que apenas llegados a la vega, en cualquier cuneta, dábamos rienda suelta a nuestros instintos carnales en un verosímil *ménage à trois* que él deseaba hacer cuadrúpedo. ¡Pobre! No podía imaginar que allí parábamos para arrancar unos trigueros que habríamos de aderezar según la fórmula magistral que para la ocasión ingeniaba Miguel Ángel, dispuesto siempre a alterar nuestros jugos gástricos sobrepasada ya la hora razonable del almuerzo. Y en tanto discutíamos de lo divino y de lo humano, arreglábamos la universidad o el mundo, nunca consintió Clara que nos detuviéramos en el cruce de la general en un bar que anunciaba pajaritos fritos: “a mí los pipis no me van”. Y así fueron pasando los años, se acabó el Colegio Universitario para los tres y nos quedamos sin pipis para siempre.

Consentía, eso sí, el abastecimiento de magdalenas en Mocejón; por Navidad hacíamos acopio en el mismo horno de delicias de mazapán, pastas de almendra y Miguel Ángel —que era más fino— añadía una anguila perlada. Y aunque Blanquita aún no era ni siquiera un proyecto, aceptaba que quienes éramos ya padres compráramos camisetas a 150 pts. para nuestros niños según bajábamos hacia la Diputación. Naturalmente, nadie sabía nada de esto, eran nuestros secretos. Ni tampoco que un día inolvidable el mejor de los Miguel Ángel, el que a mí me gustaba, inspirado por la más fértil de las musas reivindicaba para sí, enteramente depilado, un entierro en urna de cristal sobre una carroza arrastrada por veinte caballos negros, mientras tonadilleras bien enjarretadas despedían el cortejo que duró de Toledo a Madrid entre las carcajadas incontenibles de quienes acompañábamos menos ingeniosos el disparate más espléndido de aquella época inolvidable.

Muchos años después hemos rememorado las inauguraciones de curso y cuanto más lejanos están los acontecimientos más inverosímiles se nos antojan. La tuna entonaba el *Gaudemus igitur*, mientras la hermosa biblioteca —

apenas repuesta de los vahídos del enebro destilado de su responsable— recibía la visita del profesorado no para prestarles sus libros, sino para enmarcar un copioso aperitivo sobre cuyos despojos se abalanzaban los estudiantes, no sólo por hambre, sino más bien por venganza. La consecuencia fue que al año siguiente las vituallas se dispusieron en el patio, más estoico receptor de los residuos alimenticios. Después, excursión a aquel cigarral cuyo propietario orgulloso exhibía engalanado para que el claustro celebrara la comida inaugural, viendo al fondo del jardín las estancias que otra vez recibían visitas prohibidas de las que surgían afamadas cornamentas.

Aún habrá por aquí quien recuerde un viaje de estudios que nos llevó a Jaén y Granada (mucho discutimos si era ésta, como yo sostenía, o Toledo, amada de Clara, la ciudad más bonita de España. Ahora yo, por otras razones, sé que es Huelva) en el que los alumnos pedían moderación a unos profesores incontinentes que en el autobús eran más bulliciosos que los chicos. Y mientras éstos se mostraban deseosos de ver un vídeo tedioso que jamás recordarán, sus profesores excedidos por la alegría del vino y las alubias se lo pasaban tan en grande que aún hoy en plena despedida les sigue provocando hilaridad.

¡Pobre Clara!, con lo que nos hemos reído. ¡Pues anda que si nos oyera llamarla historiadora manchega! Intentó con ahínco perder el pelo de la dehesa y haciendo caso omiso del refrán «loro viejo no aprende a hablar», lo intentó con el árabe, con el inglés y con lo que hiciera falta. Arrestos tenía —para emprender lo que fuera menester— y tampoco le faltaban para reconocer sus limitaciones. Como para que vengan ahora otros a decir que si no sabía árabe o que si su formación arqueológica era poco consistente, como si los historiadores del arte me-

dieval cristiano pudieran presumir de sus conocimientos de latín o como si tras cada arqueólogo hubiera un Rianchi Bandinelli.

Desde luego creo que estoy capacitado para afirmar que en lo que respecta al mundo antiguo tuvo honda preocupación por contextualizar las manifestaciones artísticas en sus procesos históricos y recuerdo cómo discu-

tíamos en el período en el que yo redactaba las *Claves del Arte Mesopotámico y Persa*. No se trataba únicamente de un laudatorio interés profesional que a mí me llenaba de admiración, sino de una actitud ante la vida que la había conducido a tomar posiciones conscientemente críticas en lo político, en lo social, en lo ideológico. Su inconformismo estético tan chocante para todos no era más que la más epidérmica de las expresiones de su lúcida actitud iconoclasta. Por ello me parece injusto y superficial limitar el análisis a la formalidad externa de su presencia; en realidad su aparente ex-

travío formaba parte de la exhibición orgullosa de un ser remodelado de un modo bien distinto al que el destino le había otorgado, gracias por supuesto a la conflictivista colaboración de Juan Ignacio, ser sorprendentemente dotado para ver con la misma claridad el cliché que la fotografía de la vida.

Esa Clara controvertida y humana, batalladora para superar las limitaciones, alegre y divertida ante la adversidad, obstinada y generosa, asombrosa y trabajadora es, en mi opinión, el ejemplo que deberían admirar los jóvenes que hoy se sientan en las aulas toledanas pensando que el mundo es demasiado amplio para su limitada universalidad. ☞



Norré de Siria, 1996

ANA RODRÍGUEZ

“¿Qué nos une?”

Nos encontrábamos en el salón del piso, en las primeras horas de la noche del mes de marzo del año 1980, en que la primavera, indiferente a todo, se insinuaba. Tú estabas sentada en el sofá, yo observaba como envolvías aquellos libros con tu carácter arrollador; iniciábamos una de tantas tertulias sobre la facultad, tú luchabas por conseguir tu primera excavación en Toledo. Decías que nada en este mundo, ni en el otro, valía lo suficiente como para apartar a una mujer de sus objetivos, y que la tenacidad era la mejor herramienta.

Mis ojos perceptivos se deslizaban también por aquel caos: había “piedras” por toda la casa, por el pasillo, la cocina, los baños. Se aproximaba el fin de curso y tus metas laborales ya prácticamente cubiertas te permitían plantear otras de tipo personal, como la boda. En ese momento, volqué mi mirada hacia Juan Ignacio, el mayor partícipe de tus ideales, salvo en esa cuestión, sobre la que no podía evitar un cierto desdén, aún a sabiendas que erais dos platillos de una misma balanza. Yo sabía que rápidamente tu atención se centraría en los viajes de verano. Tan sólo era el acerado instrumento de algo que se cumpliría años más tarde. Al igual que el nacimiento de vuestra hija.

Esta reflexión me llevó a pensar: ¿Qué nos une? No tenemos nada en común, ni amigos, ni estudios, ni intereses, tan sólo el hecho fortuito de compartir piso. Sin embargo, agradezco tanto haber tenido la oportunidad de conocernos desde la intimidad. Tengo que reconocer que a veces he echado de menos aquellos días como el aire mismo.

Dejo aquí estas líneas como recuerdo de aquella época, que no expresan, ni por asomo, lo mucho que sentí. No quiero dejar pasar la oportunidad de dar constancia de lo que tuve.☪

Matilde Revuelta Tubino

Clara Delgado y el Museo de Santa Cruz

Uno de los trabajos más gratificantes que a mí me proporcionó el Museo fue la atención a los numerosos investigadores y estudiosos que acuden a él en solicitud de datos para sus trabajos. Suelen ser numerosos dada la variedad de piezas que comprenden sus fondos, desde la Prehistoria hasta nuestros días. Por lo general, se produce un intercambio de conocimientos entre ambas partes, e incluso, en algunos casos, se genera una amistad verdadera.

Esto es lo que sucedió entre Clara Delgado y quien escribe estas líneas. No puede ocultarse que contribuyó de un modo especial su vocación de arqueóloga, precisamente en un tema de tanto interés como el descubrimiento de la huella hispanoárabe, que en buena cuenta permanecía oculta.

En la época en que inicia sus estudios, la arqueología toledana estaba muy vinculada al Museo como representante oficial de la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Cultura. Aún no se habían producido las transferencias a la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Pero, para más abundancia, el estudio de su tesis doctoral precisaba de numerosas excavaciones en la ciudad de Toledo en los puntos clave en los que existía alguna referencia árabe. Así la conocí, excavando los cimientos de la torre de la iglesia de San Lorenzo. Sin embargo, los contactos mayores se produjeron a raíz de sus excavaciones en la capilla de Belén, dentro del Convento de Santa Fé, reliquia que nos muestra la presencia allí un tiempo del rey Almamun. Este edificio ya pertenecía al Museo por compra del Estado a la última comunidad religiosa para la ampliación del mismo.

Pero sus relaciones con Santa Cruz fueron más intensas, porque los restos arqueológicos que encierra, aunque escasos en relación con la colección mudéjar, habían de figurar en su tesis doctoral, para lo cual cada una de las piezas fueron objeto de un estudio individual, ya en época de mi antecesor Rafael García Serrano, que con certera visión plasmó en una publicación del propio Museo *Materiales para el estudio morfológico y ornamental del arte islámico en Toledo*, hoy agotada, aunque esperamos que una segunda edición sea útil a los estudiosos de este tema.

Habiendo tenido que luchar con la falta de estudios de esta faceta cultural y de otras más de esta rica ciudad de Toledo, creo que Clara ha hecho un gran servicio; que sí hubo un Toledo árabe más importante de lo que conocíamos a su llegada, y que lo que nos faltaba era el esfuerzo de descubrirlo, y que se ha superado gracias a su perseverancia y tesón. Desde sus primeros trabajos, se convirtió en punto de referencia imprescindible para los investigadores de este campo.

Con mi jubilación disminuyeron, lógicamente, mis contactos con Clara. La volví a encontrar de nuevo en la Asociación de Amigos del Toledo Islámico, ya más madura, formando parte activa de dicha Asociación, y como si preveñera su pronta partida de entre nosotros, quiso asegurar la continuidad de ese amor a Toledo por medio de esa Asociación.

Lo que no perdió nunca fue su sonrisa amplia y atractiva que le caracterizaba, a través de la cual no sólo se adivinaba una mujer trabajadora y perseverante, sino algo mucho más interesante: que estaba dotada de un alma noble y generosa, y así lo demostró hasta el último momento. Ésta es Clara para mí. ❧

MERCEDES BARTOLOMÉ

Una continua añoranza

Clara nació en mi pueblo. Las dos compartimos esos cruciales años de la infancia. Los primeros recuerdos que me ligan a ella son los polos de limón y zarza que con mi paga dominical compraba en el bar de su padre, «El Canario». Para mí era todo un ritual, dado el caserón profundo y oscuro con bar incorporado que era el hogar de Clara. Allí acudía la gente del pueblo en busca de sifones, “Revoltosa”, cervezas y vino. Esta actividad transformaba a la casa en un enjambre de trasiego, comentarios, chismes y jarana que sorprendían y excitaban mi imaginación de niña. Pero los juegos infantiles lo llenaban todo. En Ballesteros había diferentes zonas de juego por ba-



rrios: El Torreón, El Toledo, Las Eras, el Huerto de Benjita, el Panterre...y La Glorieta. Dos eran mis preferidos: El Torreón, contiguo a mi vivienda, donde yo me sentía importante, y la Glorieta, encrucijada de todos los barrios, donde imperaba el poder absoluto de Clara. Quien allí bajaba ya lo sabía. Se jugaba a lo que ella dijera. Clara era un torrente que arrastraba nuestras emociones infantiles cautivadas por la fuerza de su magnetismo. Era una niña mandona, obstinada, impetuosa, arrolladora, casi varonil. Su iniciativa secuestraba nuestra ingenuidad y nuestra duda y nos envolvía en la madeja de sus deseos. Su influjo y hechizo convertía el juego rutinario en un alegre y apasionado divertimento. Era formidable. Yo la admiraba, y quiero decir que cuando regresaba a mi casa, alguna vez, sentí ese punzante aguijón que nos ofrece la envidia. Clara tenía las cinco tabas de colores más hermosas que nunca ví. Se las había traído su padre, impenitente danzarín, que chamarileaba con múltiples objetos y artilugios que avivaban nuestro asombro infantil. Jugábamos a adivinar

nombres de películas en un sinfín de risas y riñas; al rescate donde nos disputábamos a Clara como capitana; a los partidos a balonazos rabiosos y furibundos; al escondite donde el gran y único eucalipto de la Glorieta nos servía de epicentro...En la adolescencia los encuentros se hicieron más esporádicos dada la lejanía de nuestros internados, yo en El Escorial, ella en Ciudad Real. Pero en los veranos seguíamos compartiendo cuitas románticas de chicos guapos del lugar, la mirada de aquél, la cara de éste, el talle del otro. Eran ensoñaciones juveniles que nos deparaban largas charlas de atardecer paseando la carretera entre las cascarillas de las pipas de «el Titi». Pasaron diez años sin vernos durante los cuales cada una siguió los avatares de su propia vida, ya en Madrid. Un día la llamé y nos citamos en Riofrío, cafetería elegida, lógicamente, por ella. Volví, con regocijo, a encontrar a la misma Clara, cálida, abierta, amiga. Fue un reencuentro que ya duró hasta el final. Incorporé en esta nueva etapa a Juan Ignacio como algo consustancial a Clara, estaba hecho a su medida. Las tertulias de La Clave, con Clara planchando y Juan Ignacio pontificando, me parecen ahora un dulce e imperecedero recuerdo. Las visitas a Museos y Exposiciones varias, con Clara, se transformaban en una Historia cercana y jocosa y en un Arte casi tangible. Todo un regalo de la vida. Nadie me entendía como ella, nada le era ajeno. Yo lo achacaba, entonces, a nuestro común origen, ahora, a su calidad humana. Siempre buscaba su compañía como refugio donde abandonarme, y allí estaba ella para dar cobijo, comida, risas, amigos, apoyo y cariño. Era la música de la vida y ahora una continua añoranza. ☞

CARMEN GARCÍA CAMBA

«*¡Qué valor tienes, Carmencín!*»

Veo a Clara cruzando la Glorieta, con su cabeza pelirroja muy alta, y su sonrisa siempre con ella, a cualquier lado.

Y me paro a pensar en el primer día que la vi, allá por el setenta y tantos, en Turquía, con su mono verde, su aire aniñado, sus chorros de energía.



Recordando sus primeras palabras, muy seguras, como era ella, llenas de inquietud, de interés, de simpatía...Recuerdo también sus últimas, cuando, días antes del final, me miró con los ojos entornados y me dijo, como ella decía las cosas: «¿Qué valor tienes, Carmencín, ponerte aparato en los dientes, a tu edad!...»... Después se quedó dormida.

Pero yo aún la veo cuando paso por la tarde, cruzando la Glorieta, con su cabeza colorada, la sonrisa blanca acompañándola, los ojos vivos, muriéndose de vida, como siempre. ☞

PILAR ROZAS BUTRÓN

LOS AMIGOS DE CLARA

Muchos de los amigos de Clara son, gracias a ella, también ya míos. De todos los atractivos rasgos de su desbordante personalidad el que más me ha cautivado ha sido la facilidad con la que atrapaba en las redes de la amistad a cualquier viandante que se cruzara en su camino. Mis claras limitaciones en tal destreza probablemente han potenciado la admiración que abiertamente confieso. En nuestra casa, en nuestras familias, en nuestra vida, Clara formaba parte del paisaje cotidiano. “¿No viene hoy Clara?”, era la pregunta habitual de quien siendo sábado constataba desconcertado una ausencia sorprendente. De hecho, rara vez nos faltaba su presencia tanto en reuniones espontáneas como en excursiones bien planeadas; podía ser en mi casa, en la suya, en Chinchón, en la playa o en la habitación de cualquier hotelucho en el fin del mundo. Clara disfrutaba con la compañía de todos, casi indiscriminadamente, como de forma compulsiva, con la avidez de quien ha de consumir en un tiempo limitado. Ante mi crítico juicio acerca de sus laxas apreciaciones sobre la bonanza de unos y otros, siempre les encontraba un resquicio para lograr su salvación. Tenía, todos convenimos en ello, una envidiable facilidad para descubrir lo mejor de cada cual, sin prestar atención a aquellos otros rasgos que nos hacen menos gratos para los demás. Durante los últimos meses que hemos compartido con ella, nunca dejó de sorprenderme el permanente vaivén de visitas. El escándalo de risas y de bulla, el alboroto continuo en su habitación del hospital asombraban a celadores y enfermeras, que entre divertidos y envidiosos llegaron en ocasiones a sumarse a alguna tertulia. Al revivir esos instantes comprendo que la algarabía era uno de nuestros pocos instrumentos para desahogar aquella insufrible tensión. Pero no nos engañábamos. Sabíamos que su tiempo no era más que el goteo de un grifo condenado. Y llegó la hora en que la noche se hace total y se hielan las palabras. Justamente en el lúgubre entorno de la muerte asistimos por penúltima vez a esa capacidad de Clara, ahora ya involuntaria, para reunir almas de variados ambientes y circunstancias. He compartido tiempo y dolor con su familia, con sus amigos de infancia, con sus compañeras de soltería —inquilinas de pisos llenos de esperanza—, con sus amigos de juventud, con sus colegas. Todos hemos sido testigos impresionados de los lazos que hasta su sufrimiento fue capaz de crear. Gracias a Clara he compartido a muchos de sus amigos, unidos para siempre a paisajes de mi memoria por los que Clara pasea con ellos. Gracias a ella he aprendido a apreciarlos, a quererlos y, casi sin ser consciente de qué modo, a hacerlos definitivamente míos. He tenido la fortuna de ser parte de los amigos de Clara. ☞



Gibraltar, verano de 1990



Samarra, Palacio del Enamorado, 1989

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ

En memoria de Clara

(Texto leído en el acto de despedida celebrado
en el Crematorio de La Almudena)

Nos reúne un luctuoso suceso, que nos tiene profundamente afligidos a todos: dar el último adiós a la muy querida por todos nosotros, Clara.

Mis palabras van a ser pocas y torpes. Aunque el fatal desenlace lo esperábamos todos desde hace tiempo, yo, por mi vinculación con ella desde hace

muchos años, estoy totalmente destrozado, como no lo he estado nunca ante la muerte de un ser querido, como creo que estáis todos vosotros. Conocí a Clara y al que sería su esposo, Juan Ignacio, hace 22 años, en una excursión a Egipto, de las de estudio con profesores y estudiantes de la U.C.M. durante la Semana Santa. Me llamó la atención una muchacha muy bella, de buen tipo, muy alegre, jovial, vivaracha y servicial, características del carácter de Clara durante toda su vida. Ya en el viaje descolló por las virtudes de su carácter entre todos los que íbamos en la excursión. Pronto me vinculé a ella. Clara no se dedicaba al mundo antiguo, sino que quería consagrar sus esfuerzos y actividad intelectual al arte musulmán. Pronto nos hicimos muy amigos, así como también de Juan Ignacio. Clara me consideraba un maestro suyo, lo cual no era verdad. Sí, la ayudaba en sus estudios todo lo que podía. Me hizo a lo largo de su vida continuamente pequeñas consultas sobre la pervivencia del Mundo Antiguo en el arte musulmán. Los viajes nos unieron mucho más todavía. Yo necesitaba una persona que me preparara el viaje, luchara contra las agencias y solucionara los pequeños problemas que se plantean durante el viaje. Clara, desde el primer momento que la conocí, fue la encargada de preparar todo. A pesar de ser muy joven, era querida y respetada por todo el mundo. Nunca llegó a mis oídos queja alguna de su actuación.

Después, pude apreciar otras cualidades suyas, que tenía en grado sumo. Sea la primera a citar su profunda vocación universitaria con tres vertientes: investigadora, docente y de trato con los alumnos. En las tres descolló durante toda su vida, dándonos a todos los uni-

versitarios un modelo perfecto de lo que debe ser la entrega a la universidad, que ella completó con las excavaciones, como las de Toledo. No sólo se centraba su interés en el arte musulmán hispano, sino que abarcaba el conocimiento del arte musulmán en general para comprender el nuestro.

Pronto descubrí otras facetas altamente laudables de su carácter, como la entrega y el amor a su esposo Juan Ignacio, a quien quiso con mucho cariño durante todos los días de su vida, al igual que a su hija. Clara amó y sirvió a sus padres —era hija única— de una manera ejemplar. Su madre estuvo muy enferma durante varios años. La sirvió y la cuidó al igual que cuidó con gran cariño y esmero a su padre, enfermo de gravedad en la última etapa de su vida. Clara lo cuidó sin merma de sus actividades universitarias y del cuidado de su casa, que llevaba en sus más variados aspectos. Clara fue una excelente esposa, excelente madre, excelente hija, excelente ama de casa y excelente universitaria.

Su carácter jovial y alegre y servicial con todo el mundo no desapareció a pesar del continuo trajín y de las enfermedades de sus padres. Le acompañó hasta su enfermedad, que llevó con gran entereza, dándonos a todos un gran ejemplo ante la adversidad.

Estas pinceladas de la personalidad de nuestra querida Clara quedarían incompletas si no aludiera a una característica suya, su interés por y ayuda a los extranjeros, principalmente árabes, que se acercaron a ella.

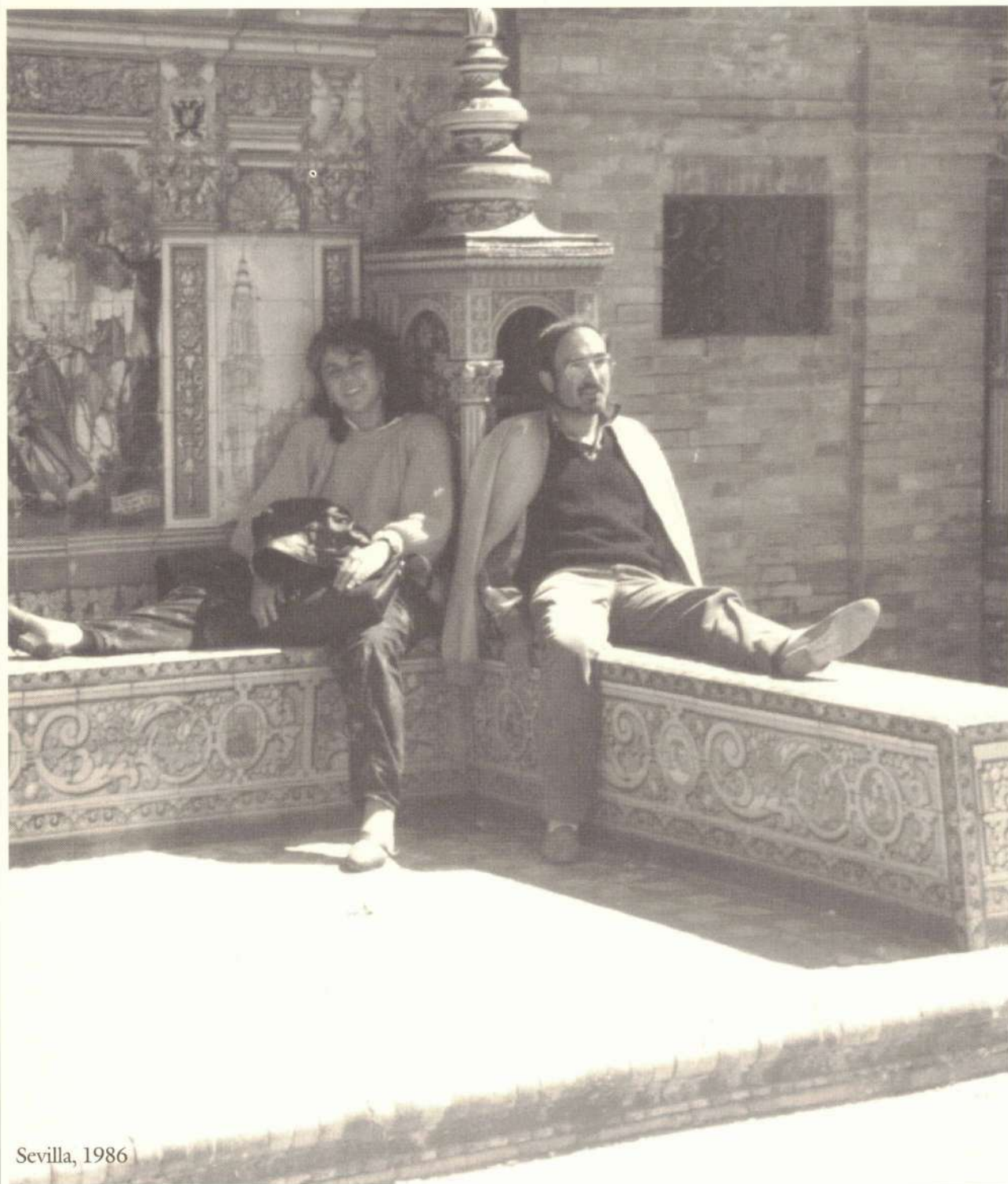
Clara vive en nuestro recuerdo siempre, y será el modelo a imitar durante toda nuestra vida.

Descanse en paz. ☞

CARTA A CLARA

Ricardo Izquierdo Benito

El grupo de amigos que han tenido la feliz idea de dedicarte este libro me ha pedido que colaborase en él. Ya te puedes imaginar la ilusión que me ha hecho, dada la entrañable amistad que siempre tuvimos. Cuando me he puesto a pensar cómo podría plantear mi colaboración, he decidido



que lo haría en forma de una carta dirigida a ti. Ya sé que es un género que no se estila y que puede no ser muy original, pero bien es verdad que toda carta —entre personas queridas— siempre esconde algo de confidencialidad, por lo cual he pensado que sería la mejor manera de dirigirme directamente a ti —y no tanto a quienes puedan leer estas líneas— para recordar las vivencias que nos unieron, que todavía no se han disipado en mi memoria y que más vivaces se vuelven en momentos como éste. Puede ser también la forma de rendirte un pequeño pero sincero homenaje, que quede aquí recogido para siempre, hilado con retazos de los recuerdos que afloran al socaire de tu ausencia y con la finalidad de tenerte siempre presente.

De ti lo que destacaba, lo que saltaba a la vista —aparte de tu fogosa cabellera— era la extroversión con que te manifestabas ante cualquiera y en cualquier circunstancia. Tenías una simpatía natural reconocida, y destacada por todos los que te conocieron. A ello se unía un tesón incontenible por conseguir todo lo que te proponías, lo que suponía concentrar en ti una doble fuerza que se manifestaba en ese carácter tan vitalista que siempre te acompañó. Sin embargo, todo este bagaje fue insuficiente para salvar el último obstáculo con el que te encontraste, el de tu enfermedad, que te habría de alejar de todos los que te quisimos y no te podremos olvidar.

No recuerdo el año en que te conocí —debió de ser por el 79 o el 80— pero sí recuerdo que fue a través de tu primo Juan Pedro, entonces secretario del Colegio Universitario de Toledo, en el que yo llevaba algunos años de profesor. Me había comentado que tenía una prima que estaba investigando sobre el Toledo islámico y que quería que la conociese por si le podía ayudar en algo. Y fue así como se pusieron las bases de lo que habría de ser una entrañable amistad que, como tú muy bien sabes, nunca se habría de perder a pesar de que, en algunos momentos, pudiese transcurrir mucho tiempo sin vernos.

A medida que fuiste investigando sobre el pasado islámico de Toledo a partir de los restos artísticos conservados, pronto te diste cuenta que te tenías que orientar por la vía de

la arqueología pues, de no hacerlo, el campo de tus investigaciones podía quedar rápidamente agotado.

Además, consideraste oportuno aportar algo novedoso en tu Tesis Doctoral, como podían ser los resultados de una excavación arqueológica. Para ello, ya tenías echado el ojo a un solar, el de la antigua iglesia de San Lorenzo, en el que se venía considerando que podían conservarse los restos de una mezquita. La empresa se presentaba atractiva, aunque no exenta de obstáculos, especialmente en lo referente a la obtención del correspondiente permiso de excavación. Con lo que yo te pude ayudar a este respecto, y con todo el entusiasmo que siempre ponías en todo lo que te proponías, conseguiste excavar en San Lorenzo, y dejar al descubierto la planta de la mezquita. Fueron varias campañas de excavación que todavía recuerdo, y fue también el paso que diste para entrar en el campo de la arqueología andalusí, en el que también se te recuerda, no sólo por tus valiosas aportaciones, sino, sobre todo, por la vehemencia con que defendías tus opiniones en algunas reuniones.

Con la elaboración de tu Tesis Doctoral, te convertiste en la máxima experta del Toledo islámico. Tu libro es la referencia obligada —y lo será por muchos años— para todo curioso o estudioso que quiera conocer esa etapa histórica de la ciudad. Qué duda cabe que Toledo ha quedado en deuda contigo por haberle recuperado y devuelto esa parcela de su pasado que la ciudad tenía un tanto olvidado.

Recuerdo tu alegría cuando en el año 1984 fuiste propuesta para impartir clases de Historia del Arte en el Colegio Universitario de Toledo. Era una meta que alcanzabas, entrar en la Universidad, a la que, en definitiva, estabas destinada, pues por tu formación y vocación eras una auténtica "universitaria". Era un ejemplo más del tesón que siempre ponías por conseguir aquello que te proponías. A partir de entonces, y durante algunos cursos, fuimos compañeros en aquel centro, lo que supuso que nuestra amistad se vio reforzada, por el contacto cotidiano, llegando a colaborar en proyectos comunes, siempre orientados a la investigación arqueológica del Toledo islámico, tu auténtica pasión.

De aquellos años, nunca olvidaré el empeño que pusiste para superar todos los obstáculos por conseguir tu máximo deseo y tu ilusión de ser madre. Para mí fuiste un auténtico ejemplo de mujer consecuente por alcanzar sus ideales y sus metas. Era ya la máxima evidencia, por si había dudas, de que no había barrera que se te opusiese por alcanzar todo lo que te propusieses. Y ahí está Blanca para confirmarlo...

En la época en que estuve en la Universidad Complutense, nunca podré olvidar la hospitalidad con que tú y Juan Ignacio me acogíais en vuestra casa los días que no podía volver por la noche a Toledo o que al día siguiente no iba a llegar a tiempo a clase con motivo de alguna huelga de transportes, por lo que me tenía que quedar a dormir en Madrid. Ya sabía que en tu casa no me iba a faltar el asilo y la generosidad con que siempre acogías a tus amigos.

En el año 90, coincidieron mi llegada a Ciudad Real y tu marcha a la UNED, consecuencia de mejoras profesionales para ambos. Sin embargo, ello iba a suponer también que, a partir de entonces, al dejar tú Toledo, nos íbamos a ver mucho menos. Efectivamente, a lo largo de todos estos últimos años —que fueron duros para ti a nivel familiar—, se pasaron muchas temporadas sin coincidir en ningún sitio. Yo apenas iba por Madrid, y tus visitas a Toledo se hicieron más esporádicas. Sin embargo, ya sabes que por ello nuestra amistad no se resquebrajó en absoluto. Habían sido muchos años de complicidades y confianzas, de confianza mutua, para que nos pudiésemos ignorar aunque no nos viésemos de una manera asidua.

Una de las últimas veces que nos vimos fue en Ciudad Real, con motivo de una asamblea de la Asociación Española de Arqueología Medieval. Entonces me contaste lo de tu primera operación y todos tus temores, aunque te encontré animada pues los resultados parecían satisfactorios. ¡Quién iba a decirnos entonces que estábamos ante el único obstáculo que no ibas a conseguir salvar, precisamente tú, que la voluntad que siempre te caracterizó posibilitó que no hubiese empeño

que se te resistiese!

Nunca olvidaré el día que se presentó en Toledo la Asociación de Amigos del Toledo Islámico, en un acto en el que tú fuiste la gran protagonista por la magnífica conferencia que diste, en ese tono tan directo y espontáneo que te caracterizaba, y que tanto gustó a todos los que allí nos encontrábamos. No recuerdo si fue a la entrada o a la salida del acto, en el patio del palacio de Benacazón, atiborrado de gente, en un momento en el que estuvimos los dos solos —hacía ya bastante tiempo que no nos habíamos visto—, de pronto, y sin venir a cuento, me dijiste que yo había sido una de las personas que más te había ayudado en Toledo. A mí aquella especie de pequeña confesión, imprevista, me dejó, sin embargo, un sabor agri-dulce a pesar del sentido halagador que podía tener. Por una parte, qué duda cabe, venías a decirme que siempre me habías tenido entre tus amigos, lo que para mí venía a ser la confirmación de algo que nunca había dudado. Pero, por otra, parecía que era como el resultado de una especie de balance que hubieses hecho de tu vida —al menos de tu etapa toledana— en relación con las personas con las que habías tratado. Y esta sensación es la que me dejó, te lo confieso, preocupado. Lo que iba a pasar poco tiempo después haría que aquel encuentro adquiriese ese sentido premonitorio que entonces parecía intuirse...

Es posible que tú te acuerdes de otros episodios o anécdotas compartidas que a mí ya se me han olvidado. En cualquier caso, espero que sirvan para confirmarte que en mí siempre tuviste al amigo —aunque no fuese de tus amigos íntimos— en el que siempre pudiste confiar y que te ayudó hasta donde pudo. Ya sabes que esta amistad no termina aquí, pues tendrá su continuación con Blanca y con Juan Ignacio, que ya saben que pueden seguir confiando en mí para lo que necesiten.

Y por esta vez, Clara, nada más. Te deseo un placentero reposo, cual hurí en un edén islámico (al que seguro alborotarías), en tu Ballesteros natal. Tu amigo que nunca te olvidará:

Ricarcut (como tú me solías llamar) ☞

En recuerdo de Clara

José Antonio Corraliza

Me ofrecen generosamente la posibilidad de escribir estas líneas en recuerdo de Clara Delgado. Es, sin duda, un ofrecimiento generoso e inmerecido que me permite expresar, aunque sea torpemente, un cúmulo de sentimientos, aún hoy confusos, a pesar del tiempo transcurrido. Antes que cualquier otra cosa, estas palabras son un recuerdo de Clara... Recordar es acercarse al corazón. Y así, acerco de nuevo al corazón su rostro y su palabra, y revivo mágica y apolotonadamente, algunas escenas triviales, imposibles de narrar, pero nunca olvidadas del todo.

De estas escenas, extraigo la imagen de la puerta abierta de la casa de Clara y de Juan Ignacio, su casa llena de historias y de gente que está por un rato, que va o que viene. Me viene a la cabeza sus carcajadas en una de las plazas de San Sebastián. Y también, sin un criterio claro, vienen a mi cabeza mil imágenes más: la picardía de sus dichos, la cabezonería de sus argumentos, el detallismo con el que, yo creo, contagió a Juan Ignacio, la ilusión por el futuro... Y, a pesar del paso implacable del tiempo, sigo sin creerme del todo que esas escenas triviales no puedan volver a ocurrir, y sin descartar del todo que cuando llame a su casa, no sea ella la que me conteste al teléfono.

Insistentemente —tengo que escribirlo porque si no estallo—, me viene la imagen de Clara, dormida, justo después de parir a Blanca (aún hoy, yo también tengo que hacer un esfuerzo para combatir la confusión de los dos nombres). Su cara, aún dormida, reflejaba relajo después del último esfuerzo, y contrastaba con los nervios a flor de barba de Juan Ignacio. Más que los hechos, me viene a la cabeza el significado de los mismos: el “¡por fin!” a coro que todos repetíamos entre los pasillos asépticos de ese gran hospital. Pero no puedo librarme de la sorda sensación de injusticia vital que produce cuando observas que alguien tiene que hacer un gran esfuerzo para conseguir algo que otros consiguen sin



Barcelona, septiembre de 1989

apenas darse cuenta. Cuando Blanca nació con su propia vida y con sus propias metas, ninguno de nosotros, claro, podría pensar en que podría llegar a ser tan premuturamente ciertas las palabras del poeta:

*¡Qué alegría, vivir
sintiéndose vivido!
Rendirse
a la gran certidumbre, oscuramente,
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos
me está viviendo...*



Diciembre, 1992

Cuando Blanca nació, faltaban algunos años para que todos comprendiéramos, abruptamente, esos enigmas de la poesía de Salinas cuando escribe: "Que hay otro ser por el que miro el mundo, que hay otra voz con la que digo cosas no sospechadas por mi gran silencio. Que camino sin mis pasos, con otros,

allá lejos, y allí estoy buscando flores, luces, hablo".

Entonces, no podíamos darnos cuenta...

Pienso en esta ausencia, presente y futura, al escribir esta página en la que me retumban primero la voz fuerte de Clara, y la más cansada de después.

De este archivo mental, extraigo la imagen de Clara, ya compartida con Pilar, ordenando diapositivas o seleccionado fotos para una clase. Era una tarde calurosa de verano, y, con la voz cansada ya, planeaba arreglar no sé qué publicación. Años antes, cuando yo realizaba un modesto estudio sobre los paisajes del Tajo a su paso por la ciudad de Toledo, me había escrito en una dedicatoria que se alegraba de compartir conmigo la pasión por Toledo. Realmente, llegué a apasionarme por Toledo, pero como observador, como visitante lego de una mezcla de estilos y elementos que nunca pretendí entender del todo. No sé valorarlo con precisión, pero creo que también Toledo echará de menos a Clara.

Y las piedras hablarán, y los objetos más insignificantes de la vida cotidiana contarán historias decisivas ya pasadas, y se encontrarán pinturas que reflejen viejos sueños de aspiraciones nunca olvidadas y aparecerán filigranas en celosías que esconden vidas misteriosas y se datarán paredes esculpidas por mil usos diferentes que desafían el rigor y la intolerancia...

Se encontrarán mil sueños en piedras, llaves, lienzos, estucos y paredes, y, cuando se encuentren, alguien, apasionadamente, abrirá los ojos y alzaré la voz para expresar, para denunciar los grandes traumas de la historia de la expresión artística humana a partir de la descripción de los elementos más comunes en la vida cotidiana. Alguien hará algo así... Y yo, espectador pasivo, escucharé con atención y observaré con admiración la tarea mágica de convertir en nuevos descubrimientos los viejos artilugios del pasado, llenos de polvo y humedad. Alguien hará algo así, y yo lo admiraré de nuevo... Pero, en algún momento, volveré la cara y callaré mi voz, ahogada y un poco triste, para disimular que echo de menos el tono envolvente y la palabra clara de Clara Delgado.

En su recuerdo. ☞

JAIME SÁNCHEZ RATIA

«Dios mío, qué solos nos quedamos los vivos!»



Ballesteros de Calatrava, 1996

Porque hay una muerte para cada uno de nosotros, hay muertes y muertes, como hay personas y personas. Hay muertes sentidas, las hay fugaces, otras oídas, de refilón, meses más tarde, como las hay lamentables, o estúpidas, o incluso salutíferas. Pero hay muertes que son muertes de verdad, totalitarias y estridentes, que nos desalientan y nos hunden en la incredulidad más pasmosa, que nos dejan solos en el descampado intolerable de la nada, que nos enfrentan a la desaparición

física, atómica, total, galáctica, de un ser humano. En esas muertes —que son contadas, porque son pocas las personas que se labran una muerte de naturaleza tan pura y absoluta— los deudos, los amigos, los amantes, los cónyuges, más que quedar derrotados por la sensación de ausencia, de ida, de desaparición, de no presencia, antes que caer noqueados al ver a un ser entrañable y cotidiano reducido a polvo, al contemplar su corporeidad intransferible aplastada y machacada, apenas dos puñados de arena parda que bailan en una urna pequeña, se ven invadidos por otro sentimiento, contrario y complementario, que —siendo la muerte algo que ocurre a los demás— es la esencia de la verdadera muerte: el sentimiento de haber sido abandonados, dejados en los andenes de la vida, *quedados*, *permanecidos*, olvidados, preteridos. Quedar desamparados, vencidos bajo el —tan a menudo— pesado gabán de la existencia, enfrentados sin ayuda al complicado y cansado oficio de vivir. La gente dice entonces: fulano nos ha dejado. Y es un buen ejemplo de cuán sabia puede ser la lengua, que habla por nosotros sin saberlo. Fulano nos ha dejado y uno tiene la sensación de que, bajo el dolor por la pérdida hay un componente egoísta grande, porque sentimos casi más pena por nosotros, que quedamos, que por el muerto, que se esfuma, extrañamente, entre grandes aspavientos, altibajos de la fe, incredulidad, ceremonias. Tal es el mundo que se llevan con ellos los difuntos que parece que uno se queda medio vivo, tocado de la muerte, con remedos de cosas entre las manos, barajando restos de serie, quincallas, pares sueltos, jugando con piezas de un puzzle incompleto, que no vale la pena montar porque jamás podrá ser compuesto en su totalidad. Como vivir es sobrevivir, nos va quedando, tras cada entierro, un mundo recortado a tijeretazos sueltos y violentos, incómodo, lleno de señales y objetos que recuerdan a los idos.

Ha sido el caso de Clara, que nos ha dejado aquí, en medio de todo, con todo a medias, en el solsticio de la vida, tras haberse hundido largamente, ante nuestros ojos impotentes e incrédulos, en la ciénaga de la muerte, una ciénaga impoluta, esterilizada, hospitalaria en este caso, pero no por ello menos siniestra, viscosa y hambrienta. Clara

ha pasado por ella con valentía, pisando fuerte, casi flamenca, envuelta en pocas palabras, muchas órdenes y —todo hay que decirlo— bastante indignación, no menos incrédula que nosotros, sus amigos, ante la fatalidad inapelable de su destino, ante la madrugadora retreta que le ha tocado la muerte injusta y miserable. Abrumados, la hemos visto hundirse, largos meses, en el lodo de su desdicha y ni siquiera ahora, que no queda sobre la superficie del fango uno solo de sus cabellos color butano, sabemos si creer en su ausencia, en su presencia en otra parte o en nuestra existencia aquí sin ella. “Estoy indignada”, la oí decir más de una vez, cuando ya la parca la tenía en su estadillo. Indignada. ¿Qué mejor palabra podría definir el sentimiento de alguien como Clara, obligada a abandonar una obra a mitad de representación, ella que fuera la tramoyista y escenógrafa de tantas reuniones, cenas, viajes y encuentros? Se ha ido indignada, y aquí seguimos nosotros, anonadados.

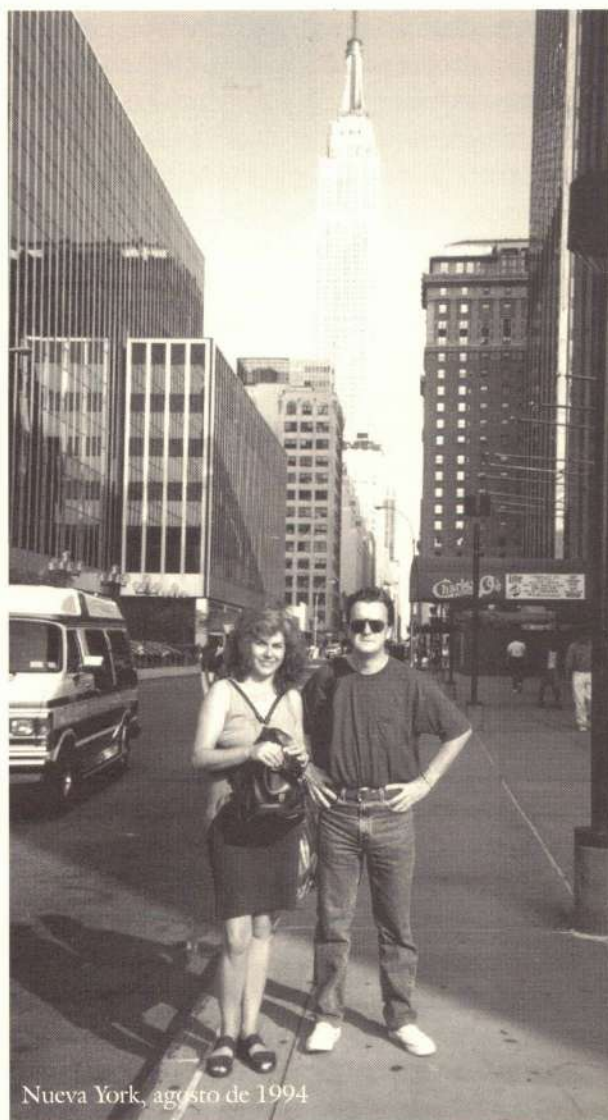
Recuerdo nítidamente la primera vez que vi a Clara. Fue en el aeropuerto de Barajas, en septiembre de 1982, y estábamos esperando a Elías, que venía, fino y sin tripa (como todos entonces) a la conquista de las Españas. Con ella iba Juan Ignacio, que no ha cambiado nada desde entonces. Había mucha más gente, cuyos nombres se me han ido de la memoria: Gemma y May estaban, desde luego, y también Zoila. Sé que estaba Fernando, con su habitual gracejo castizo, que luego se hizo el sueco definitivamente, y no a ratos, cual era su costumbre. Fernando, que era un maestrillo del Lavapiés, propuso ir a comer a un sitio que conocía en ese barrio, que se llamaba *Los remedios*, pero escrito al revés: *Soidemersol*. Era un garito encantador, con las paredes cubiertas de azulejos y las sillas de madera oscura con respaldo curvo, casi cairotas. Los camareros parecían personajes de zarzuela. Todavía existe, y aunque no he vuelto a entrar, imagino que seguirá igual que entonces. Nos prepararon una gran mesa en una esquina cerca de la puerta y allí nos sentamos todos, en alegre camaradería, sin conocernos casi entre nosotros, a comer un menú castizo que nos

habían preparado. Nada recuerdo de lo que se habló. Sólo me queda la imagen de todos desmigando el pan antes de que llegara la comida, hambrientos. Desde entonces, Clara se hizo amiga de casi todos aquellos que estaban en aquella mesa, yo entre ellos.

De esa amistad me vienen retazos sueltos, que ahora se me hacen un poco dolorosos. Recuerdo cómo, después de mi vuelta a Zaragoza tras terminar la carrera, decidí volver a Madrid, y asentarme aquí, porque, tras mi estancia madrileña, el cierzo pilarico de mañilandia se me había hecho irrespirable. Ni corto ni perezoso engatusé a un hermano mío para que me trajera en coche con quince cajas de libros desde mi casa. A mitad de camino, en Medinaceli, llamé a Clara —todavía vivía en Feijóo, con Juan Ignacio, que, cepillo de dientes en mano, aparecía y desaparecía, como las caras de Bélmez, cada vez que se barruntaba la llegada de los padres de Clara— y le pedí que me dejase estar unos días. Me quedé dos meses. Dudo que haya habido en España un caso de gorronería tan despiadado e inconsciente. Yo tenía ya 22 años, pero estaba muy crecido para mi edad mental. Ambos soportaron aquella estancia con una paciencia y un estoicismo que todavía me llenan de asombro. Yo era un gorrón-gorrón, a mesa, cuchillo, mantel, llavín y horario libre. Además, no me comportaba con recato, como sería aconsejable en un caso similar. Entre las cosas mías que enfurecían a Clara estaban mi santa costumbre de afeitarme con el lavabo mediado, tirar del tapón y meterme en la ducha, sin preocuparme de que la pila había quedado forrada de pelillos que, a lo largo del día, iban tomando cuerpo con la loza, hasta que había casi que rascarlos con espátula. “¡Jaime! ¡O limpias el lavabo o te coges las cajas y a la calle!” Las mentadas cajas estaban apiladas en una parte del descansillo, y eran de verdad un estorbo hasta para circular. “¡Ay que joderse con el niño!”, gritaba Clara en uno de sus accesos de ira, que pronto se disolvían en su habitual y desenfadada jocundia. Desde entonces, me quedé ya con lo de *el niño*. Otras veces volvía con un melocotón de mil demonios, y me pegaba un día de resaca en el cuarto, con migraña, sin salir, ante el asombro y la circunspección de las visitas, que debían preguntarse escamados por la presencia de

aquel intruso en la casa. Todavía me quedé un par de meses en Feijóo antes de encontrar una casa a la que irme con las cajas. Sólo al final empecé a pasar la mano por el lavabo después de cada afeitado, cuando vi que la cosa se estaba ya poniendo chungu y que Juan Ignacio me mandaba sin contemplaciones a las Bodegas La Mina a por cervezas y, además, no me daba dinero. Santo varón.

No sé si antes o después estuve en



Toledo con Clara, en las excavaciones de la Iglesia de San Lorenzo. Debió ser el 82 también. Sé que era invierno, porque recuerdo cómo nos subíamos todos a tomarnos un bocata a una plaza en la que el sol calentaba un poco, y recuerdo también el frío de la Estación Sur, en donde cogía un autobús todos los días, y me plantaba en Zocodover a las 9 de la mañana. Era una iglesia que había sido mezquita. Para llegar a los estratos medievales

tuvimos que pasar por varias capas de enterramientos del siglo pasado. De allí me traje a dos compañeras, inseparables por algunos años: Margarita y Felisa. Eran dos calaveras de antiguas moradoras de aquella iglesia. Clara, cuando empezaron a amontonarse los sacos de huesos de feligreses en una de las capillas de la iglesia, llamó al sacerdote de la parroquia más cercana para que diera su opinión acerca de qué hacer con aquellos restos. El hombre debía de traerle al fresco aquel osario, pero al final accedió a venir. Eran diez o doce sacas de grano reaprovechadas, de arpillera, y estaban hasta arriba de restos humanos, tanto que era complicado levantarlas. Despedían ese aroma indefinido



Excavaciones de San Lorenzo, Toledo, 1982

del polvo que ha sido carne alguna vez, un olor a humedad y a sudor antiquísimo, envuelto en fragancia a tierra fresca. Tuvimos la mala suerte de que el cura entornase la puerta de la excavación en el momento justo en que yo hacía juegos malabares con tres calaveras —una de ellas Margarita— volteándolas en el aire. Clara se lo llevó aparte, algo sofocada, y después me echó una buena bronca. Una de las calaveras luego recorrió mundo, porque estuvo expuesta en París, en una exposición de arte conceptual, metida en una caja fuerte entornada, recubierta por una gasa rosa. También vino a Madrid, creo, a una exposición del Centro Extremeño o algo así. Después se cerró la caja fuerte y perdí la llave y así estuvo unos años, presa allí dentro, lanzando quejumbrosos chasquidos cada vez que la movía, como si fuera el sonajero de un cílope.

Guardo un recuerdo entrañable del viaje a Egipto, en el 88. Juan Ignacio, Clara e Isabel habían ido a El Cairo por su cuenta y yo fui con unos amigos, entre ellos Pepe, a Assuán. Decidimos que allí nos juntaríamos y haríamos el recorrido a la inversa. Clara fue, por supuesto, el alma del viaje. Después de bajar

todo el Nilo hasta El Cairo, fuimos unos días hasta Alejandría y, desde allí, decidimos ir a Al Alamein, en dirección a Libia, a pegarnos unos baños en las aguas turquesas de esa zona del Mediterráneo. Clara iba con su biquini, la mar de guapetona, como siempre, levantando oleadas de rija respetuosa entre la población autóctona. Se metió al agua con Pepe, un bañista —como buen montañés— siempre

reticente. Yo, que estaba con una cagalera de aúpa, sobrevenida en el mismo viaje, los miraba con envidia desde la hamaca. En un momento, una ola enorme les dio a todos un revolcón, del que salieron entre espuma, patas arriba, boqueando. Clara se llevaba la mano a una teta y gritaba: “¡Pero Pepe!”, indignada. El pobre

Pepe se sujetaba el traje de baño, estupefacto, todavía sin saber de qué iba la cosa. Luego vimos como, por debajo de la espuma, salía un morete con cara de pillo, verdadero autor del magreo surfístico, que se escabullía —con el cuello encogido, como esperando una colleja— antes de que le echáramos el guante.

Aparte de sus invitaciones habituales, que eran numerosas, Clara me llamaba mucho, cuando no quería molestar a Federico, para preguntarme cosas de árabe. Etimologías, topónimos, etc. Sonaba el teléfono y Clara me interpelaba directamente, sin decir ni buenos días: “Oye, Jaime Sánchez, ¿de dónde viene Monzalbarba?” Y yo le explicaba si lo sabía, lo que sucedía pocas veces, en honor a la verdad. Lo buscaba en los diccionarios y en los léxicos y la llamaba luego para exponerle mis hallazgos. Ella luego, como si me tuviera en la nómina de un libro de haberes y deberes, me llamaba un día y me daba de cenar. Clara llevaba una contabilidad muy graciosa de las cosas que debía. Pocas cosas se le olvidaban, a pesar de que parecía deberle algo a todo el mundo. A veces uno tenía la impresión de que, al recibirte, estaba cumpliendo con un deber, pero que lo

hacía con el mayor placer. Con el tiempo, creo que fue superando sus sentimientos de obligación y se fue desembarazando del peso de los deberes que ella misma había echado a sus espaldas, quien sabe si impelida por algún sentimiento de culpa por la desgraciada muerte de su pequeño hermano, por una madre excesivamente rígida o por la necesidad de, siendo hija superviviente, tener que poner, en el tapete de la vida, el doble que los demás mortales. Clara siempre estaba abierta a la presencia de todo el mundo, y recibía bien a todo tipo de gentes. Era tolerante, no en el sentido actual, ONGesco y sospechoso de la palabra, sino en su vertiente más humana y verdadera. Tenía, como el maravilloso Zelig de Woody Allen, la capacidad de asimilarse a la gente con la que trataba. Podía ser asexuada, coqueta, viril, mujeraza, autoritaria, y sin fin de cosas más dependiendo de con quien estuviera. Ello explica la variada recua de amistades, de todo pelaje y asiento, que pudo atesorar en su corta vida. Y creo que lo hacía por pura necesidad de tratar bien a la gente. Tras mucho pensar, he llegado a la conclusión de que para definir con exactitud la personalidad de Clara hay que recurrir al inglés: *she was a caring person*, algo casi intraducible, que no significa sólo *considerada*, con el punto de educación, neutro, que tiene esta voz en castellano. Alguien que se pone en la piel de otro, y que modela su actitud en consideración a los sentimientos de aquél. Clara jamás sacaba a relucir conversaciones que pudieran ser incómodas para su interlocutor. Nunca se permitía humillar a nadie, ni aun teniendo la ocasión pintada calva. Era, además, poco preguntona. Su trato siempre estaba caracterizado por un gran tacto, a pesar de ciertos desplantes y broncas, a menudo estridentes, que casi siempre eran la normal válvula de escape de alguien herido por el abuso de su bondad.

Cuando yo retomé la afición por la pintura, Clara, por amor al arte, se erigió en mi marchante, aficionada como yo, pero marchante a fin de cuentas, porque me llegó a procurar algún comprador. Me alababa mucho los cuadros, y sabía encontrarles sus gracias, si alguna tenían, aparte de la ilusión puesta al pintarlos. Aunque alguno de los que colgó en su casa me haga, hoy en día, tragar saliva, siempre le agradecí el gesto. Le había pintado

un Cairo en colores rojizos, y unas Meninas churretosas, posmodernas, pero ya no hubo ocasión de dárselos. Su desaparición, aunque parezca exagerado, ha enfriado bastante mis ganas de pintar.

Para Clara siempre todo fue difícil, largo, trabajoso: la plaza, la maternidad, la casa, el hacerse servir decentemente sin sentirse estafada. Siempre me pregunté por la razón de esa dificultad, porque tenía grandes cualidades, buena salud, mucha vitalidad, carácter fuerte y enorme facilidad de palabra. Lo de la plaza quizás debe de achacarse a la frecuencia con la que, en medios universitarios, se mira por encima del hombro, cochina envidia, a quienes tienen trato fácil con la vida real, la vida exterior, la que circula libre más allá de aulas, separatas y congresos. Como Clara tenía esa facilidad, creo que encontró buenos compañeros entre los de su misma condición, y algunos enemigos entre la academia más severa. Ella venía de Magisterio, por lo que tuvo que ponerse a todas las colas, esperar a que cada maestrillo tuviera su librito, entrar trabajosamente, hacer genuflexiones, comerse un par de berrinches por candidatos de la casa, que siempre pasan delante. Al final de su vida, se había hecho un hueco importante, publicaba por su cuenta y en editoriales de primera y me consta que, cada vez más, se la refanfinflaban algunos investigadores ceñudos, de Consejo y café melita, lo mismo que un buen puñado de arabistas que, a su muerte, han vuelto la cara al paso de su féretro. Es cierto que no sabía árabe, pero no lo es menos que era capaz de convencer a cualquiera que supiera para que le tradujese 14 o 15 páginas de un libro en el que encontrar datos que confirmasen o rebatiesen sus hipótesis. Ése fue mi caso, como el de muchos otros, y lo hice con el mayor placer. Se preocupaba por las fuentes —por las hidráulicas y las documentales— bastante más que algunos estudiosos de la historia.

Creo que Clara había llegado a un punto en que lo único que deseaba era disfrutar de la vida y la maternidad, ponerse al paso de sus investigaciones, rematar sus artículos, hacer más viajes que antes, suponiendo que ello fuera posible, y aprender a bailar sevillanas. Vivir, en definitiva. En esta España católica, profunda y mesetaria en la que tantos vinimos

a nacer, la vida sencilla y relajada no ha estado al alcance de cualquiera. A muchos les ha costado media vida ganarse la otra media. Otros no han tenido tanta suerte. La acompasada y larga muerte de sus padres la agotó y creo que ella misma se daba cuenta de que el plan de vida estajanovista que se había trazado desde hacía unos años acabaría por derrengarla. En más de una ocasión le dije, con la boca pequeña, que se calmase un poco, que no se lo tomase tan a la tremenda, que la investigación sólo llena cuando se hace con calma y por puro placer, desengañadamente. No me hizo nunca mucho caso, y supongo que hizo bien. Al fin y al cabo, yo sólo he sido siempre el *niño*. Creo que, sin embargo, después de la operación del verano del 97, aunque salió disparada a Nueva York y allí se lo pasó de miedo, se dio cuenta también de que aquello era un poco excesivo. ¡Qué gran momento entonces para haber puesto coto a la enfermedad! Podían entonces, en el silencio y la quietud, haberse escuchado los pasos quedos de la muerte. Pero la fatalidad, los parches sor virginia, la indecisión de un médico incompetente, los viajes, los artículos, todo se alió, perversamente, para que ya, a su vuelta de Chile, nada se pudiera esperar aparte de un milagro.

Durante el otoño de 1997, recuerdo a Clara muy callada y circunspecta. Yo volví de Nueva York a principios de diciembre y me chocó que no diera señales de vida en todo el mes, salvo una vez, creo, para alguna minucia. Aquello me extrañó, pero la vida a veces impone a la amistad sus altibajos. Ahora entiendo el porqué de su ensimismamiento e imagino la angustia que sintió al ver que sus peores presagios iban cobrando forma, que sus dolores y sus opresiones corporales iban adquiriendo tintes cada vez más alarmantes. Se me pone la piel de gallina al pensar con qué entereza y discreción iba encajando las noticias que la hundían en sus cavilaciones más negras. A lo largo de todos esos meses de enfermedad, sólo en una ocasión perdió en mi presencia las esperanzas de curarse. Fue durante alguna de las visitas que le hicimos Patro y yo, en mayo o junio, en su casa. La escuchamos decir: "Total, yo estoy con un pie aquí y otro allí". Guardamos silencio. El día de su último cumpleaños, todos los pronósticos se hicieron

negras certezas. Fue cuando se sacó el champán. Al ir a brindar, entrechocó su copa con varios de los que allí estábamos, y el vidrio se quebró, implacable. En ese momento, todos comprendimos que no habría más cumpleaños. Ella también.

Pienso que el asombroso trasiego de amigos, parientes y conocidos que hubo de contemplar la habitación del Ramón y Cajal en la que habría de morir es la mejor prueba de que sus desvelos para con la gente, su ambición de amistad y su cordialidad no quedaron sin recompensa. Desde aquella fecha he fantaseado con la idea de que, de haberse podido hacer por algún medio una colecta de vida, para que Clara siguiera en este mundo, buena parte de los que la conocíamos hubiésemos echado, al platillo de sus días, unos meses de nuestra propia existencia. Eramos tantos que nuestra vida no se hubiera visto muy menguada.

En agosto vino Clara a nuestra casa, con Juan Ignacio, Isabel y María José. Cenamos en la terraza. Clara iba con su ladrillo abrasador, que se aplicaba a los riñones, a pesar de que estábamos en verano, y hacía calor. Llevaba su pelo muy corto, y parecía, en la entreluz de la terraza, una cantante de jazz neoyorkina. Casi no comió, pero fue ella misma, la Clara de siempre, más que nunca. Nos contó su segundo viaje a Guinea, su alucinante expedición marítima a una isla de ese país, no recuerdo si Bioko u otra isla, apoyada por Juan Ignacio y sus vívidos apuntes. Nos reímos mucho, y ella misma se animó tanto que, cuando se fueron, llegamos a creer en un milagro. Aquel verano, estoy seguro, le fue regalado de propina por el Tiempo, en pago a la entereza y la furia con la que templó los primeros gañafones de la muerte.

La última vez que la vi fue la víspera de coger un avión para América, en un viaje que apartaría de mí el trago duro de su agonía y me impediría acompañarla en su último viaje. Era sábado, 12 de septiembre de 1998, y le quedaban apenas tres semanas de vida. Estaba retumbada en el sillón de su habitación individual del Ramón y Cajal —esa habitación 419, que parecía el camarote de los Hermanos Marx—, y no paraba de vomitar oscuramente, entre la alarma apenas disimulada de cuantos estábamos allí y el trasiego silencioso de cubetas y toallas. En un respiro entre arcadas,

dijo, mirándome de soslayo, que me fuera a casa, que mañana tenía que volar y eran más de las diez. Nada de lo que se dijera en su presencia se le escapaba, ni siquiera en los momentos más solemnes, con un pie en el estribo. Clara siempre tenía el control. Le di dos besos y dije que la llamaría en un par de días. “Ponte buena”, añadí, con la boca pequeña, consciente de su estado desesperado. Con la cabeza vencida en la orejera del sillón, bajo los mechones de borra trasquilada en que se había convertido su pelo de bandera, desmadejada, con sus brazos descarnados aferrados a la sábana blanca, sonrió tristemente, sin abrir los ojos: fue sólo un leve rictus de los labios, moviéndolos hacia abajo. Era un sarcasmo silencioso, no verbal, tan frecuente en ella. “Estoy yo buena”, debió de pensar.

El día en que murió, 1º de octubre, yo, en mi estudio de Park Avenue, a las seis de la mañana, la misma hora en que Clara espiraba al otro lado del océano, me desperté azorado, respirando con trabajo. Ya no volví a dormirme.

A principios de enero fuimos Patro y yo a Ballesteros de Calatrava, a rendirle una visita al mismo cementerio que, en el verano de 1997, nos había enseñado, con un ramillete de jaramago en la mano, vestida con un traje blanco hasta los pies. Entonces, en una tarde soleada de verano, nos había explicado con gracejo su saga familiar, algunos de cuyos miembros nos contemplaban ceñudos desde las fotos ovaladas de los nichos. Pero ese día de enero fue distinto. Un día horrible y ventolero, zarandeado por rachas de airuchos violentos, envuelto en hojarasca volanderas y bañado por goterones que tamborileaban sordamente sobre las uralitas de la casa de los muertos. Pronto empezaría a llover con fuerza. El cielo estaba negro y la tierra parecía toda de ceniza, como si todos aquellos descampados hubieran ardidado recientemente. Los árboles que flanqueaban el camino al cementerio braceaban desesperadamente mientras Patro y yo nos acercábamos en coche a la entrada al camposanto. Nos adentramos en el

cementerio, encontramos la tumba y pusimos sobre la lápida un jarrón de cristal con algunos claveles que, al sentirse sueltos, empezaron a moverse dentro del vaso, inquietos, como queriendo escapar de aquel lugar, de su destino de flores mortales y lapidarias. Se me ocurrió entonces que quizás la muerte sea un sitio cálido, como el mar en esos días fríos de playa, en los que sólo se está a gusto en el agua. De pie delante de la tumba, tratamos de sentir la presencia de Clara, a dos pasos de sus menguados restos, pero fue en vano. Los muertos callan oscura y tercamente, quien sabe si ensoberbecidos por la eternidad, si amordazados por la nada. Empezó a llover rítmicamente, con furia, así que nos apresuramos a regresar al coche, refugiándonos del viento y del agua. Mientras enfilábamos la carretera de El Viso del Marqués, tratando de adivinar —entre golpe y golpe del limpiaparabrisas— la cinta de asfalto y secarnos las ropas y las niñas de los ojos, pensé: “¡Dios mío, qué solos nos quedamos los vivos!”



Samarra (Iraq), Gran Mezquita, 1989

ARMANDO RODRÍGUEZ

*El sabor de los
pimientos fritos...*

Parece de rigor decir que me resulta doloroso recuperar el recuerdo de Clara, avanzar a tientas por los recovecos de mi memoria tropezando con anécdotas que, son ya, historias de mi pasado. Historias que son punzadas de dolor en lo más profundo y que llenan mi corazón de zozobra y desamparo. Sin embargo, tengo que confesar que empiezo a sentirme mayor porque, cada día, el sentido de mi vida está en lo que va quedando atrás más que en lo que el destino tiene reservado para mí en el porvenir.

Si es verdad que uno pasa la primera mitad de la vida vistiéndose y la segunda desnudándose no es menos cierto que uno no se desnuda fácil ni ordenadamente. A cada momento sentimos que nos enredamos en las prendas que nos vamos quitando, en las cosas que ahora empiezan a quedarse en el camino, en esos jirones de piel que tanto nos duelen y que nos desnudan de ilusiones por las que antes hubiésemos dado la vida, y de esperanzas que alimentaban nuestros insomnios.

Pasa el tiempo y el recuerdo de Clara sigue enredado en nuestras costillas, su sonrisa parece perseguirnos y sobreponerse a otros recuerdos como si esa fuera la herencia que más podíamos echar en falta. Sí, no olvido que, de vez en cuando, su genio me dejaba sin reacción pero, al menos para los amigos, eso era transitorio, efímero. Pasado el temporal, brillaba de nuevo su sonrisa y su magnífica generosidad.

La última vez que nos vimos, fue después de pasar aquella operación que nos tuvo a todos en vilo. Fue una espera angus-

tiosa que terminó con la buena noticia que descartaba cualquier amenaza futura. Juan Ignacio, Verónica y yo nos bajamos al restaurante y lo celebramos comiéndonos un escalope con patatas y un poco de ensalada. Juan Ignacio recuperó su locuacidad y volvimos a poner a caldo, con buenas maneras, a tirios y troyanos.

Cuando me despedí de Clara, nos dijimos adiós con la naturalidad de quien cree que nada en el futuro impedirá un nuevo encuentro, con la distracción de quienes saben que volverán a comer juntos un buen plato de jamón.

Sí, porque, Clara siempre compraba un poco de jamón cuando sabía que yo iba a Madrid. Lo ponía así, sobre el mismo papel en la mesa del salón y empezábamos a hablar. La última vez fue así. Y me despedí, pensando que aún nos quedaban muchos platos de jamón por delante, ese jamón que comíamos y que servía de excusa para hablar y hablar, hasta que Juan Ignacio y yo la dejábamos dormida, tendida como un ángel en el sofá.

Ahora que Clara se ha ido, hago constantes reproches a mi memoria por ser tan mezquina, por obligarme a buscar entre las fotos que guardo descuidadamente, su cara, su cuerpo, los detalles que no vi porque no pensé que tuviera que esforzarme en imaginarla, porque siempre esperé que hubiera otra y otra vez.

Encuentro algunas fotos de cuando estuvimos en Jarandilla y de la visita que hicimos a Yuste. Y, cómo no, de las migas con pimentón que nos metíamos entre pe-



cho y espalda, y de los desayunos en la terraza de un bar a un lado de la carretera. En ese tiempo, Clara estaba concentrada en Blanca que convertía los desayunos en una historia interminable jalonada de cucharas y cucharas de colacao. Mientras Blanca desmenuzaba hasta límites insospechados la magdalena de Proust, Juan Ignacio, Verónica, Clara y yo podíamos dar un repaso a la actualidad internacional, poner a punto de ebullición los problemas de la universidad e incluso repasar el calendario de festejos local.

También encuentro algunas fotos de aquel verano en Ballesteros y de los baños en la piscina municipal. Puesta en medio del paisaje manchego sólo perturbado por la labor incansable de la chicharra me queda la imagen de Blanca aprendiendo a nadar y la porfiada insistencia del encargado de la piscina con "mueve tu cucu" y "el torito enamorado de la luna" y otra vez "mueve tu cucu", y así hasta la extenua-

ción. Eso sí, con el inestimable acompañamiento coral de Clara que vivía con entusiasmo cada pieza. Pero esto fue justo antes de entrar en la clínica Ruber.

Por eso prefiero entretenerme con las fotos de Teruel. Fue un verano que nos citamos en el Parador Nacional que está en las afueras, decadente y algo cochambroso pero con una magnífica piscina, hamacas para tomar el sol y leer una buena novela a la sombra de robles frondosos. Creo que fue de las pocas veces que Verónica y yo no paramos ni 30 minutos en aquella piscina. Desde que Clara, Juan Ignacio y Blanca llegaron, el Parador se redujo a fonda nocturna. No importa, pasábamos el día recorriendo pueblos e iglesias con una pasión incansable, arrastrados por el entusiasmo con que Clara era capaz de describirte la huella de un morisco despistado en la piedra de un molino.

Verónica y yo poníamos cara de agotamiento, tirábamos el cuerpo malamente y adoptábamos imposturas que buscaban disuadirla de tan cultos y loables arrebatos. Intentábamos también la complicidad de Juan Ignacio apelando a los placeres de la holganza a los que en veranos calurosos es tan sensible así como a las virtudes higiénicas que nos prometía un buen ramoneo entre las hierbas que crecían en torno a la bien cuidada y solitaria piscina del Parador. Pero con Clara tirada al monte era mejor no engendrar esperanzas.

A la primera debilidad sacaba un racimo de argumentos constructivos sobre "hay que aprovechar que estamos aquí y que a dos pasos tenemos..." seguido de algunos bienintencionados calificativos de los que el menos bueno era bonito. Claro que a veces los dos pasos dejaban atrás las millas, de modo que un día fuimos a parar a Albarracín. ¿Cómo nos íbamos a perder el trazado y las construcciones medievales y moriscas de Albarracín, cómo íbamos a renunciar a las callejuelas y a las viejas casas con celosías, qué tipo de individuos podían

cambiar la mullida y cómoda colchoneta de una hamaca bajo un roble centenario por la visión de unas murallas levantadas por los Banu-Razin en el siglo XI? Toco con mis dedos esta foto en la que estamos los cuatro, buscando sentir el calor de Clara, revivir el momento en que Verónica nos dice que nos pongamos más pegados, —Blanca mira a la cámara—. Y ahí está Clara, como era ella, cargando con todo. En la foto estamos Juan Ignacio y yo, tan divinamente, y a nuestro lado Clara. Para ser más exacto, sólo una parte de Clara, el resto se confunde con lo que cargaba: Blanca, la Barbie, la inconfundible mochila negra y la funda de la máquina de fotos. No es fácil hallar consuelo contemplando la foto, viendo a Clara con esa sonrisa que todos le conocimos, con esos trapillos que siempre vestía con mejor o peor suerte pero que eran el resultado de combinar aquella falda del año *catapum* con aquella camisa que compró en unas rebajas, con aquella chaqueta heredada de sus antepasados... En fin, trapillos que nunca pasaban de moda y que si pasaban, a Clara poco le importaba. Siempre había un hueco en la cómoda, en el armario y, si le parecía demasiado fuera de tono, entonces era ideal para el armario del pueblo.

Veo en esa foto la vitalidad tan característica de Clara, pero a medida que me fijo más me parece que esa vitalidad se muda en desvalimiento, en indefensión. Entonces me viene a la cabeza la fortísima tormenta que nos cogió a la vuelta, el miedo a un accidente y el frío repentino que nos helaba el alma.

Clara era una mujer fuerte, llena de ingenio y llena de vida. Ahora entiendo que fuera con prisas, que no se quisiera perder Albarracín estando tan cerca. Ahora me alegro de hacerle caso y haber prolongado sus días de iglesias, castillos y callejuelas. Y también me alegro por mí, porque gocé oyendo la historia de los amantes de Teruel, del torito que está en la Plaza, de la búsqueda justificada de palmeras para el desayuno de




Nueva York, verano de 1994

Blanca, de lo buenos que eran los dulces de Teruel, de la arquitectura mudéjar y...

Clara hablaba mucho y con la misma pasión que defendía a sus amigos era impenitente con los tontos, los desalmados y los listos que quieren alzarse con el santo y la limosna cuando ya ha pasado la procesión. Pero con quienes era más despiadada era con sus errores y con los de Juan Ignacio, con sus vacilaciones y con sus desesperanzas.

El sitio donde mejor me sentía hablando con Clara y Juan Ignacio era el salón de la casa. ¡Cuántas tertulias y cuanta buena gente he conocido allí! Y siempre terminaban igual. Los invitados se iban y, al final, Clara, agotada, se iba dejando caer en el sofá arrullada por algún proyecto que a esas horas últimas se le ocurría a Juan Ignacio o por mis peregrinas ideas de cómo medir la variable dependiente.

No vi el final de Clara. No quise ver cómo la enfermedad esquilaba la viveza de sus ojos y la fatiga iba llenando su cuerpo de marcas que nunca cicatrizarían. La vida terminó siendo una partida de envite demasiado complicada para Clara. Se marchó y nos dejó con las cartas en la mano. Ahora, todos notamos que falta, y nuestra inteligencia lo más que puede hacer es convencerse de que la vida y los sueños son páginas de un mismo libro.

Quiero recordar a Clara, pero no con nostalgia, que me suena a artificio de poca monta, sino como se recuerdan las mejores cosas que le pasan a uno en la vida, con pequeñas sensaciones: aquel día en el supermercado, la primera vez que me mandó a comprar el pan, la visita al Centro Sofía, el sabor de los pimientos fritos...



Madrid, invierno de 1993

Asunción Ferreras Federico Corriente

«Clara reposa en la región más limpia de nuestros pensamientos»

Nunca hubiéramos creído ver el momento de hacer la elegía, en ningún caso necrológica, —fea palabra— de Clara Delgado, hermosa persona. Por su juventud, su carácter y el afecto que nos ha unido, es la amiga a la que incluso los que no creemos en honras, tampoco fúnebres, ni las deseamos, no nos hubiera importado, sin embargo, imaginar apesadumbrada por nuestra propia partida: las cosas, por azaroso capricho, han sido de otra manera, y ese pesar ha caído, contra lo esperable, sobre nuestros corazones. De alguna manera nos puede consolar la creencia en una temporalidad solo aparente, una especie de mera cuarta dimensión provisional hasta el regreso a lo sempiterno y único, pero debemos reconocer que eso alivia poco la sensación de orfandad que genera la pérdida del ser querido, con su mensaje de reducción anticipada de una parte de esa misma persona que llevamos dentro, recuerdos, afectos y nociones que son nuestro viático, hasta que su progresivo consumo pone forzoso fin a la peregrinación.

Vivimos por, para y en los que queremos si queremos y sabemos vivir; por eso mismo nuestras relaciones son fáciles y gratas con cuantos comparten esta naturaleza, e imposibles con los que viven por, para y en la materia. La ganancia es nuestra, pero, por lo mismo también, nos ha de doler más la pérdida de un miembro de esa reducida hermandad, ante la que no nos quedaba sino la dulce melancolía del recuerdo, tristeza mitigada apenas por el grato sabor de éste.

Compañeros de profesión y, no sin embargo, como suele satirizarse, sino raramente, amigos durante todos los años de nuestro conocimiento, sólo tenemos

memorias agradabilísimas de Clara. Nunca abrumó a sus amigos con relatos de pesares y dificultades, que, como todos, tuvo y tampoco ocultaba, pero siempre mencionaba como menos graves que los de los demás, al tiempo que siempre estaba dispuesta a escuchar éstos y hacer cuanto le fuera posible por ayudarnos, lo que generalmente conseguía de varias maneras. En el mismo terreno profesional, para muchos reducto inexpugnable de vanidad y egoísmo, siendo su obra importante, estaba permanentemente dispuesta a compartir su información, a escuchar opiniones, que generalmente pedía, incluso cuando no le eran necesarias, por lo que fuimos muchos los que la apreciábamos ilimitadamente como persona sabia y procuramos disfrutar, mientras pudimos por residir en Madrid, y aun luego, cuando podíamos pasar por allí, del suave bálsamo de su amable presencia, cariñoso trato y ponderadas razones, siendo casi excepcional que, en todo el tiempo de nuestras relaciones, bastantes años, no se produjo, como es en nuestros tiempos lo habitual, ningún enfriamiento y distanciamiento en ellas.

En una ocasión como ésta, sería fácil recordar anécdotas, revivir escenas, extenderse en descripciones de las personas y las situaciones, pero no añadiríamos con ello nada al conocimiento que de Clara tienen los que han sido sus amigos, y da pudor hacerlo con los que no lo fueron, por falta de ocasión u otro motivo.

Clara reposa, apresurada pero muy justamente, en la región mas limpia, más pacífica y agradable de nuestros pensamientos. ☞

Isabel Caño

“Me abría la puerta y sonreía, y yo sabía que ya estaba en casa”

Es difícil solo a partir de palabras construir todos los recuerdos y lo que me gustaría contar de cómo era Clara o lo que era ella para mí. Escribir los recuerdos es quizás una forma de no perderlos, pero no se puede escribir la vida en un libro.

Conocí a Clara hace 20 años. En 1979 terminamos Historia del Arte en la Complutense. La recuerdo en aquella época con un vestido mejicano a media pierna y, por supuesto, con el pelo rojo. Descubrimos que éramos vecinas, un día fui a su casa y luego ya nunca dejé de ir.

Tengo muchos recuerdos de Clara, algunos curiosamente aparecieron durante su enfermedad, unos pequeños de tan cotidianos, la mayoría que ni se pueden contar de tan banales, todos preciosos de tan irrepetibles.

Recuerdo muy bien un día de excursión a Toledo a final de curso con Carmen Brey y Concheta. Fuimos en el dos caballos rojo de Carmen. Dimos una vuelta por Toledo y Clara nos iba contando lo que iba a ser su tesina y su tesis. Hubo otros viajes a Toledo, recuerdo otro con Diego, el recorrido duró horas, Clara era extremadamente minuciosa y sobre todo incansable.

En veinte años hicimos juntas muchas cosas: viajar, ir de compras, pasear, ir al cine, pero una de mis preferidas era ir de exposiciones. Nos reíamos mucho, nuestros gustos a veces no coincidían y entonces nos peleábamos, salíamos de las exposiciones embarcadas en tremendas discusiones, pero siempre nos lo pasábamos muy bien. La última exposición que yo recuerdo haber visto con Clara era toda de ángeles. Nos encantó, ella se pidió la mitad de los cuadros y yo la otra mitad. Casi nunca guardo los folletos que dan en las exposiciones, no sé por qué guardaría éste, es un ángel barroco y maravilloso, como diría Clara.

Fue Clara más que una amiga para mí, muchos acontecimientos de mi vida están ligados a ella, y muchas decisiones las he tomado en su casa, primero en Feijoo y luego en Quevedo, después de arduas y larguísimas discusiones en las que por supuesto participaba Juan Ignacio y quienes en aquel momento aparecieran por allí.

También he compartido mucha vida de

Clara (y de Juan Ignacio). Fui con ella a comprarse su vestido de novia, dicho así parece que no le pega pero ella quería casarse de blanco. Nos fuimos a recorrer el barrio de Salamanca, y ya casi cerraban y no habíamos encontrado nada que le gustara, porque como os podéis imaginar Clara quería un traje blanco pero por supuesto no de los que se encuentran fácilmente. Ya en la última tienda encontramos por fin su traje, le quedaba precioso y Clara estaba feliz, luego le buscó al vestido una serie de accesorios muy de



ella, todos en rojo.

Mucho más tarde, estando embarazada de su niña, también salimos un día de compras. Se había empeñado en comprarle unas sábanas pero unas sábanas de cama grande y todavía no le había preparado ni la cuna, así era ella de tremenda. El vendedor estaba alucinado y empeñadísimo en enseñarnos todas las sabanitas de cuna de la tienda.

Podría contar más historias, pero los amigos de Clara somos muchos y entre todos contaremos muchos momentos de su vida, de cómo era Clara, de cuánto la queríamos, de cuánto nos quería, de cuánto la echamos de menos...

De lo que quería a sus amigos me gustaría

hablar un poco. Clara se entregaba mucho en sus relaciones, sus amigos estaban muy presentes en su vida, en su casa había una serie de ritos y costumbres en torno a los amigos, a los que hacía unas comidas exageradísimas en cantidad, ponía la mesa con unos manteles que traía de sus viajes y todo lleno de platitos de mejillones, de berberechos, de jamón, de queso, de chorizo, cortezas...todo muy delicioso. Para Clara nunca había bastante comida, como tampoco había bastantes amigos y una de sus felicidades era tener la casa llena de gente. Tenía una capacidad especial de engancharnos a todos, los que la conocíamos desde hacia tiempo, pero también a amigos que se hizo en los últimos tiempos e incluso en el hospital. Para Clara los amigos eran su otra familia y desde luego se sentía con todo el derecho del mundo para opinar sobre sus vidas. Algunas veces hasta parecía indiscreta, o impertinente, pero Clara es que era sencillamente incapaz de disimular en casi nada.

Clara se reía mucho, pero a mí me gustaba casi más su sonrisa, cuando yo llegaba a Madrid ella me abría la puerta y sonreía, y yo sabía que ya estaba en casa.

Clara era un torbellino, ya he dicho que casi nunca se cansaba, y le gustaba verse rodeada de gente y de ruidos. El silencio no se había hecho para ella y así fue siempre incluso durante su enfermedad. Si le parecía que alguno de los habituales no daba señales de vida en seguida preguntaba por él, no concebía de ninguna de las maneras dejar de ver a sus amigos.

En el hospital ni siquiera cuando se dormía quería quedarse sola, recuerdo sus continuos “¿por qué os salís?” o “quién está en el pasillo? ¡que pasen!” en cuanto se despertaba.

No quiero escribir muchos recuerdos tristes de Clara, que también los tengo. Su enfermedad, su lucha, pero lo voy a hacer porque también forman parte de ella.

Clara fue muy mala enferma, ya nos lo figurábamos, pero yo nunca creí que a pesar del dolor, y del miedo fuera capaz de hacernos vivir su enfermedad como una experiencia única. Creo que todas las personas que pasamos algún tiempo en el hospital descubrimos otra Clara, con el mismo carácter intratable, con el mismo afán de controlarlo todo pero también una Clara frágil, cansada, que despertaba una gran ternura y que necesitaba continuamente la presencia y el apoyo de sus amigos y de Juan Ignacio.

Desde luego la habitación de Clara era todo un espectáculo porque en la enfermedad como en toda su vida estuvo rodeada de gente numerosa y variopinta. A los de la habitación de al lado los teníamos alucinados con las tertulias en el pasillo, hasta tal punto que llegaron a preguntar que quién era Clara porque habían observado que todos sus visitantes eran catedráticos y políticos, lo cual no deja de ser un poco exagerado, y ya os podéis figurar el “¡ay que me meo!” de Clara cuando se lo contamos. La verdad es que teníamos invadido el pasillo.

No he dicho nada de los defectos de Clara que ahora me parecen nimios y hasta estaría dispuesta a perdonarle que a mi porra antequerana le llamara salmorejo cordobés, que me regañara porque según ella me compraba muchos zapatos, y que fuera mandona aunque esto no se le podía decir porque curiosamente no se veía nada mandona.

Clara era una persona muy alegre, pero con un punto de tristeza, quizás de melancolía. Era una luchadora nata, una amiga generosa y a pesar de las dificultades siempre guardaba un lado risueño, y era tal su vitalidad que todavía me pregunto cómo ha podido irse y la única contestación es que quizás haya personas que parece que se tragan el mundo, como si de alguna forma sospecharan que no van a estar mucho tiempo en él.

Quisiera terminar recordando a Clara a través de Blanca. Clara tenía muchas ganas de un hijo y cuando por fin se quedó embarazada fue una fiesta. Estaba guapísima y no recuerdo que diera ninguna lata, ni que nada le sentara mal y siguió llevando una vida muy a su aire. Yo tampoco diría que llevó lo que se suele entender una vida de embarazada porque Clara hacía pocas cosas de la manera que consideramos normal.

Cuando nació Blanca, Clara no cambió mucho su ritmo de vida, cogía el carrito y se iba a exposiciones, cenas, manifestaciones, viajes y repetía a menudo que la niña era la alegría de su casa. Blanca me preguntó, poco antes de morir su madre, que si se iba a olvidar de ella. Le contesté que no; que su madre tenía muchos amigos que le podrían contar todo lo que ella quisiera. Ahora, con este libro Blanca tendrá más recuerdos de su madre. Clara deseaba que, por encima de todo, su hija fuera feliz; yo además le deseo que, como su madre, tenga tantos y tan buenos amigos. ☘

Juan-Sisinio Pérez Garzón

Carta para Blanca, porque Clara nos unió

Te voy a contar, querida Blanca, cosas de tu madre, para que en la inmensa sala del recuerdo almacenes también el repertorio de emociones de un amigo que la conoció en ese Toledo de las piedras misteriosas...

Cuando seas mayor y puedas leer estas letras con otra perplejidad, quizá yo tampoco esté por aquí, y por eso quiero que puedas conservar la memoria de cómo Clara, tu madre, nos sumergía a sus amigos en un yo plural para vivir el punto exacto y vibrante de su trajín cotidiano. Te contaré algunos momentos para que sepas por qué las personas como tu madre tienen la virtud de no morir jamás. Sí, tu madre dejó libros, dejó mucha sabiduría escrita y enseñada, pero sobre todo fue la diosa de las pequeñas cosas. ¡Hubo tantas pequeñas cosas entre Clara y sus amigos...! Eran la intensidad de una vivencia apurada en cada segundo. Sólo te contaré tres momentos, tres ocasiones, que te pueden servir de ejemplo para saborear el perfil de una madre que no se cansaba de pronunciar tu nombre. Clara y yo compartimos bastantes complicidades, a cielo descubierta, en tiempos discontinuos, porque teníamos trabajos con ritmos diferentes. Ante todo, y después de cruzar nuestros futuros en Toledo, la amistad se sirvió del artificio del teléfono para conjugar deseos y rumores. Pero de modo especial el concierto de los Rolling Stones, el Corpus de Camuñas y el recital de R. Sakamoto pueden ayudarme a transmitirme las vibraciones que te quiero traspasar para que los incluyas en el mapa de tu memoria como propios. Te pertenecen porque tu madre los inventó, mientras te inventaba y te amaba con la euforia realista de su sangre hecha metáfora. Antes de nacer, y después de nacer, tu fuiste la presencia constante, el afán de vida.

Al concierto de los Rolling Stones fuimos de invitados, porque yo tenía un cargo político, y la Telefónica de entonces, monopolio estatal, me regaló dos entradas. Se suponía que no podía existir un cargo político, sin la carga de una pareja, por lo que las entradas se regalaban a pares. Fuimos al estadio del Atlético Madrid a disfrutar del bullicioso movimiento del ritmo: los Rolling, su líder Mike Jaegger, nos pertenecían como pasiones de adolescencias detenidas en el puro frotarse de palabras y cuerpos. Coincidíamos en el placer de zambullirnos en la masa ruidosa, teníamos idénticas descargas contra la soledad, y las canciones que Mike Jaegger trotaba por el inmenso escenario transmitían precisamente la gozosa excitación del baile y de la música en un estadio inundado de efluvios carnales. Al acabar el concierto, bien entrada la noche de un junio caluroso, cualquier calle, en el camino de vuelta al centro de Madrid, estaba atascada de juventud, euforia y ritmo. Imposible encontrar un taxi libre, hasta que no quedó más remedio que llamar por teléfono a tu padre, despertarlo y que viniera a recoger a Clara a la plaza de Tirso de Molina. Pronto llegó Juan Ignacio y, con gesto de amigo enamorado, se llevó a Clara. Se apuró la oscuridad de la noche.

A Camuñas, pueblo de Toledo, fuimos a las fiestas del Corpus, me tocaba dar el pregón y de paso veríamos los diablos danzar, después de tener tantas referencias etnográficas de la peculiaridad de esa costumbre. Era también junio, pero esta vez nos cayó una tormenta de verano. Otra ocasión para compartir nuestro común placer de encontrarnos repetidos en el pulso de la masa, de esa masa de un pueblo en fiestas, que nos atendía y agasajaba, porque íbamos con las autoridades, con el alcalde y con el cura, y éramos los forasteros invitados. Si alguna vez, querida Blanca, pasas por Camuñas, quiero que sepas que por sus calles mientras el pueblo estaba en misa, nos hicimos cómplices de intimidades que la sociedad no



permite expresar, quiero contarte que tu madre amaba lo inmaduro porque era ilusionista de lo insólito, quiero que, al oír el nombre de Camuñas, relaciones a tu madre con la capacidad de una persona irreductible a la adversidad. Quiero, por eso, que sepas cómo los amigos nos metíamos en sus besos de más para cobijarnos de los corsés de la realidad.

Así era Clara antes de que tu nacieras, y con esa fuerza de amor sin lindes te inventó, y con la misma pasión siguió, amasando la amistad con la vida. Te podría enumerar otros muchos momentos de los que conservo en la memoria el deslumbramiento de una Clara tan frágil y tan fuerte, sin domar para las normas y con alas para los sueños. Ya habías nacido, querida Blanca, cuando sudamos la gota gorda un atardecer entre los ladrillos del patio del Cuartel del Conde Duque, en un concierto de Riuichi Sakamoto. ¿Por qué nos gustaba la misma música? De la música árabe nos fascinaba el color de los deseos imaginados, y de Sakamoto, tan usado por directores de

cine, nos provocaba la obertura de sonidos en pliegues y ondas mínimas, como la misma cabellera de tu madre. También el cine nos entusiasmaba, desde Almodóvar a Bertolucci, porque sus películas nos conjuraban en afanes y pasiones.

Podría hacerte interminable el relato, querida Blanca. La amistad era intensa y se llenó de miles de instantáneas, pero sólo he querido con esta carta enfrentarme al silencio de un azar que tiene leyes injustas y que nos ha privado del gozo de compartir ahora, en este preciso momento en que me lees, a esa misma persona que queremos por encima del tiempo, y que nos respira mientras la memoria nos acaricia en la magia del roce de su luz. Esto es lo que te permitirá iluminar la fidelidad de tu madre, cuando respiraba por ti para soñarte aventuras, sonidos, senderos y lenguajes capaces de texturas inéditas. Por eso, porque crecimos en su amistad a la par que tú, te incorporamos a ese afán de vida en el que nos zambulló nuestra Clara. Con besos abiertos en el recuerdo, un amigo. ☞

Paloma, Sol, María, Isabel y Jacobo.

(Familia Maldonado Eizaguirre).

«¿Le gusta el cuadro a Juan Ignacio?»

PRIMEROS ENCUENTROS.

Con dos años, María, nuestra hija, quiere ir a casa de Blanca, una amiga de la escuela infantil. Su mamá, una señora alta, delgada, con el pelo rojo y unas medias muy llamativas, la llena de besos mientras nos pregunta si puede ir un rato a su casa, a jugar. Las visitas, aunque todavía esporádicas, se suceden desde entonces. Comienza, sin intuirlo, una bonita y curiosa relación.

OLAVIDE.

Olavide, lugar de encuentro, rutinario, a veces querido y entrañable y, otras, tedioso y pesado. En la plaza es raro no ver en un banco a Clara con la mochila de los cubos, palas y juguetes de Blanca. Al principio le acompañan artículos que quiere leer o estudiar. Pero, en Olavide... esto es difícil. Por el contrario, debido a la cercanía de diversas tiendas, es factible hacer alguna escapadita a comprar, a las que Clara enseguida se apunta con su supercarro azul, compañero ya inseparable.

Con cuatro años, María y Blanca se visitan a menudo por la tarde, siempre y cuando el tiempo nos perdone acudir a Olavide. Solete, la hermana de María, se incorpora al grupo. Clara la recibe con achuchones y besos pero ella, muy tímida, se esconde.

EL CUADRO DEL SALÓN.

Las tertulias vespertinas en la Plaza nos permiten ir conociéndonos poco a poco. Un día surge el tema de Belén, la pintora de nuestra familia. Casi al momento, Clara empieza a proporcionarnos información para ella, como los premios de pintura de la UNED u otros certámenes de los que tiene noticia.

Un día, en Diciembre del 95, por aquello de levantar la autoestima de la novel pintora, hermanas, hermanos y cuñados organizamos una exposición casera de su obra. Preparamos la muestra, seleccionamos la lista de invitados con un sano espíritu interesado y, en un alarde de "agresividad comercial", incluimos en ella a Clara y Juan Ignacio. Hasta la fecha se habían mantenido en la "categoría de padres de Blanca", a partir de entonces pasan a ser "personas con opción a ser sableadas". Clara manifiesta enseguida su disposición a comprar algo adecuado para el salón, si las condiciones de precio y tamaño satisfacen sus necesidades.

La exposición da comienzo. Nosotros nos contentamos con que vengan los dos y que Clara nos de su opinión como experta en arte. El caso es que el primero de los días de la muestra, aparece la pareja. Clara decidida a hacer una compra y Juan Ignacio no muy de acuerdo. Anima a la pintora, observa con detenimiento y, al final, se decide a adquirir uno de los lienzos más grandes, "rincón en el estudio". Hoy está colocado en la pared del fondo del salón, después de subirlo por las escaleras con la inestimable ayuda de Juan Ignacio.

Entre sus cuatro paredes, se percibe todavía una pregunta sin respuesta conoci

da: ¿Le gusta el cuadro a Juan Ignacio?

BARRIENDO PARA CASA

Nuestra pandilla de amigos organiza todos los años una excursión de fin de semana, sin niños, que podríamos calificar de turismo rural. Un día de enero del 96, en Olavide, estamos comentando dónde podríamos ir. Clara también está presente y participa en la conversación. ¿Dónde se os ocurre pensar que acabamos?. La respuesta es fácil: Ballesteros de Calatrava. Se puede decir que, prácticamente, inauguramos el único establecimiento de turismo rural del Pueblo. A la vuelta mantenemos un cambio de impresiones que va desde los orígenes del hostelero y su hostel, hasta su gusto como decorador, pasando por la posible rentabilidad del negocio, el trato al cliente y la calidad de las habitaciones y la comida.



Madrid, julio de 1997

LAS MUÑECAS.

En casa tenemos la costumbre de poner nombre a todos los muñecos y muñecas. Se llaman como la persona que nos los regala. Tan solo se quedan sin este privilegio, aquellos cuya marca tiene demasiada impronta. Esta práctica es el compendio de dos simples principios. El primero es eminentemente práctico: para poder ser agradecidos con el que nos regala hay que acordarse de él. El segundo es psicológico: dime que muñeca regalas y te diré cómo eres. Bajo influencia directa de Clara nos han llegado: la "barbie" noche, única barbie que se ha atrevido a convivir con nosotros, la muñeca "repollo" con marca de autenticidad en su culo, y Clara, una muñeca grande, muy rubia, que abre y cierra los ojos, con la cara muy sonriente y con un agradable cuerpo de trapo. Es el regalo del segundo cumpleaños de Paloma (mayo 1997). Paloma es la pequeña del grupo. Es muy cariñosa. Se deja achuchar y querer rápidamente por Clara.

Hoy, la muñeca ha cambiado de nombre sin que nos diéramos cuenta: se llama Blanca.

A primeros del 1998 se valla la plaza para su remodelación y Olavide se nos acaba. ☺

ELOGIO DEL PELO ROJO

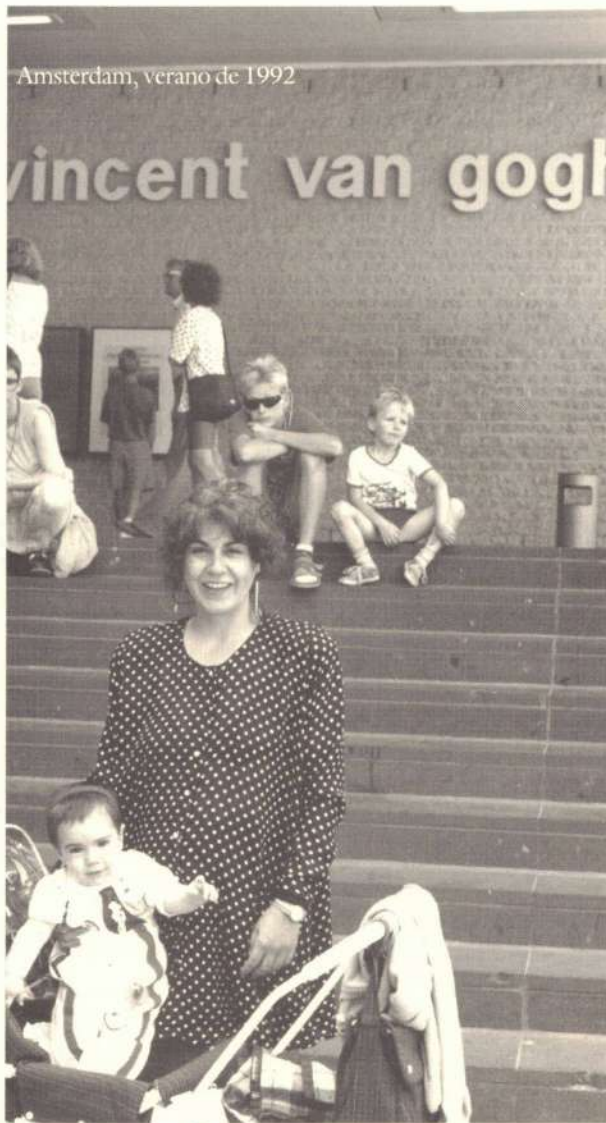
Pepa Rodríguez Molina

(Leído en la presentación de Regreso a Tulaytula)

No he participado nunca en un homenaje, pero mientras lo redactaba pensé que era muy fácil caer en la tentación de hablar de uno mismo y utilizar al homenajeado de excusa perfecta. Nos gustaría contar a los demás lo importante que fue para nosotros conocer a la persona en honor de quien se celebran estos actos y los momentos tan preciados y preciosos que compartimos con ella. Sin embargo, qué decir de nuevo sobre Clara Delgado cuando los aquí presentes convivisteis con ella, bien como alumnos, como amigos, como colegas o incluso como admiradores. Todos coincidiríamos en la enumeración de las cualidades que la caracterizaban; tal vez, la novedad consistiría en describir situaciones concretas donde éstas se pusieran de manifiesto. La muerte parece desbrozar el recuerdo de la persona ausente y acalla y oscurece los defectos para resaltar y engrandecer las cualidades. Además, esa vanidad humana de la que ninguno carecemos nos hace anhelar el protagonismo de decir lo mejor de ella, o al menos de la forma que más guste y emocione. Las palabras son manipulables, y en estos actos, no nos engañemos, se intentan escoger aquellas que más efecto puedan causar. A pesar de ello y al margen de toda borrachera de palabras, cada uno de nosotros sabemos perfectamente el lugar que Clara ocupaba en nuestro corazón. Muy acertadamente alguien escribió que la muerte de un ser querido es como una mutilación, una parte de tu cuerpo se despedaza, te mueres un poco. Y después, el espíritu del muerto entra en ti, como si de esa manera mantuvieras su vida, asegurases su continuidad. Yo he tenido esa sensación y hay momentos que me parece vivo por dos. De la mutilación he pasado a la fusión; y quiero hablar desde esta última, porque la primera se sigue sufriendo. De este modo la inmortalidad se convierte entonces en un vivir en los demás y en las cosas que inevitablemente llevan escrito el nombre del que ya no está, en este caso, el de Clara. Hubo un tiempo en que pensé que Clara era de esas personas que sugerían proyectos literarios al estilo Erasmo de Rotterdam, como "El elogio del pelo rojo". Siempre se me ocurría la misma idea cuando encontraba uno de ellos —era inconfundiblemente de ella— prendido en alguno de mis jerseys. Y ese gusto porque las faldas no le llegaran a las rodillas conseguía despertar el deseo de coleccionar rodillas puntiagudas, en vez de algo tan plano y sin relieve como los sellos. Luego descubrí que era como

una potranca de color alazán tostado, de nuevo el color rojo. Dicen que los caballos de este color se caracterizan por ser incansables en el trabajo. Yo aprendí de ella a combatir los momentos bajos de moral, con horas y horas de trabajo. Daba y da resultado. A pesar de que la relación profesora-alumna trascendió por ese afán suyo de proteger a los desvalidos, quiero recordarla en primer lugar como "la profesora de Arte". Ha pasado más de un decenio desde que "compartimos" las aulas de Lorenzana, hacía mucho tiempo que no removía tantos sentimientos hurgando en el pasado, y resulta curioso los momentos que la mente aún retiene. La memoria hace unos extraños malabares y devuelve al presente cosas insospechadas. El espíritu del universitario, y mucho más el primer año, es muy impresionable; acude lleno de fascinación y de ilusión porque piensa que empieza una etapa importante de su vida. El primer día de clase, estando en el bar, alguien me señaló a Clara y me dijo: "esa es la de Arte". Ella nos miró, sonrió y nos saludó. Y aquella mujer de aspecto llamativo, con su falda corta, sus hombros anchos, su pelo rojo y su pitillo entre los dedos, me hizo pensar que había hecho una buena elección con la carrera de Geografía e Historia. Era el primer profesor que conocía y yo por entonces quería hacer Historia del Arte. Y junto a los recuerdos surgen las asociaciones de ideas, también bastante anárquicas; y aún hoy, y como un acto reflejo, el ver un Ford Fiesta azul claro, aunque no tenga matrícula de Ciudad Real, me hace relacionarlo con Clara. No tengo capacidad para juzgar los conocimientos científicos de Clara, lo que sí puedo valorar es la forma de dar a conocer esa sabiduría y hacernos partícipes de ella. A cada profesor le atribuimos unos defectos y unas virtudes, y con respecto a estas últimas y en relación con Clara puedo decir que en mis años universitarios no vi profesor alguno que impartiera una clase con tanto entusiasmo como ella, a pesar de ser de una duración de dos horas. Parecía que las obras de arte de las que nos hablaba eran creación suya, hasta había momentos que parecía iba a entrar en éxtasis, pero sólo hasta que las ganas irresistibles de ir al baño le hacían volver a la realidad. Entonces, de improviso y con la diapositiva proyectada se marchaba diciendo: "¡Lo siento, no aguanto más, me estoy haciendo pis!". La primera vez nos dejó con la boca abierta, la segunda ya fuimos capaces de reírnos; a la tercera empezábamos a estar acostumbrados. Ese curso la compañía de Clara nos duró poco, pues sacó su plaza en la UNED. Fue entonces cuando abandonó las aulas, aunque ignoro si también aban-


donaría esa histeria que le entraba en los exámenes hasta llegar a ponerse como una verdadera posesa. Tenía un temor irracional a que copiáramos, y nos vigilaba inquisitivamente los movimientos de las manos durante la proyección de las diapositivas. Afortunadamente esa Clara sólo la sufríamos dos veces al año. Luego, para compensar el mal rato que nos hacía pasar nos reíamos de su abrigo de pieles, aunque en el fondo nos daba



cierta envidia ver con qué elegante desparpajo lo lucía. Casualmente, este verano conseguí ver uno de aquellos escribas sentados de la época antigua que tanto le gustaba ponernos en clase. Y pensé, ¡hombre, uno de los famosos escribas de Clara! ¡Qué desilusión, pensé que sería más grande! A pesar de todo su "misticismo artístico", no se libraba de tener algún que otro mote. Pero eso en público no se dice, que todos sabemos que cuando somos alumnos nos sobra malicia. Aún tengo por casa los resúmenes que nos hacía entregarle periódicamente del

Hauser y el Gombrich, o de libros tales como El presente eterno o La catedral gótica. Ahí están con su pequeño "visto" en color rojo. Siempre dudé que se los leyera, pero de lo que sí se aseguraba era de que nosotros leyéramos los libros. Si no había resúmenes, no había aprobado. Más de uno recordaréis aquella excursión a Galicia que se atrevió a organizar con los tres cursos de Historia juntos. Aparte de pasar un frío horrible y de visitar los baños constantemente, ponía el mismo entusiasmo que impartiendo clase, pero en esta ocasión, en vivo y en directo. Tampoco he olvidado aquella conferencia, sobre no se qué tema, en el Paraninfo de Lorenzana en que la papiroflexia era mi entretenimiento (a todos nos dan manías inexplicables). Ella se había sentado a mi lado, cosa que me alegró pero a la vez me incomodó; al cabo de un rato, se me acercó un poco más, yo ya noté que me ponía roja como un tomate pensando que me iba a llamar la atención, mas cual fue mi sorpresa cuando señalando a una de aquellas pequeñas figuritas de colores me susurró: "¿me regalas una...?" Así de imprevisible era nuestra profesora de Arte. Lo más maravilloso (su palabra favorita) fue que al cabo de por lo menos un año después encontré sobre la mesa del despacho de su casa, y completamente descolorida, a aquella menuda palomita que me pidió le regalara. Los antiguos alumnos, cuando se encuentran y sólo tienen como rasgo común el haber compartido años de estudio, siempre hablan de los antiguos profesores. Yo me fui convirtiendo para algunos de mis compañeros en transmisora de los avatares de Clara: pues Clara se ha quedado embarazada, Clara ha tenido una niña, a Clara hace mucho que no la veo, la niña de Clara ya está muy grande, Clara va a dar una conferencia, a Clara la han tenido que operar e incluso tuve tristemente que dar la noticia de que Clara había muerto. Acabada la carrera seguí por otros derroteros diferentes a los de Clara, pero me hizo ilusión poder ayudarla desde mis lugares de trabajo, aunque esa ilusión se ha desvanecido muy pronto. Había llegado ese momento en que, en cierto modo, éramos colegas. Es bonito disfrutar del instante en el que el antiguo alumno puede ofrecer sus conocimientos y aconsejar al que fue su profesor; de alguna forma, somos sus resultados. Durante los años que Clara estuvo en Toledo, algunos de vosotros seguramente compartisteis con ella excavaciones, visitas, trabajos o incluso os aconsejó en vuestras tesis doctorales, y cada uno la recordará por diversos motivos y momentos. A todos aquellos que durante un puñado de años la vimos entrar y salir, subir y bajar por las aulas, oficinas y demás dependen-

cias del Colegio Universitario nos pudo caer bien o mal, nos pudo suspender o aprobar, nos pudo gustar o no gustar su abrigo de pieles, pero no me negaréis que mantenéis viva la imagen de Clara atravesando el patio de Lorenzana al dirigirse a clase. Clara no pasó desapercibida y yo, con la suerte de conocerla, he rozado una historia, no sólo del arte, de la que no podré desprenderme. He hablado como su alumna, pero fue un estado pasajero que duró menos de dos cursos, suficientes, no obstante, para plantar la semilla de una amistad aunque fuera entre arquivolta y arquivolta. Empecé a descubrir otras facetas de aquella profesora de Arte y es aquí cuando más se me amontonan los recuerdos sin orden alguno. Conocí a muchos de sus amigos, profesores en su mayoría, y me ratifiqué en la idea de que la figura del profesor está envuelta en una especie de magia que atrae al alumno como un imán. Es algo que no termino de descifrar, a pesar de los años pasados. Clara no carecía de esa magia y pude sumergirme en ella y a la par descubrir que también puede ser traspasable, sin que por ello se rompa el encanto. Y la atravesé cuando tuve la oportunidad de disfrutar de aquella casa en la que siempre había gente entrando y saliendo, éramos tres a comer y al final nos juntábamos el doble, porque alguien llamaba por teléfono y se le invitaba a sumarse a la fiesta, o porque al bajar a comprar el pan habían rescatado a algún conocido. Es entonces cuando al hablar de Clara se me hace difícil separarla de su Juan Ignacio, ese hombre capaz de emocionarse, después de tantos años compartidos, al ver a su mujer en todo su esplendor durante una conferencia sobre el ya inmortal Toledo islámico. Allí, en medio de los acalorados aplausos comprendí lo que era el uno para el otro. Hay que reconocer que estuvo radiante. En términos taurinos, fue una faena en la que cortó las dos orejas y el rabo. Lo que ignorábamos era que se trataba del canto del cisne. Y en este instante el homenaje, inevitablemente, parece desdoblarse; va dirigido a ese torbellino de mujer que conseguía arrebatarse el corazón entero con una sola sonrisa, que infundía vida por donde pasaba, pero también a ese hombre que compartió sus alegrías y sus penas, su salud y su enfermedad. Al hombre que más sabe de ella y el que más la quiso, el que en términos bíblicos, y nunca mejor aplicado, lleva su nombre tatuado en las palmas de sus manos. Una tarde Juan Ignacio intentó convencerme de que Clara tenía las arrugas del mal genio y él por el contrario las de la sorpresa y la sonrisa. Entre gesticulación y gesticulación disfrutaba demostrándome sus arrugas. "Y ahora", me decía, "vas a ver las de

Clara". Repentinamente gritaba "¡Clara!", y ella, que estaba sumergida en otros asuntos respondía entre el susto y el enojo por la estridencia del tono. Evidentemente, fruncía el ceño. Entonces Juan Ignacio era feliz. Veía cumplida su teoría. Pero a pesar de sus trucos, a nosotros no nos engaña. Clara también tenía sus mismas arrugas; aunque aireara su genio de vez en cuando, ella era todo risas y sonrisas, y esta que es mi teoría se demuestra porque, todavía hoy, cierro los ojos y sus carcajadas las sigo oyendo, a pesar de que en su interior muchas veces fluyera algo muy distinto. Me resulta costoso ponerle fin a este capítulo recordatorio sobre la que fue mi profesora de Arte, nuestra profesora de Arte. He contado algunas anécdotas tangibles, pero siempre quedan esas otras inasibles como el humo o esos detalles que son inenarrables porque las palabras parecen insuficientes para describirlos o porque simplemente no se cuentan. Miradas que dicen más que frases enteras, sonrisas que te hacen pensar que la vida es maravillosa, abrazos, consuelos que te devolvieron el ánimo e incluso dedicatorias de libros y hasta de fotos, como las artistas, o cartas que delatan mucho más de lo que a veces somos conscientes o pretendemos. En ocasiones, la trascendencia de las palabras no la podemos valorar o cuantificar hasta pasado un tiempo. Todo ello se asimila y adhiere a la propia persona; se convierte en un modo de vida aunque no se perciba o no se pueda discernir desde el exterior. Esa es la huella que me sigue quedando de Clara. Vendrán más historiadoras del Arte, más investigadores del Toledo islámico, pero hay huecos en el corazón de las personas que se quedan vacíos. Hay amores que no se sustituyen. Es la hora del colofón, el momento en que uno se arregma bien el corazón y se prepara para dar lo mejor de sí mismo, aunque no siempre se consiga. ¿Un final feliz? Me gustaría, pero la circunstancia es un poco difícil para ello ¿Un final apoteósico? Ya conocemos cuál es el final, y sin embargo, la vida sigue; ha pasado el otoño y el frío invierno. Ya hemos estrenado la primavera. Y me pregunto, como tantos otros en semejante situación: ¿todo lo que Clara aprendió, acumuló, experimentó, vivió, luchó, sufrió, gozó, ¿dónde queda depositado?, ¿desaparece y se pierde? Ahora toda su vida es un recuerdo. Nos quedan sus obras, sus investigaciones, su marido, su hija, sus homenajes; y aunque recordar es volver a vivir, su presencia, y no hay más remedio que resignarse, ha sido efímera. Clara se ha ido dejando todo a medias...

MIGUEL ÁNGEL
CASTILLO

Clara Delgado Valero, *in memoriam*

(Leído en la presentación de *Regreso a Tulaytula*)

Sean mis primeras palabras de agradecimiento y gratitud a la Universidad de Castilla - La Mancha y a su facultad de Humanidades, dignamente representada en esta ocasión por su decana, y a la Escuela de Traductores, organizadores de este emotivo acto en recuerdo de nuestra querida amiga y compañera Clara Delgado Valero.

Aquí comenzó con entusiasmo su carrera académica y aquí se inició en el apasionante mundo de la investigación histórica. De la pasión con que se encaró a ambas empresas, de su tono vital, vehementemente, contagioso, dan debida cuenta el cariño y admiración con que la recuerdan alumnos y compañeros y el conjunto de una amplia obra dedicada a desvelarnos los aspectos más ocultos del Toledo islámico. Su última contribución en este campo, recogida en el libro *Regreso a Tulaytula*, que se acaba de presentar, fue ultimada después de haberle sido diagnosticada la terrible enfermedad, que de forma tan drástica como gratuita nos ha privado de su presencia. Aún entonces, y en tan delicado trance, Clara se ocupó personalmente de seguir los progresos editoriales de la obra, eligiendo el título más sugerente para su contribución, sometido a la consideración y buen criterio del maestro que nunca tuvo —que era como Clara designaba entrañablemente al que les habla— y seleccionando el material gráfico con que ilustrarlo, dando muestras de un tesón,

una dedicación y una preocupación por los temas objeto de su estudio, tan admirables como poco frecuentes, que supo mantener hasta sus últimos días.

Conociendo la personalidad de Clara Delgado, su contagiosa vitalidad y su interés, casi infantil, por todo, resulta muy difícil de establecer una semblanza aproxima-



Dura-Europos (Siria), 1988

mada de nuestra querida amiga y compañera y su relación con esta ciudad singular en la que inició su andadura académica y profesional. Ello me obliga a leer estas líneas, en un intento de contener el dolor y la rabia, haciendo caso omiso de las recomendaciones que le hice a Clara al comienzo de su carrera docente, cuando tuvo que enfrentarse por primera vez con la puesta en escena de la clase: abandonar el texto escrito, en beneficio de los recursos retóricos y de la oratoria, como medio de captar la atención e interés de sus alumnos. A las limitaciones del papel y del tiempo —imposible reproducir la incontinencia verbal, los juegos de palabras, la risas en cascada e, incluso, los despropósitos semánticos en nuestras conversaciones camino de Toledo en compañía de Jaime Alvar—, se suma la necesidad de que estas líneas sean una fiel semblanza, aunque necesariamente parcial y fugaz, de una excelente amiga que ya no está con nosotros y

que, como es mi caso, tan positivamente nos ha influido en el modo de entender el mundo y la propia vida.

Amor omnia vincit. Como todo lo puede el cariño, haciendo un voluntario acto de fe creo ver a Clara sentada entre el público de este paraninfo esbozando una sonrisa, que puede convertirse de un momento a otro en una carcajada, al verme en esta delicada situación: condicionado por la solemnidad de un acto académico *in memoriam* y la imperiosa necesidad de transmitir al auditorio lo que realmente creo que era nuestra querida compañera: un caudaloso torrente de vida. Y no es que en nuestras conversaciones descartáramos la temática de la muerte, bien instalada en el proceloso mar del conocimiento desde los orígenes de la cultura y el arte occidental; lo que ocurría es que en aquellas ocasiones que tratábamos este tema, ineludiblemente el difunto era yo y Clara la encargada de pronunciar mi oración fúnebre. Eso sí, después de un teatral entierro, precedido de un cortejo mortuario pleno de referencias cultas y no exento de una grotesca y festiva parafernalia, que convertía el luctuoso hecho en un *happening* trufado de episodios *kitsch*. Era nuestra forma descarada e insolente de enfrentarnos a una realidad lejana y de reflejar como en un mundo onírico y surreal las fatigas e incomodidades del trabajo diario. Hasta tal punto era así, que cuando Clara sentía los primeros síntomas de desánimo me decía, como lo haría la Gran Dama de una compañía de cómicos de la legua al autor de sus textos, ante la incertidumbre de una nueva plaza: «maestro, cuéntame otra vez tu entierro, a ver si le has puesto algo nuevo».

Hablar de Clara y de su relación con Toledo, es hablar, además de su impecable trayectoria académica y de sus importantes trabajos científicos que otros ensalzaran con más autoridad, pero no con más cariño que el que les habla, sino también de nuestros ritos, de nuestro gritos guerreros. Con la invocación de ¡Tulaytola, Tulaytola! iniciábamos, en las mañanas frías y plomizas de invierno, el camino de Toledo, asumiendo siempre el viaje como

algo nuevo, sorprendente, esclarecedor. Las referencias histórico cómicas entre Pinto y Valdemoro, Seseña (las capas, los melones, mi amiga Natacha, sus botijos), el toro de Osborne y Añoover («*penenes por doquier*»), se hilvanaban, como si Rabelais nos acompañara en nuestro periplo, con las referencias al vigor envidiable de los toros bravos



Mosul, Iraq, Semana Santa de 1989

de la orilla del Tajo, a las propiedades diuréticas de los espárragos de la zona, en los momentos de mayor apremio y sin poder parar por la hora, al carácter anafrodisíaco de la coliflores, entre cuyas hojas aparecen los niños (Blanca, Blanquita ...) o a las virtudes astringentes de las famosas tierras de Magán, tan bien ponderadas por los historiadores islámicos, por supuesto. Si había tiempo, parada en Mocejón: a la ida *sosos*, mazapanes en temporada; a la vuelta paja-

ritos o una “presita” de estofado de jabato, ante el horror de Clara, que consideraba estas delicias gastronómicas como una monstruosidad. Y siempre la llegada a Toledo, desde unas de sus mejores perspectivas, y su río («*el Tajo está helado*»), en pleno ferrojulio, en jerga guiri y en alusión a la blanca espuma producida por las bascosidades y contaminación de los colectores del «polígano»), y el caminar dispuesto, atropellado a veces, por Alfileritos — allí perdiste, Clara, en un Corpus por más señas, el regio collar de lapislázuli que te regalé en Damasco— y la entrada en el Lorenzana, siempre con cascabeles, y el café, y los amigos, y los compañeros durmientes en Toledo... y las clases.

Muy equivocado estará quien piense que estos fugaces y vitales retazos pálidos, muy pálidos, respecto a aquella gratificante experiencia tienen algo que ver con la frivolidad. La Academia es la Academia. Y Clara se enfrentaba a sus clases con un tesón y una dedicación poco usuales en un principiante. Siempre interesada y atenta a cualquier indicación sobre los métodos, los recursos, los contenidos del programa que pudiéramos hacer los que, con mayor experiencia, la precedimos en el Centro Universitario y que contribuyeran a mejorar, su ya de por sí inmejorable relación con los alumnos, y la eficacia de su misión docente. Nunca escatimó tiempo y dedicación para con ellos, sobre todo con los que más lo necesitaban. Ante las aristas más bordes de mi personalidad, siempre resaltó la faceta más positiva de nuestros alumnos comunes.

Mayor inquietud mostraba, si cabe, en los temas referentes a la profesión y al objeto mismo de sus estudios. Su interés desde un principio por comprender los códigos referentes a las escuelas, capillas, diplodocus varios, incluidas neurosis leves y amagos de esquizoides de propios y extraños nunca se orientaron al gusto malsano del bulo y cotilleo, demasiado frecuente entonces y ahora en los medios académicos oficiales, sino que se dirigían más a captar la completa y compleja personalidad de los afectados en un intento, sano y noble, si no

de justificación, al menos de humana comprensión. Ello le permitió, ya desde entonces, ser una excelente amiga de sus amigos. A la llamada oportuna, la felicitación gratificante, la escucha atenta de un problema, íntimo y personal o simplemente banal, al chascarrillo siempre la acompañaba la sonrisa, la carcajada, la intención conciliadora. Clara era amiga de sus amigos y generaba en su entorno un creciente mundo de afinidades.

Pero donde Clara mostraba una mayor vitalidad era, sin duda, en su afán de conocimiento. Cualquier opinión era bienvenida al respecto. Sería imposible relatar en tan breve espacio de tiempo las innumerables conversaciones en nuestros paseos por las callejas y plazuelas toledanas, bajo los cobertizos, sobre el pasado islámico de la ciudad. Pero también sobre la huella latente, omnipresente de este pasado en la modernidad. Santa Fe, los baños, el arrabal de Santiago, las puertas de Bisagra camino de un «menú reparador» en El Peñón, o al atardecer, a la espera de cualquier acto político o académico; cualquier momento era bueno para intercambiar criterios sobre esa multiplicidad de guiños que nos hacia la ciudad desde su esplendoroso pasado. ¿Cómo poder reflejar ese intercambio de conocimientos y afectos, siempre edulcorado con buen humor, verdaderamente enriquecedor, ante las ruinas de Rusafa, el ninfeo de Gerasa, la antigua Philipópolis, las vistas de Palmira, ante un “exquisito» gin-tonic de gaseosa, o ante la muda inmensidad de Waddi-Rum o las noches serenas de Damasco y de Ispahan, en pleno ramadán?

No hay palabras para referir tan estrecha relación de afectos, tal sintonía de pareceres, por encima de cualquier diferencia, y a una aventura personal tan plena y enriquecedora. Sólo queda el dolor de la pérdida que, como tú querías, mitigará el tiempo, la nostalgia, la dulzura del recuerdo y la presencia constante de tus seres más queridos, Blanca y Juan Ignacio, y sobre todo y por encima de cualquier otra consideración, una eterna gratitud. ¡Gracias, Clara! ☞

Encarna Sarriá y Alejandro Ruiz

Yo disfrutaba escuchándote



Al principio, hace ya más de 15 años, Clara era para mí la mujer de Juan Ignacio (mi profesor y luego compañero), divertida y hospitalaria, invadida por innumerables dibujos de sus excavaciones en su mesa de trabajo de la calle Feijóo. Pronto empezó a ser mi interlocutora al otro lado del teléfono cada vez que intentábamos organizar una velada juntos, ahora ya éramos cuatro porque Alejandro se incorporó fácilmente a este pequeño grupo. Era ella la mayoría de las veces la anfitriona de esas cómodas reuniones en las que Juan Ignacio y yo hacíamos repaso de nuestras indignaciones y desasosiegos como miembros de la tribu universitaria con un fondo de risas, escandalosas y contagiosas, las risas de Alejandro y Clara que entretenidos en comentarios más ligeros hacían evidente que había otra forma de vivir lo académico, la que ella había elegido. Más tarde las conversaciones eran una interrupción continua de los niños que invadían nuestra

existencia.

Tengo la sensación de que hemos hablado bastante, bastante claro, de muchos temas y en momentos de ánimo muy distinto, sin embargo hemos viajado muy poco. Sólo dos viajes hemos disfrutado juntos: un viaje a Tenerife, en Carnavales, cortito pero muy sabroso, y aquel puente (12 años después) en Ballesteros de Calatrava, en tu casa, en tu tierra, también en Carnavales, aunque ya no estabas buena. Fueron muy agradables aquellos días en tu pueblo, que tu envolvías con múltiples referencias a los amigos que por allí habían pasado y con tus explicaciones de la historia de esas tierras.

Yo disfrutaba escuchándote. Añoro los viajes que no hemos hecho. Querría haber tenido muchas más ocasiones de escuchar tus explicaciones y de haber aprendido de lo que tú sabías. Ahora seguiré discutiendo con Juan Ignacio, leeré tus libros y recordaré tu risa. Un beso. ☺



Francisco Pérez Corral

«Clara, manchega, mora...»

«Si no te han criticado, es que nunca has hecho algo importante»

(Dicho popular castellano)

Uno es como cocina, y los guisos de Clara eran peculiares. A ellos transmitía sus maneras, sus querer, sus arrebatos. Con insistencia ofrecía sus viandas a cuantos acudían a su casa. Una casa amezquitada, insondable, laberíntica. En la mesa baja del comedor, transformada en estera de chamarilero, servía sus variedades. Siempre se tomaba un mixto moro-manchego. Era tradicional la ensalada. Rebosando en el plato la hoja verde, aprovechada hasta la hura del ácaro, envolvía la cebolla, la aceituna y el bonito de oferta. Y lo bañaba orgullosamente en un inconfundible y penetrante aroma. Era su aceite de oliva virgen, impúber, ácido, explosivo, atroz. Dieta mediterránea. También se exhibía en la ensaladilla, que llamaba rusa pero que era manchega. Con su alambique culinario transformaba los productos. Sumergía la verdura de Murcia o el langostino de Huelva en el fango de la mayonesa y los volvía de Ballesteros (Calatrava).

Decía que yo era un sibarita, pero pensaba que era un pijo de ciudad aburguesado. No obstante, con el tiempo, pude apreciar que el Revilla habitual de Juan Ignacio se tornaba en veta negra de mi tierra salmantina. Creo que debió ser mi única contribución al bienestar de su familia.

Sus manjares los obsequiaba con profusión, con demasía, con exigencia de ser degustados. Así fue en su enfermedad. Firme, desafiadora, exigente. Tenaz en la lucha perdida. Requiriendo, incansablemente demandando información, dirigiendo su mal. Llevó a todos de cabeza. Su figura inquebrantable se fue adelgazando, pero su osadía, inconformismo y rebelión duró hasta el fin.

Yo no era su amigo, pero cuando vi que los que sí eran, María José, Isabel, Ina, ... entregaban los días a su compañía y cuidado, en un torbellino de generosidad jamás observada por mí, pensé en los tesoros que Clara me ocultó. A mí también me gustaría tener esos amigos.

Clara, manchega, mora, irreductible, mortal.
Descansa en paz. ☞

VICTORIA SOTO

Me cabe el honor de haber discutido con Clara

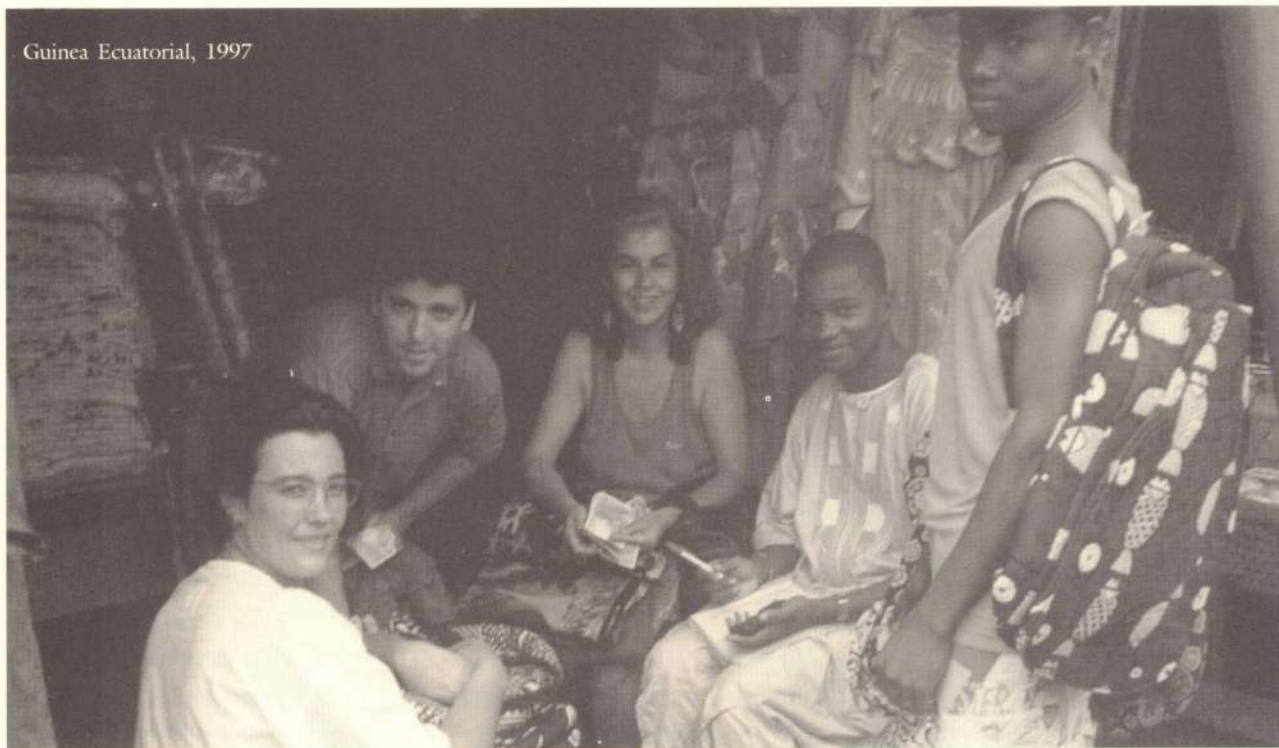
Conocí a Clara en 1988 y a través de una llamada de teléfono. Yo acababa de llegar de Roma y durante ese curso tenía una beca postdoctoral y me encontraba en la UNED. Pretendía una plaza vacante en el entonces Colegio Universitario de

incluso, a algunos les puede parecer molesto, pero con el tiempo se recuerda, pues implica valentía y una apuesta positiva.

El habla de Clara era ese apostar. No había retroceso.

Y en esas apuestas Clara siempre suscitó discusiones, siempre originaba confrontaciones con aquellos que abanderan otros lenguajes menos cristalinios y menos espontáneos que el suyo. El discutir con Clara, y lo dice alguien que ha discutido mucho con ella y en bastantes sentidos, significaba también comprobar esa vitalidad desbordante que la caracterizó, ese topar con la sonrisa perpetua y

Guinea Ecuatorial, 1997



Toledo: la que dejaba Clara al marcharse a la UNED en Madrid. La conversación que tuve con Clara versó, pues, sobre ese cambio de lugares y de ciudades, y lo que más recuerdo es la impresión que me produjo su forma de hablar, su espontaneidad, su sinceridad y, sobre todo, su claridad. Tan clara como para hacerme entender que tenía que esperar todavía un año para entrar en Toledo.

Años después, cuando las dos tuvimos muchas oportunidades de hablar y charlar en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, pude comprobar siempre que Clara hacía gala de su nombre: Clara era clara.

La claridad en el lenguaje es algo que muchas veces sorprende. A veces resulta chocante e,

con el reír a borbotones. Y daba igual el tema: un debate político, una noticia periodística, un cotilleo universitario, el aspecto atractivo de algún profesor, el tostón del último ensayo de un colega, las citas ácidas o corrosivas de algún otro, los últimos zapatos del muestrario o el último régimen para la dieta. Con Clara daba igual, la discusión entre nosotras estaba servida. A finales de Julio de 1998, cuando la enfermedad la minaba progresivamente, Clara seguía dispuesta a discutir conmigo, a discutir con la enfermedad, apostando por la vida y, aún en el hospital, discutía con una sonrisa como bandera.

Me vienen a la memoria muchas discusiones: en la UNED iban desde las nimiedades más

absurdas hasta las cuestiones académicas un poco más enjundiosas del trabajo cotidiano y, ¡cómo no!, las discusiones heterogéneas y variopintas de la historia del arte. Sobre la disciplina la confrontación solía ser mínima y los jardines, uno de sus últimos temas preferidos, consiguieron confraternizar nuestras opiniones. Confieso ahora que nos gustaba la provocación, una y otra nos tachábamos con malignidad: ¡eso no es historia del arte!..., ¡iformalista!..., ¡idiletante!... y un largo etc... Entraba dentro de un juego que conocíamos perfectamente y como una gran sabia, con su sincera claridad, Clara no admitía el retroceso, claramente respondía con improperios, expresiones y tacos, tan llanos y malsonantes como claros y espontáneos, directos y concisos, pero que salían de una sonrisa luminosa que acababa en una gran carcajada.

El año que estuve como profesora en Toledo me di cuenta del rastro tan fuerte que dejaba Clara en el alumnado del Colegio Universitario: simpatía, admiración y entusiasmo. Su marcha a la UNED privó a la universidad toledana de una profesora especial, pero la universidad a distancia le brindó a Clara un sistema de trabajo que casó perfectamente con su vitalidad arrolladora. Nunca estuvo distante ante los alumnos: la recuerdo al teléfono, respondiendo a las reclamaciones de los alumnos tras los exámenes, con su lenguaje campechano, la recuerdo en su despacho, en su mesa, próxima y cercana animando al alumno de doctorado, recuerdo su paso por los pasillos, en la cafetería, caminando con decisión y saludando a diestro y siniestro. Sé que muchos profesores de la universidad recuerdan su pelo rojo y su sonrisa, en el edificio de Humanidades, en la Biblioteca o en los viajes habituales de los tribunales de exámenes.

Coincidió con Clara en un tribunal muy singular, en Africa. Ambas convivimos una semana y todavía recuerdo su sonrisa alentadora bajo aquel calor pegajoso y húmedo de Guinea Ecuatorial. Esa preciosa risa es la que sigo adivinando de Clara, ahora que no está, la que me gustaría que tuviera si me puede oír desde algún sitio, desde alguna parte si es que me oye. Si es que puede verme decir y confesarle que me cabe el honor de haber discutido mucho con ella.

Me gustaría escuchar, Clara, en estos momentos esa carcajada, ahora que me propongo recordar uno de los episodios más increíbles que he vivido.

Cuando en Junio de 1996, las dos en

Malabo, capital de la república de Guinea Ecuatorial, voluntarias para los exámenes de la UNED, diste muestra del significado de tu nombre y valentía, de esa actitud hacia delante que da fuerzas y que invita a la discusión. Tu curiosidad geográfica no tiene límites, Clara, tu mirada siempre hacia aquello que es más difícil. Y venga, a la selva, hacia el poblado donde no debíamos ir; para acabar retenidas y detenidas en puesto militar, sin teléfono, sin ninguna posibilidad de comunicación. Desde la primera hora de la mañana bajo aquel sol sofocante, con el gen-gen y los anófeles a nuestro alrededor; detenidas en un puesto militar, en un antiguo cafetal abandonado, donde pasa una hora, dos, tres, cuatro horas y... la policía militar que juega con su metralleta como si fuera un bastón y se ríe de una mujer que tiene el pelo rojo, que se ríen de mí, de mi pánico manifiesto...

Pero cuando una se pone a reconsiderar una situación catastrófica, Dulcinea de la Mancha se pone en jarras, discute frente a frente, frente a otros, que son de un lugar que no es La Mancha, frente a hombres que van armados, con pistolas que no comprenden tu curiosidad ni las razones de tu discutir. Chillas y les gritas. Juré, Clara que te mataría por tu intrepidez, no sé cómo lo conseguiste, pero así fue, de allí a la comisaría y de la comisaría a los brazos de la embajada. Clara habla claramente, en unos momentos y en una situación en que lo cristalino y lo transparente es lo de menos, porque son cualidades que no sirven para algunas mentes, y menos para la crueldad y para las armas, psicológicas o físicas.

Fueron cualidades para hablar con los alumnos guineanos, para regatear con los comerciantes del mercado de Malabo, para tratar con las gentes de la ciudad, con los pescadores de la playa o, para dejar bien claro las discrepancias frente a una embajada de marionetas. Pero sobre todo tu sinceridad y tu optimismo se reflejaba ante los niños: ¡qué ternura!

Aquel día todavía te dio tiempo, después de casi ocho horas retenidas y de un interrogatorio en el cuartel de la policía de Malabo, donde, por cierto, también la montaste buena, aquel día digo, también te dio tiempo de ir a encargarse un vestido, al estilo del país, para Blanquita, Blanca, ese nombre que constantemente salía de tu boca. Y todavía te dio tiempo para acudir, para llevarme a ras-tras, a una fiesta, para bailar y regalar tu sonrisa a todos aquellos que te miraban. ☞

PALMA MARTÍNEZ-BURGOS

El vestido que tanto te gustaba

(Leído en la presentación de *Regreso a Tulaytula*)

Clara, hoy tengo puesto el vestido que te gustaba. Con él te vi la última vez hace ya un año. Era finales de junio y estabas en aquella habitación del hospital. Debías tener un mal día porque habías perdido tu sonrisa, gemías a veces y tu cara revelaba toda la desesperanza que los demás nos tragábamos. Lo recuerdo con tanta nitidez y emoción como si lo estuviera viviendo de nuevo. Hacía mucho calor, demasiado, y los que allí te acompañábamos compartíamos el mismo nudo en la garganta. Cuando me acerqué para darte un beso me susurraste unas palabras que se me han clavado en el corazón. «Acordaos mucho de mí», y de repente, yo que era la que te iba a ver, a hablar contigo, a darte ánimos y fuerzas, a contarte cómo había ido el último Corpus, me vine abajo. Tuve que salir de la habitación para llorar, tuve que irme lejos porque sentía rabia y un enorme pudor. No quería que nadie me viera, no quería que nadie tuviera que consolarme porque eso era como robarte el apoyo que tu necesitabas. Ya ves, soy débil y cometí lo imperdonable, llorar en el pasillo de tu habitación. Fue una amiga tuya la que me agarró del brazo con decisión mientras me decía ino!, ino!, con rabia, con fuerza quemando las lágrimas que yo no podía contener. No volví a verte, Clara, pero desde entonces, desde aquel día empecé a echarte de menos.

Tengo un amigo que me recuerda que nuestro equipaje vital no esta hecho de las cosas que vamos adquiriendo, sino de las pérdidas y que es bueno tener en nuestro haber la amistad de personas como tú. No me consuela nada y me sigue pareciendo que yo ni soy mejor, ni más sensible, ni más humana por haberte perdido. Al contrario, me siento tremendamente vulnerable y tarde, como siempre, me doy cuenta de lo importante que has sido para mí. Cuando te conocí ya no creía en héroes, era una persona «mayor», acababa de leer la tesis y empezaba mi experiencia profesional en la docencia. No, ya no creía en héroes ni en modelos a seguir y, sin embargo, cuando te vi, cuando te oí hablar y desenvolverte, quise ser como tú. Era en 1988 y ese deseo no se me ha despegado nunca, sobre todo porque luego, el destino quiso que fuera yo la que ocupara tu lugar en Toledo dando las clases de H^a del Arte que tu dejabas al irte a la UNED. Fue entonces cuando supe que no es que quisiera, es que tenía que ser como tú. Sentí que habías dejado el listón muy alto y por eso tu imagen ha sido durante muchos años un referente imborrable, un espejo en el que mirarme que me ha ayudado a superarme. Te lo juro, Clara, creo que nunca te lo llegué a decir pero, desde entonces, cada vez que ha habido un problema, cada vez que una situación parecía desbordarme inmediatamente has saltado a mi memoria y como un resorte he puesto mi cabeza, mi corazón y mis fuerzas en ello, i problemas a mí!. He querido ser como tú y eso me ha ayudado a ser mejor persona y mejor profesional. Después, con el paso del tiempo, la admiración fue cediendo paso a la amistad y al cariño, a las charlas y al contraste de opiniones, a veces a la discrepancia de puntos de vista y enfoques, a las discusiones de tipo metodológico respecto a parcelas de nuestra profesión, pero he de confesar que siempre fueron más que discusiones, intercambios de criterios que, al menos a mí, me ayudaron a clarificar y consolidar mis argumentos. Muchas veces fuiste como ese maestro imaginario que todos anhelamos. Entiéndeme, no porque impartieras tu saber conmigo sino porque esas polémicas mantenidas entre las dos me sirvieron siempre de refuerzo y hoy, pasado un año, noto que hasta eso echo de menos. Toledo fue muchas veces nuestro punto de partida y hasta planeábamos la dirección conjunta de alguna que otra tesis porque aunque los alumnos actuales no te llegaron a conocer en el día a día de las clases, algunos intuyeron tu magia a través de las conferencias que desde el Centro Superior de Humanidades te invité a dar. Todas las recuerdo con una nitidez persistente pero, de todas ellas, el Curso de verano del 97 es el que tiene unas connotaciones especiales... no se porqué o quizás sí lo se pero me resulta doloroso reconocerlo. Creo que fue la última vez que te vimos realmente bien. Se titulaba *Estructura y funciones de los espacios urbanos de Toledo en la época medieval* y tuviste una

matrícula que superó los ochenta alumnos. Te viste desbordada ya que planeabas un seminario de permanentes salidas y con esa legión de matriculados parecíais una manifestación. Sin embargo, desembarcaste con un montón de documentación y un derroche de entusiasmo. Todavía hoy recuerdo a aquella Clara que con 45^o y a las cinco de la tarde de julio en Toledo andaba y desandaba calles, entraba en patios, subía torres y bajaba al Tajo, inasequible al desaliento mientras que a los demás se nos iba el resuello y en nuestro fuero interno maldecíamos y admirábamos a aquella especie de alienígena que parecía no sentir el calor aplastante, con su pelo rojo, su maletín negro, sus sandalias y algunos de sus vestidos que, indudablemente, siempre era menos bonitos que el que yo llevaba. Clara, hoy lo llevo puesto pero no me ayuda a exorcizar la tristeza. Lo llevaba aquel día que comimos las tres juntas —tú, Pitita y yo— y que luego nos fuimos a ver las excavaciones de la Casa-Museo de El Greco. No se cuántas horas pasamos allí porque tu siempre descubrías —donde yo no veía absolutamente nada— algún dato nuevo. Al final me rendí, me venció el agotamiento y allí os dejé absortas entre suposiciones de antiguos moradores medievales. Era el día que habían secuestrado a Miguel Angel Blanco ¿ves?, lo recuerdo perfectamente porque también de eso hablamos. Minuto a minuto podría reconstruir aquellos días de aquel mes de julio. Unas semanas después te operaban y después... después es mejor olvidar lo que ocurrió hasta llegar a ese maldito, maldito, maldito uno de octubre de 1998...

Hasta en los peores momentos de tu larga agonía sentí que nos dabas una lección pues seguías manteniéndote fuerte, luchadora y tremendamente coherente. Todos los que te hemos querido coincidimos en tu claridad como si no fuera verdad aquello de «el hábito no hace al monje», en ti eso era un chiste. Los dos, tú y Juan Ignacio, me ayudasteis a poner risas en algún momento difícil de mi vida y siempre he ido a vuestra casa con la sensación de que iba a ponerme inyecciones de energía y optimismo. Y luego, cuando fuiste madre, hablamos sobre la inigualable experiencia que estabas viviendo y alimentabas mi incipiente deseo de maternidad. Cuando me contabas, cuando me explicabas lo que te sucedía notaba que irradiabas generosidad a borbotones y que deseabas que yo rozara al menos esa especie de paraíso que el nacimiento y la vida de Blanca te había proporcionado.

Pero ¿sabes? yo nunca he tenido nada claro, ni soy tan luchadora, ni tan coherente, ni tengo esa fuerza vital que tanto me ha atraído de ti. A estas alturas de mi vida he perdido más amigas de lo que la edad hace suponer y me siento como una superviviente de la nada. No quiero que en mi haber haya gente como tú, me rebela el hecho de ir dejando en el camino trozos de corazón porque la tristeza, la rabia de ahora sólo deja paso a la nostalgia, a la maldita resignación, a la convicción de que nunca te demostré suficientemente lo mucho que te he querido. Clara hoy se que ya sólo estás en nuestros corazones pero me cuesta dejar hablar al mío, esta demasiado resentido así que desde el silencio te envió un beso, un beso enorme.

Tengo puesto el vestido que tanto te gustaba y a lo lejos suena la canción *Héroes*, creo que de David Bowie...



Moscú, septiembre de 1987

ANGELA FRANCO

“Clara amaba la vida...”

(Leído en el Homenaje celebrado en el Museo Arqueológico Nacional el 2 de marzo de 1999)

Conocí a Clara en Toledo, cuando desempeñaba mis funciones como conservadora en el Museo de Santa Cruz. Su especial manera de ser, con su alegría desbordante, me cautivaron en seguida. Recuerdo los cortos, pero alegres diálogos mantenidos cuando ella practicaba excavaciones en la iglesia de San Lorenzo, entre 1982/1983, que publicó con el mismo título en el *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 29, Madrid, 1987. Por aquél entonces investigaba sobre su tesis doctoral (*Formas islámicas toledanas*), que defendería en Madrid, en 1985 — de cuyo tribunal tuve la fortuna de formar parte— y recogería dos años más tarde en un espléndido volumen con el título de Toledo islámico: ciudad, arte e historia (Toledo, 1987). Ese año fue muy fructífero desde el punto de vista científico, pues también salió a la luz su *Materiales para el estudio morfológico y ornamental del arte islámico en Toledo*. Aunque la temática islámica ocupó la mayor parte de su labor investigadora, no limitó a ella su campo de acción. Cuando la Señora de la Guadaña se la llevó, había hecho incursiones en el tema de las insignias de poder, prologado varios años antes con el hallazgo de la autoría de la iglesia de Santiago en el convento de Santa Fe en la persona de Antón Egas (Goya, 1989, 211-212).

Este esbozo sobre sus realizaciones científicas pone de manifiesto su amor por Toledo, aspecto que yo compartí con ella. En Toledo desarrolló su labor docente con la entrega con que más tarde lo haría en la UNED de Madrid. Si se me preguntara por la cualidad que destacaría en Clara no dudaría en contestar, tal vez porque es uno de los valores que más estimo en las personas: la humanización del trabajo. Para ella constituía como la savia de la vida, y ponía en él el entusiasmo requerido para transmitir su vitalidad interior. Clara era una persona cuya risa desbordante y contagiosa llenaba los lugares por donde pasaba. Y hasta la tristeza tenía de alegría: creo haber observado alguna vez que sonreía, tal vez empañando una lágrima los ojos de pena, a causa de alguna crítica no bien intencionada. Luchadora hasta lo más profundo de su ser; ponía por encima de todo su optimismo y gracia. ¡Cómo no recordar su lucha por ser madre! Y, ¡cómo supo serlo!. En una visita que le hice cuando el mal se había adueñado irremisiblemente de su persona, Blanca, su niña querida, se abrazó a ella, que estaba sentada, y haciéndole arrumacos, le pedía la cena. Pobre Clara, levantándose del asiento, sin fuerzas físicas y con una sonrisa triste, iba a la cocina a desempeñar su misión maternal, que pronto llegaría a su fin...

No la vi malhumorada, y a pesar de no haber conversado mucho, mantuvimos siempre una armoniosa química que unía nuestras personas. Cosa no muy frecuente, con ella se podía pensar en alto, pues era una recia castellana de ley. Ya enferma, conversamos varias veces por teléfono, y me comentaba sobre sus temas de investigación. Yo, no sé si ingenuamente o más bien con la esperanza de que con el trabajo curaría, le llevé algún artículo que estimaba de interés...

BEGOÑA MENDIZÁBAL

(Otros me conocen por Begum)

CLARICHI

Esta es la primera vez que te escribo una carta, y tal vez no sea la última. Me pidieron que escribiera algo sobre lo que yo recuerdo de ti, pero he preferido hacerlo en forma de carta. Me es más fácil hablar contigo que contar sobre ti, porque lo que yo tenga que contar ya lo saben todos. Que eras simpática, extrovertida, que andabas por la calle, por las ruinas y por la vida con mucha prisa, con garbo, como si tuvieras poco tiempo. Que conocías a cientos de personas, que me parecía que te conocía de siempre...

No sé muy bien cuando nos encontramos por primera vez, supongo que los primeros días de clase el primer año de carrera; sí que recuerdo muchas tardes de convivencia, de estudiar juntas. Recuerdo haber ido pronto a tu casa de la calle Feijóo y haber conocido a Juan Ignacio por entonces.

Tengo la sensación de haber vivido momentos muy divertidos contigo, vitales, animados, estupendos en todo momento. Recuerdo los años de facultad, las clases que compartíamos, las mismas asignaturas, la fascinación por algunos profesores (por los que había que fascinarse, era obligado aunque no se entendiera nada).

Tenías muchos amigos porque sí, desde luego, pero también tenías muchos amigos que buscaban tus apuntes. Tu apuntes eran los mejores de clase, lo escribías todo, «todo», hasta las pausas para respirar. Los apuntes de Clara era exhaustivos como la confesión de un reo.

En los primeros días de clase con Rosa Romero se te iluminó el rostro y anunciaste para asombro de muchos de nosotros: «Esto es lo que me interesa», y te fuiste de un salto a la primera fila, literalmente a la primera fila, y literalmente de un salto. Desde ese día buscaste la amistad de la profesora y decidiste sacar las mejores notas posibles, porque eso era lo que te interesaba, el Arte Islámico. ¡Hija que susto, que manera de decidir todo el enfoque posterior de tu vida profesional en un momento, de una sentada!. Pero así fue, desde ese día solo contó de verdad aquella asignatura.

Y los viajes... Recuerda, estamos de viaje, llegada a la ruina de turno. Clara al Jefe: «¡Jefe, unas palabritas de importancia excepcional!», y Blázquez a contar... y así en Marruecos, Túnez, Turquía, Siria, Jordania, etc, y el inolvidable Iraq.

Todas las personas que te conocemos y que hemos viajado contigo tenemos innumerables anécdotas que contar, lo pasamos «de traca». Recuerdo lo bien que los preparabas y aún guardo multitud de fotocopias que me proporcionaste en cada uno.



Madrid, septiembre de 1984

Recuerdo con mucho gusto el viaje a Siria y Jordania, a las repúblicas del Cáucaso en la antigua URSS y las fotos con el Monte Ararat al fondo en Turquía. La visita a las ruinas de Ani.

Por ejemplo, un día: cuatro de la mañana, estamos en Palmira. Tomamos un coche con chofer sirio, Antonio Fernández Puertas, tú y yo. Destino: palacio del desierto, ¿hay quien dé más? Vemos amanecer en el desierto, algo que me pareció inolvidable y después de preguntar a beduinos y de toparnos con sus perros, entre los que había uno de lo más salvaje que ladraba y corría con los otros tras el coche con solo tres patas, llegamos al castillo. Pero lo mejor fue la conversación con el chófer. Para que no se mosqueara, Antonio le dijo que era un musulmán español que viajaba con sus dos esposas, o sea Clara y yo.

—¿Cual es la primera esposa?, pregunta el chófer.

—Ésta (o sea yo).

—¿Cual es la más joven?.

—Ésta (o sea Clara).

—¿Cual es tu preferida?, indaga el sudicho.

—Ésta, contesta Antonio señalando a Clara (yo miro a Clara y pregunto, ¿me mosqueo?).

—¿Tienes hijos?, sigue indagando el morito de marras.

—No, dice Antonio.

—Pues yo tengo diez, dice el chofer, y una mujer.

Silencio.

Al rato el chofer se desternilla de risa y una vez repuesto le dice a Antonio.

—¡Tú con dos mujeres no tienes hijos, yo con una tengo diez!. No nos dio un ataque de risa por poquito.

El día fue espléndido y aún lo recuerdo. A la vuelta a Palmira vimos las ruinas de la ciudad y tuvimos que aguantar lo mejor que pudimos el enfado del Jefe y de los demás.

Recuerdo dos anécdotas relaciona-

das con mi trabajo, en el Banco donde trabajaba por entonces. Tenías fascinados a mis compañeros, no acostumbrados a tratar con «gente pintoresca» en su experiencia habitual.

Necesitabas moneda extranjera para viajar a Egipto con una beca; recuerdo el día que entraste en la Sucursal para recogerla. Llevabas puesto un pantalón verde con peto por delante y dos tirantes que cruzaban la espalda. Hasta ahí bien, pero lo mejor fue que debajo no llevabas nada más. El peto te cubría escasamente la delantera y al menor movimiento la espetera amenazaba con asomar, bien por un lado o por el otro. Tú tirabas del peto, una vez por la derecha (objetivo: tapar teta derecha), otra vez por la izquierda (objetivo: pues tapar la otra), y los ojos de los bancarios cada vez más abiertos siguiendo el recorrido, como siguen los espectadores la pelota en un partido de tenis. ¡Qué día, fue glorioso!

Otra vez escaseaba el dinero para otro viaje, así que Juan Ignacio se resignó a echar mano de los cántaros de la entrada de casa donde iba echando la calderilla, mucho tiempo atrás. No se me olvida cuando aparecisteis en la Sucursal con las jarras llenas de monedas para contar, una con pesetas, otra con duros, otra con veinte duros, era como el tesoro de los 40 ladrones. Mis bancarios no se extrañaron esta vez. Y mira por donde salieron un montón de pelus.

Como en todas las amistades hubo años de distancia y cuatro en que no nos vimos, los años en que yo estuve reponiéndome de mi enfermedad y mi madre entró en un periodo final de gran deterioro. Repentinamente y por una pura casualidad entramos de nuevo en contacto.

Me impresionó cuando me dijiste por teléfono y llorando: «No sabes lo que me he acordado de ti, tengo la misma enfermedad que tú». Pues si, hemos tenido la misma enfermedad; para mí fue bien, para ti mal. Me impresionó también ver el color ceniciento de tu cara que anunciaba la prisa



por irte.

Estoy contenta por haber tenido la oportunidad de estar contigo los últimos meses, mejor dicho, te doy las gracias por haberme permitido convivir contigo los últimos tiempos, ser una de «las chicas de Clara», como nos conocían en el Ramón y Cajal, haberte hecho compañía algunos días, haberte cuidado un poquito otros y me alegro infinito haberte llevado a mi amiga Marta que tanto te gustó, Marta la de las manos de hada y los masajes de ensueño por el amor y el cariño que puso al dártelos.

Me he parado a pensar qué me gustaba de ti. No es una cosa, sino el conjunto de muchas. Me gustaba tu personalidad abierta y acogedora, tu desparpajo, esa forma de provocar con todo lo que hacías, la forma de vestir, de hacer en general. Posiblemente por lo distinta a mí que eras (ya sabes que soy bastante tímida y pavisosa), porque me hubiera gustado parecerme un poquito a ti.

Al mismo tiempo que muy distin-

tas, fue bonita la complicidad que se creó entre nosotras por muchas cosas divertidas que, perdona hija, pero no pienso recordarte aquí (nunca se sabe si las cartas pueden leerlas otros y en definitiva son cosas que solo te interesan a ti).

Te confesaré que últimamente me hiciste llorar, y mucho, pero pensando sobre la tristeza, sobre el dolor de la pérdida, ahora no sé cuanto lloré por ti y cuanto por mí misma.

Porque no te has ido sola, te llevas parte de mi propia vivencia, de todas aquellas cosas que sólo podíamos recordar cuando estábamos juntas. En definitiva una parte de nuestra juventud y muy divertida además.

Mari *Clarix*, te doy las gracias por la confianza que me tuviste, por la delicadeza con que me trataste, por dejar que te acompañara en tantas cosas y sobre todo por la última sonrisa de reconocimiento tres días antes de irte.

Un beso muy, muy fuerte:
Begum.☘

HELEN HADKINS

«...una Ava Gardner dirigida por Almodóvar...»



Madrid, 1996

¿Cómo escribir un recuerdo de Clara realmente digno de ella? Llevo dos semanas intentando escribir un poema sobre ella pero me temo que mis talentos no están a la altura de la tarea para nada. Así que me he dejado poco tiempo para algo más prosaico.

Clara era increíble en muchos sentidos diferentes —el tipo de persona que siempre causa impresión en desconocidos y marca la vida de los que tienen la suerte de conocerla más a fondo. Su alegría, su generosidad, su carisma, su energía, su inteligencia, su cariño... son cualidades que son imposibles de olvidar. Desde el principio de nuestra amistad, cuando apenas me conoció, me trató como a una amiga de toda la vida, permitiéndome quedar en su casa durante semanas enteras. Su casa siempre parecía la de una pariente cercana—algo muy

reconfortante para una extranjera en Madrid. Era una amiga excepcional, siempre cariñosa, abierta, generosa, divertida. Tenía el don del verdadero encanto: de hacer sentir la persona con quien hablaba querida y especial.

La imagen de Clara con la que quedo es de una mujer atractiva en minifalda y medias extravagantes con pelo exuberante de henna-naranja; guapa, moderna (pero a la vez tradicional), tierna y fuerte, sensible y práctica, siempre demasiado ocupada, pensando en los demás. Me parecía un poco una estrella del cine de los años cincuenta pero en forma moderna, una Ava Gardner dirigida por Almodóvar. Siete meses después de su muerte, todavía me parece difícil creer que se ha ido. Su ausencia es imposible a llenar pero su presencia está siempre en la memoria. ☹

Magdalena Merlos

“Nunca podré volver con Clara a ningún lugar”

Juan Ignacio, Blanca, resulta fácil recordar momentos de Clara. Más difícil es compartirlos, pues la palabra tiene menos colores que la memoria.

Ahora que releo las líneas, prefiero dejarlas como están, aún con el desorden de imágenes y diálogos, como se agolpan en la cabeza.

A Clara la recuerdo especialmente por su generosidad y su entusiasmo. Este entusiasmo que conocí primero, como pasión *por el/por su* trabajo, no era mas que una de las muchas manifestaciones de su entusiasmo por la vida. A Clara la *leí* por primera vez en la librería del Museo de Santa Cruz, en 1990. Me llevé su estudio a casa. Poco más tarde, cuando me matriculé en la UNED, elegí el curso que impartía porque el tema me fascinaba aunque, por entonces, mis intenciones sobre un tema de tesis doctoral distaban mucho del Toledo islámico.

Fue el entusiasmo contagioso de Clara el que me impulsó a pedir su dirección de tesis. Ello me permitió conocer algo de la profesora, pero también de la persona. De tal modo que mi relación como alumna se entrelazó con otra más próxima. Por último, mi maternidad, con su antes y después, me desveló su otra vocación, la de madre. Así, a medida que compartíamos hallazgos y excursiones, se entrelazaba el esbozo de una amistad truncada.

La visita al Palacio Arzobispal de Toledo fue tremenda. Clara me recogió, llevó a Toledo y me devolvió a casa, pues mi avanzado embarazo me impedía conducir. Clara estaba asustada (con ese fingido y divertido susto que sólo era de palabra) no sólo por llevar a una embarazada de excursión, sino porque pudiese ponerme de parto en cualquier momento (aunque aún yo estaba de siete meses). El recorrido fue una risa continua. Su tenacidad permitió que la visita, concedida para la mañana, se prolongase por la tarde. De tal forma que nos recorrimos el palacio entero. Pero mientras yo esperaba en las zonas transitables, Clara con plano, metro y cámara en mano llegó a *colarse* por los rincones más insospechados, viviendo mi trabajo, y

haciéndolo suyo. Porque Clara, todo esto de piedras e historias, como se suele decir, *lo vivía*.

Poco después nació mi hija. Y conocí a la Clara maternal. Nuestras hijas comenzaron a salpicar y sazonar nuestras conversaciones. Clara me manifestaba cómo el trabajo —y recuerdo sus palabras tal cual— es muy importante, pero cómo el nacimiento de su hija se había situado por encima de todo. Clara confesaba que ni siquiera había sospechado que pudiese pasar tardes enteras en un parque, hablando de los pañales, las papillas y las noches como cualquier otra madre. Y continuaba haciéndolo, casi sin darse cuenta, pero disfrutándolo con plena consciencia.

Un par de meses más tarde preparamos la excursión a Brihuega. La historia fue bastante parecida a la de Toledo, aunque ahora fui yo la chófer. Nos quedamos alucinadas en una de las zonas del castillo, de la cual casi no salimos en todo el día. Sólo hicimos una pausa. Mientras yo compraba chorizo, Clara corría a buscar una panadería. Los *bocatas* que comimos frente al castillo ilustran algo que era bastante frecuente en Clara (también nos pasó en Toledo): el no comer *como Dios manda* cuando el arte y la historia se cruzan por medio. Todo es poco para aprovechar el tiempo. La tarde, aprisa y corriendo, se pasó de un lado a otro, hasta que una tormenta de otoño nos recordó que había que volver a casa. La vuelta, sosegada, acompañadas por las nubes, resume a la Clara que conocí: *la niña está en un cumpleaños, tengo que ir a recogerla, no se puede perder el baño...* y los primeros preparativos para una próxima salida a Brihuega: *pero será con nuestras familias, ahora que dispongo de fines de semanas libres para disfrutar de Blanca y Juan Ignacio...*

Un nuevo viaje se programó para diciembre de 1997. Una ola de frío, un tiempo espantoso, nos impidió acercarnos: la noche de antes Clara me comentaba, *Magdalena, tenemos hijas, no tenemos que ser temerarias... Lo dejamos para más adelante...* Nunca volvimos.

Nunca podré volver con Clara a ningún lugar. ☞

YOLANDA GUERRERO

«De ella, sólo aprendí»

(Leído en la presentación de *Regreso a Tulaytula*)

Después de casi diez años de ausencia, la tarde del 14 de abril volvía a entrar en el edificio Lorenzana, sede del antiguo Colegio Universitario de Toledo que yo conocí. En ese momento, no pude evitar que me viniera con fuerza una imagen a la memoria: un día de octubre, hace ya casi 14 años, se inauguraba aquí el nuevo curso académico. Yo y otros recién contratados aguardábamos expectantes y con cierta timidez en el interior de la Secretaría. Recuerdo que había mucha gente porque estábamos cerca de la puerta de entrada al centro. En un momento dado, yo, que soy bajita y veo las cosas desde abajo, vislumbré una llamativa melena roja que congregó a su alrededor un revuelo de saludos. Duraron varios minutos, después Clara se acercó a nosotros, se presentó, nos presentamos y pronto consiguió que nos sintiéramos casi como en casa.

Ese día conocí a mi mejor amiga. Aquella tarde de abril volvía por ella, pero ya sin ella. La actual Facultad de Humanidades me brindaba una última oportunidad para demostrarle de nuevo mi amistad, participando en el homenaje póstumo que le dedicábamos sus amigos.

Se me había pedido que recordara un poco lo que fue mi colaboración profesional con Clara. Pero esa colaboración había sido inseparable de lo que fue nuestra amistad. Por eso, quería hacer de esta última el hilo conductor de dicho homenaje.

Aquel día de octubre de hace catorce años volvimos juntas en coche a Madrid — algo que repetiríamos a partir de entonces ya todas las semanas. En ese viaje, discutimos, dejamos las cosas claras y nos descubrimos mutuamente. Ambas hemos compartido siempre el gusto por la misma gente: fuerte, sincera, directa. Y Clara era eso y mucho

más. Desde entonces, hasta otro triste día de octubre nuestra trayectoria profesional y personal seguirla un curioso paralelismo.

En cierto modo, lo que motivó nuestras primeras publicaciones en común fue la ansiedad —quizá exagerada— que provocaba en nosotras la por entonces incierta situación de la sección de Letras del —en ese momento— todavía Colegio Universitario. La Universidad de Castilla-La Mancha estaba iniciando sus primeros pasos. Sólo unos meses antes, había asumido las competencias de los centros universitarios de la Comunidad, hasta hacía poco dependientes —administrativamente hablando— de las universidades madrileñas. El Colegio entero mantenía con el traspaso su condición de centro adscrito —financiado y gestionado por un Patronato Privado—, pero el futuro profesional de sus profesores, sus posibilidades de promoción, de rentabilización de sus esfuerzos, en suma, dependían de que la Universidad procediese a su integración, a su conversión en Facultad, lo que es ahora.

Indudablemente, en este caso el final hubiera llegado sin sobresaltos, pero Clara nunca quiso arriesgarse a que el futuro le deparase un final distinto al de sus expectativas.

Necesitaba y sabía luchar por lo que quería. Entonces, establecimos una especie de doble estrategia. Por un lado, junto con los demás compañeros, convinimos en que era necesario estar aunque fuera mínimamente presentes en los órganos de decisión de la Universidad castellano-manchega. Información es poder, dicen. Solicitamos y conseguimos una voz sin voto en la Junta de la Facultad de Filosofía y Letras de Ciudad Real. Naturalmente, Clara fue nuestra representante. Por otro, a ambas nos afectó simultáneamente una altísima y descontrolada fiebre publicadora que creo ha sufrido todo profesor en algún momento de su carrera universitaria, concretamente en el estado de pretitular. Así comenzó una enriquecedora colaboración profesional que, pese a su inicial condición febril, nunca adoleció de nuestro mejor hacer e intentó no perder jamás de vista la calidad.

En el año 1988 presentamos nuestros tres primeros trabajos en común, tres comunica-

ciones a sendos congresos de Historia y Arte: el IV Congreso Nacional de Arte, celebrado en Málaga, el Congreso Nacional «Toledo Romántico», celebrado en este mismo edificio Lorenzana y el Congreso Nacional «Devoción mariana y sociedad medieval», celebrado en Ciudad Real. Las dos primeras, tituladas respectivamente *El idar dunnuni: fiesta y esplendor en el ocaso de la taifa toledana* y *Una versión romántica de una vieja leyenda medieval de Toledo: algunas hipótesis de investigación*, se tradujeron en sendas publicaciones. La última, que llevaba como título *La tradición mariana en el Toledo medieval: San Ildefonso, la disposición arquitectónica de la catedral de Toledo y los temas marianos*, duerme el frecuente sueño de los inéditos.

No se lo que significó para Clara trabajar conmigo. Nunca hablamos de ese tema. Yo aprendí muchísimo. Los tres temas mencionados surgieron de Clara. Ella andaba tras ellos hacía tiempo. Gran parte del material lo puso ella. Luego, cambiamos impresiones, compartimos ideas y le dimos forma conjuntamente. Fueron, son, suyos. Yo sólo aprendí de ella y con ellos.

Un año después, su enorme generosidad puso de nuevo a mi disposición dos importantes proyectos: el primero, compartir la realización del capítulo referente al Islam medieval y moderno que le habían encargado para los tomos III y IV de la enciclopedia de Historia Universal que publicaría una conocida editorial. Así, yo elaboré la parte histórica y Clara la artística de *El Islam en la Edad Media: génesis de la civilización islámica* y *El Islam en la Edad Moderna: la época de los grandes imperios*. El segundo, colaborar en el proyecto subvencionado por el Ministerio de Cultura que dirigía Clara sobre *Documentación de la Historia y Fábrica del Convento de Santa Fé*.

Este último inauguró nuestra etapa de colaboración más serena y fructífera. Puestas a la obra, descubrimos un filón de documentación inédita e interesantísima en el Archivo Histórico Nacional en la sección de Órdenes Militares. Entre otros, un documento que probaba fehacientemente y sin lugar

a dudas que la iglesia de Santiago del citado convento era obra de Antón Egas y que terminaría traducéndose en una sugerente publicación en la revista *Goya* de julio/octubre de 1989. Cuando estábamos en lo mejor del citado proyecto, habíamos cuajado ya un futuro tema de colaboración más amplio que proyectaba un estudio sobre arte y comunidad en el Convento de Santa Fe, los acontecimientos se precipitaron.

Lo que hubiera sido inimaginable tres años antes, iba a producirse a velocidad vertiginosa. En enero de 1990, contra todo pronóstico, yo ganaba una titularidad en la Universidad Autónoma y me veía obligada a abandonar Toledo. Algunos meses después, en mayo, lo hacía Clara para convertirse en Prof. Titular de Arte en la U.N.E.D.

A partir de ese momento, circunstancias nuevas, otros departamentos, otros proyectos de carácter inmediato, frenaron forzosamente nuestro trabajo en común. Además, perdida la cotidianeidad del centro de trabajo común, nuestra amistad empezó a ganar en privacidad lo poco que le quedaba todavía antes de profesionalidad. Más que viajes, clases y aulas, compartimos fiestas, cumpleaños, cenas, momentos buenos y malos o simples ratos de tertulia y conversación. Al poco tiempo nació esa preciosidad que se llama Blanca y algo después mi hija Ana. Y Clara y yo descubríamos, a la vez, cómo la maternidad larvaba placenteramente nuestra dimensión profesional.

Desde entonces, nos llamábamos siempre que teníamos un problema relacionado con el Arte o con la medieval respectivamente. Recuerdo que al preparar una nueva asignatura del plan actual de estudios, me enfrenté con el problema de la noción del espacio y del tiempo en la Edad Media para el que necesitaba conceptos y bibliografía del tratamiento de ambos temas en el Arte medieval. Clara puso a mi disposición sus notas personales, así como una buena orientación bibliográfica. Otro tanto le pasó a ella cuando abordó una de sus últimas inquietudes: la representación iconográfica de la simbología del poder en la Edad Media. In-



cluso, concretamos un proyecto de investigación conjunto sobre formas de religiosidad urbanas en la Baja Edad Media, que presentamos a la DGICYT y a la Comunidad de Madrid y que no nos concedieron.

Resumir en estas breves páginas lo que significó para mi conocer a Clara es casi imposible. Como dije al principio, todos esos años de trayectoria en común me sirvieron para descubrir en Clara no sólo una excelente profesional de quien aprendí constantemente, sino una insustituible amiga. Ella siempre estaba allí, al instante exacto de pedirle ayuda. Por eso, quiero terminar haciendo una promesa.

Cuando andábamos tras la documentación medieval del Convento de Santa Fé encontramos una espléndida visita que describía perfectamente la distribución interna del espacio conventual. No era sólo un documento que permitía reconstruir arquitectónicamente el interior del mismo y, por tanto, alumbrar excepcionalmente futuras excavaciones y restauraciones, sino que

proporcionaba un conocimiento preciso sobre el uso social de dicho espacio y la cotidianidad de una comunidad religiosa femenina de finales de la Edad Media. Dicho documento quedó transcrito en su totalidad y pendiente de estudio y publicación. Siempre que nos encontrábamos, Clara y yo nos recordábamos mutuamente que teníamos «en cartera» ese trabajo, pero los muchos compromisos mutuos y la escasez de tiempo disponible, nos obligaba a aplazarlo para tiempos más tranquilos.

Quiero prometer, aquí y ahora, que en breve intentaré bucear, con el permiso de Juan Ignacio, en los papeles de Clara, a fin de encontrar dicha transcripción. De no hallarla ahí, lo intentaré entre los míos para encontrar la referencia archivística del documento y rehacer dicha transcripción. Volver a hacer que su nombre figure junto al mío en letras de imprenta será mi último y personal homenaje a Clara, MI AMIGA CLARA, MI QUERIDA AMIGA CLARA.

Gracias. ☞

AURORA RUIZ MATEOS

PARA CLARA

Querida Clara:

Recuerdo que era un día de sol. Nos conocimos en el despacho de los becarios en una tarde de intenso calor, entre libros y diapositivas. Fue como si una mano extraña hubiera preparado aquel encuentro. Como si alguien hubiera lanzado un hilo invisible que comenzaba a tejerse y las dos fuimos conscientes de que ya nadie podría romperlo. Y así fue; desde entonces demasiados diálogos y experiencias... demasiados recuerdos. En nuestras vidas había mucho en común... aquella dificultad que, aunque distinta, apareció casi con nuestra existencia y con la que hubo que luchar y convivir día a día. No podíamos dejarnos vencer, ni permitir que nos comiera el terreno. Quizá fue esto lo que nos hizo más fuertes y, al mismo tiempo, cómplices en aquellos momentos grises e incluso negros, que también los hubo, para poder afrontarlos y salir con nuevos bríos. ¡Cuántas ilusiones compartidas! Sabíamos que como mujeres, en las relaciones diarias, había muchas cosas que debíamos cambiar. Pero, siempre había demasiados anclajes e impedimentos... ¿recuerdas?... “date cuenta que yo soy mayor, y es más...” y tú me cortabas sin dejarme acabar “no, pero yo soy de Ballesteros de Calatrava, lo uno por lo otro”. Lo cierto es que la balanza estuvo siempre muy equilibrada. Aunque el sol siempre estuvo presente entre nosotras, poco a poco fuimos cambiando. Sólo a base de muchos desgarros y de ir dejando jirones de vida en el camino, pudimos conseguir algunas cosas. Pero me has jugado una mala pasada. Me acostumbé a estar contigo, a tu presencia, a tus palabras. En tus diálogos encontré refugio y un apoyo para seguir adelante. No puedo evitar que aflore algo de egoísmo... creo que nunca llegaré a acostumbrarme a tu ausencia. Fueron tantas las experiencias que vivimos juntas. Aunque hubo algo que siempre nos costó transmitírnos. Detrás de tu ilusión por tener a Blanca y de que mis hijos fueran algo esencial en mi vida, estaba lo más importante: nosotras mismas. “Sí ya lo sé..., no lo llevo demasiado a la práctica, me paso la vida haciendo cosas por ellos. Hago enormes esfuerzos por llegar a todo, mis padres se hacen mayores, mi vida académica... estoy muy cansada”. Todavía me parece oírte “deja ya de quejarte, coño...”. En esto el tiempo me dio la razón y es que había nacido antes que tú. Y te llegó el turno “Aurora, quiero decirte una cosa, estoy muy cansada...”. Así eras, siempre reconociendo las cosas, siempre dispuesta a ponerlas sobre la mesa. Muchas ilusiones profesionales se han ido cumpliendo desde aquellos primeros Congresos. Las Tesis Doctorales, la Titularidad y trabajo, trabajo y más trabajo. Incluso cuando éste nos alejó, la distancia nunca pudo separarnos. En los momentos más difíciles fue imprescindible saber que te tenía al lado, cuando disfrutábamos se nos hacía necesario compartirlo. Indudablemente, nos hacíamos mayores, más que por la edad por que algo maduraba demasiado deprisa en nuestro interior. Un día el sol comenzó a ocultarse poco a poco. Llegaron nubes oscuras vestidas de una enfermedad incurable ¿Por qué te había tocado a ti? ¿por qué la injusta ruleta del mundo había parado su giro, lento e impasible, frente a ti? ¿por qué?... todavía quedaba tanto por hacer. Y la luz fue oscureciéndose hasta desaparecer por completo. Me gustaría saber dónde estás. ¿Sabes? últimamente me has hecho pensar en la muerte. Sería injusto que alguien como tú, siempre dispuesta a comprender y apoyar a quien se te acercaba, con tu buen hacer profesional, tu responsabilidad marcada por un fuerte carácter que sirvió para poner en marcha e impulsar tantas cosas, desapareciera para siempre. Cada vez estoy más convencida de que para las personas como tú tiene que haber algún lugar reservado, no se dónde ni de qué manera, pero indudablemente tú estarás allí. De lo que puedes estar segura es de que tu alegría e ilusión por la vida no se han perdido, permanecen en el recuerdo que nos has quedado de ti y siempre vivirán en nosotros. A los que disfrutamos contigo la experiencia de la vida, nos acompañará siempre el haberte conocido. Como comentamos en más de una ocasión, sigo pensando que “a este mundo hemos venido a ser felices”. Desde aquí y a donde tú estés, quiero que sepas que seguiré luchando por ello y por llevar a la práctica todas aquellas ideas que compartimos. El sol seguirá saliendo todos los días. Hasta siempre. Te quiero. ☘

CARMEN SARRIÓN

Clara era una luchadora incansable

Clara llegó a Madrid al principio de los años setenta a un piso situado en la calle Cardenal Cisneros. Venía de un lugar de la Mancha, Ballesteros, para trabajar en una escuela infantil y estudiar Filosofía y Letras. En el piso vivimos durante muchos años: Clara, Leonor, Consuelo que murió de una grave enfermedad, Magdalena y otras muchas personas por períodos más breves de tiempo. Aunque éramos muy diferentes, el ambiente de amistad, comunicación y afecto ha perdurado durante todos estos años entre la mayoría de nosotras.

Clara llegó con su amplia sonrisa y más amplias ganas de vivir. La convivencia fue muy fácil, le interesaba todo: leer, estudiar, ir al cine, viajar, conocer gente y hacer amistades, para lo que tenía una especial habilidad. Y muchas más cosas, de las que en estos momentos puedo recordar, como muy destacada su gran afición por el baile. El baile la fascinaba. Su carácter era muy alegre, comunicativo, flexible y era muy respetuosa con las diferencias, estos aspectos le facilitaron la comunicación con las personas más variadas y por lo que podemos entender su gran capacidad de hacer y mantener amistades.

Una tarde de 1975, al llegar de clase, Clara comentó la posibilidad de hacer un viaje a Egipto. Rápidamente nos pusimos a ver mapas y a fabular sobre el maravilloso viaje Egipto. Para Clara no fue sólo un maravilloso viaje, fue el encuentro con dos de sus grandes amores:

Uno, su fascinación y enamoramiento del mundo árabe, que a partir de ese momento la acompañaría toda la vida.

Otro, conoció a Juan Ignacio, que sería su compañero inseparable.

A partir de entonces sus intereses académicos fundamentales se centrarían en su enamoramiento del mundo árabe.

Clara, siempre tenía muy claro lo que quería, era una luchadora incansable, era muy difícil que se rindiera ante las dificultades que encontraba. Sin perder su capacidad de sonreír, sin desfallecer, con el vitalismo y la gran humanidad que siempre tenía continuaba su lucha por la vida, intentando ganar o haciendo lecturas positivas cuando se encontraba con lo irremediable.

De Cardenal Cisneros a Feijóo, de Feijóo a Quevedo, pero siempre conservamos la amistad. Esa amistad de raíces profundas, que permite y facilita cualquier tipo de comunicación y que el tiempo no puede destruir.

Cuando llegó la desgraciada enfermedad, Clara luchó contra ella con todas sus fuerzas. Seguía preocupándose de todos sus amigos, nos seguía obsequiando su sonrisa y gran sensibilidad aún en los peores momentos. Su generosidad llegó a límites inenarrables al plantearse distanciar los encuentros con Blanca, su hija, para facilitar el desapego, en caso de que ocurriera lo peor.

El 1 de octubre, sin que los demás quisiéramos, emprendiste el viaje al fondo de los corazones de todos los que te quisimos dejando un legado de amor y amistad. ☽

MARÍA JOSÉ VÁZQUEZ

“Creí que su amistad me iba a durar siempre...”

Hasta la muerte de Clara y los homenajes posteriores, no he sido realmente consciente de su valía profesional. (A Clara no le gustaba *epatar* y a mí era lo que menos me importaba de ella).

No soy viajera. Apenas he viajado con ellos. Que recuerde... un día en Valladolid, un fin de semana en Cullera, unas fiestas en Ballesteros, escapadas a El Escorial para ver a Mercedes y a Paco y una —para mí— inolvidable noche de reconocimiento de estrellas, en Cuenca.

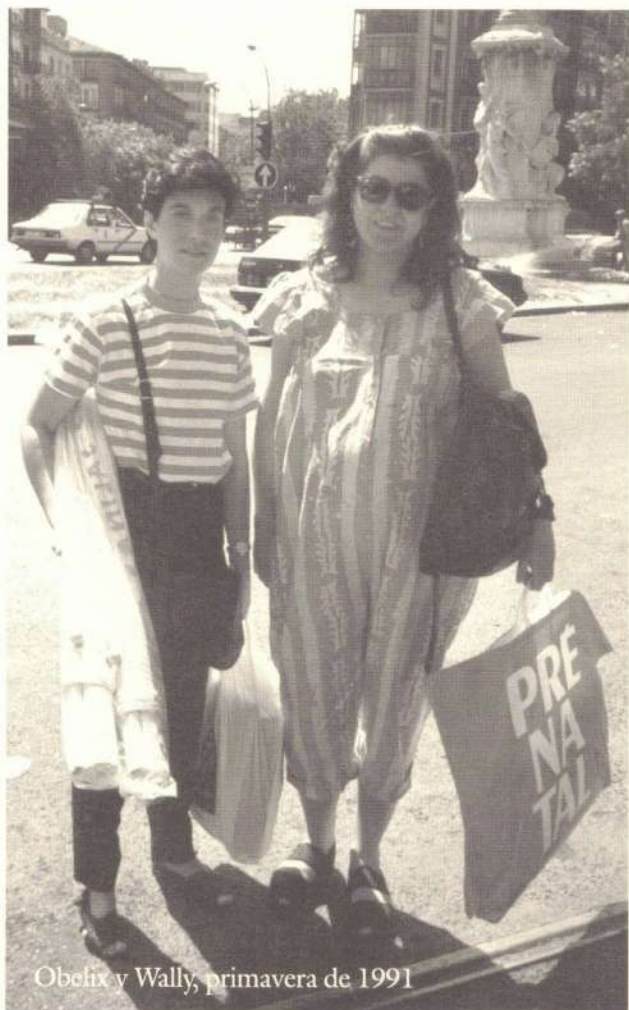
Nuestra amistad surgió inicialmente de la vecindad y del común amor por el cine. Después se simultanearon compras, fiestas, verbenas, en fin, todo tipo de manifestaciones populares a las que tan aficionada era. Y, exposiciones. Me gustaba «ir de exposiciones» con Clara, tanto como con mis amigos de Bellas Artes (Clara, como ellos, no era una *snob*).

Por su parte, una preocupación maternal por mi forma de alimentarme («tienes que comer de cuchara» me decía) me sentó en su mesa los fines de semana.

Estos asuntos y otros mil pequeños más, que se me escabullen, aderezados con risas, broncas y confidencias, hicieron de mí un elemento cotidiano en su vida. Y ella se convirtió en una querida y enorme «presencia» cotidiana en la mía.

Cuando se ha roto esa cotidianeidad, me siento por un lado agradecida por haber conocido a un personaje tan vitalista, arrollador, generoso, acogedor y raro como era Clara y por otro, estoy dolorida, por cómo la vida se ha portado con ella, (si le ha sacado todo el jugo es únicamente mérito suyo) y por haberme privado a mí de una amistad tan grande, que creí que me iba a durar siempre.

Espero que lo aprendido a su lado no se me olvide nunca. ☹



Obeix y Wally, primavera de 1991

JUAN ZOZAYA HOMENAJE A CLARA DELGADO

(Leído en el homenaje celebrado en el Museo
Arqueológico Nacional el 2 de marzo de 1999)

Si tuviera que pensar donde está Clara ahora me lo plantearía desde una óptica que creo que le divertiría. Ello es así porque pensaría desde la mayor de las lejanías lo que estaría sucediendo según desde qué religión se interpretara, y lo voy a decir desde el más profundo respecto a todas las religiones, pero desde el más sentido humor y cariño al “terremoto” que fue Clara en nuestro pequeño mundo de islamistas y de gentes dedicadas a tratar de entender nuestro Andalus aún por abrir.

Si fuera shintoísta es indudable que Clara sería un sereno, fuerte y alto arce japonés que estaría reflejándose en el espejo sagrado que hay en el bosque de Ise.... Si fuera judía y estuviera en el Seno de Abraham, indudablemente estaría “animando al personal” haciendo compatible la cábala con el humor. Si estuviera en el Paraíso cristiano lo pasaría mal tratando de explicarle a San Pedro que las llaves no tenían por qué ser renacentistas y que faltaba una piedra clásica sobre la cual apoyarse. Finalmente, si estuviera en el Paraíso musulmán estaría organizando una rebelión de las vírgenes eternas por ser ésa una situación machista, pero antes de liderar una revolución de ese tipo compararía a ver si coincidían las descripciones del paraíso musulmán con el descrito en los mosaicos de las mezquitas de Damasco y Córdoba, con velo incluido

Ello quizás es una forma risueña de entender a nuestra amiga desaparecida, cuya vocación por el mundo islámico fue la de siempre ‘romper las claves’, abrir las incógnitas y todo ello lleno de vitalidad a la par que de una maravillosa candidez, que le permitía preguntar, cual una niña, las cosas con la mayor inocencia. Esta observación se la debo a Manuel Riu,



hace muchos años, cuando Ricardo Izquierdo nos reunía a los arqueólogos medievalistas en el Colegio Lorenzana y Clara preguntaba a la congregados, tras explicar que sus únicos paralelos para los cipos toledanos estaban en Túnez ('Tengo un problema', decía) y preguntaba seguidamente: "¿Alguien me lo puede aclarar? Lo agradeceré muchísimo..."

Sin embargo, esta candidez no implicaba debilidad o desconocimiento, y ahí está su tesis sobre el Toledo Islámico que ha pasado a ser un libro ejemplar en su género, en el cual ahora puede quedar por matizar y resolver los problemas que ahí planteaba, y que ella misma indicaba que estaban aún por solventar.

No sé nada de su labor docente, escondida en una Universidad en la cual el resultado no se aprecia de inmediato, situación injusta con ella y con la sociedad, así como con el mundo académico, pero estoy seguro que también de esa fuente surgirá algún día un manantial que recoja su frescor e iniciativa, aunque no sea en el campo que ella trabajó.....

No puedo añadir mucho a lo ya dicho por los demás, pero no quiero dejar de recordar la humanidad inmensa que tuvo y que, a medida que más se conocía más se admiraba y quería, y que más derrumbaba esa primera imagen de persona inconformista de rompe y rasga. Si bien su inconformismo nunca cejó, su ternura, su relación discreta con los demás, su entrega y, finalmente, su callada partida de entre nosotros son ejemplos para quienes la quisimos, porque llegamos a conocerla. Por ello nos condolemos con su familia, porque de lejos apreciamos lo que ellos han perdido al ver lo que hemos perdido nosotros. ☞

Elías Hayali Agopian (MM)

Hasta pronto, Clara

El conocimiento de los demás nos enriquece o nos empobrece — depende de los casos—, pero siempre nos influye. Todos somos consecuencia de lo que hemos leído, conocido o hecho durante nuestra vida en este mundo terrenal. Clara Delgado es una de estas personas que he conocido mientras buscaba los amigos como quien busca un buen libro, allí por el verano de 1979 en El Cairo. Al llegar su novio Juan Ignacio iniciamos entonces una amistad que dura hasta la fecha, a pesar de que siempre discrepábamos y con Juan Ignacio previsiblemente seguiremos discrepando en el futuro. Con ellos, siempre sentí que mi propia familia no está a tantos kilómetros, porque me lo compensaban emocionalmente y en su casa iba a darles la lata mientras me daban la bronca, pero al final ambos quedábamos contentos. Clara siempre ha sabido conciliar un espíritu noble con el compromiso con su prójimo. Es una mujer hecha a medida de su lucidez y abierta al encuentro con los demás y con un enorme deseo de estar con la gente. Siempre la echaré en falta y espero que esto no dure demasiado. Hasta pronto, Clara. ☞



Alberto Nicolini

CLARA DELGADO VALERO

Tuve noticia de Clara leyendo su contribución «*El mudéjar, una constante en Toledo entre los siglos XII y XV*» para la obra dirigida por Henares y López Guzmán: «*Mudéjar Iberoamericano. Una expresión cultural de dos mundos*», publicado por la Universidad de Granada en 1993.

Me llamó la atención su capítulo sobre el área toledana debido al poco usual enfoque que Clara hacía del tema de la transición de la ciudad desde la época islámica a la castellana sumado al análisis conjunto de la arquitectura y la ciudad. En mi siguiente viaje a España, un amigo común me ayudó a ubicarla rápidamente. Conversamos, me obsequió publicaciones suyas, fundamentalmente su tesis sobre Toledo y nos despedimos. Al año siguiente nos volvimos a ver, ya en su casa; conocí a su pequeña familia y le dejé copia inédita de lo que había escrito citando sus trabajos. Su aporte me había resultado fundamental para iluminar el importante problema de las sucesivas transformaciones de la mezquita en mezquita reutilizada como iglesia y, finalmente, en la nueva iglesia. Dicho por Clara: «En cualquier caso, el proceso habitual consistió en la reutilización y posterior construcción de un templo cristiano». Importancia, no sólo para explicar ciertas relaciones peculiares de uso entre las iglesias y el espacio urbano tal como se producen, aún hoy de Toledo al sur, sino para elaborar una interpretación causal del extraño fenómeno que presentaron las iglesias matrices hispanoamericanas del siglo XVI que, sin excepción conocida, se situaron de lado hacia la plaza.

Debo mucho a Clara y no voy a mencionar la calidez suya, la cordialidad de su esposo y la delicia de la pequeña hija en esas dos horas pasadas en Glorieta de Quevedo, 3, porque eso queda sólo entre nosotros. La noticia de su muerte me golpeó de sopetón en su momento, hojeando un ABC, de atrás para adelante, en un avión de Iberia en viaje a Canarias. Se me ha compensado en algo el poder hacer llegar estas líneas a María Lourdes Campos Romero a quien conocí, providencialmente, en Coimbra y hacer pública la estima personal y académica que le tuve y tengo. ☞



Juan Antonio Ramírez
CARTA (A) CLARA

*Arabesco, voluta, confusión,
recoveco, meandro, capotazo,
pleitesía, doblar el espinazo.
Nada de eso, al contrario: precisión*

*al enjuiciar las cosas, carpetazo
al gang de los mediocres. Decisión
de inclinar la balanza a la pasión
y dar a lo difícil gran abrazo.*

*Te deslizaste como el agua, Clara,
como un aire cortante, muy Delgado,
riendo por el monte de la vida.*

*Cogiste al mundo por el cuello para
estrujarlo hasta el fondo: es demasiado,
valiente. Juan Antonio no te olvida.*

Diego Suárez

Quevedo

Gracias, Clara, por tu cálida amistad

Desde el punto de vista profesional, tanto cuando estudiábamos como ya finalizada la carrera, muchas fueron las cuestiones, intereses y circunstancias que nos unieron, y Toledo, en este sentido, aún nos unió más. Bajo esta óptica, —y ya estoy en ello— trabajo sobre el manuscrito de Francisco de Pisa, que tantas veces me insististe que publicara; en grandísima medida el trabajo es y va por ti o, más exactamente, irá por ti.

Como cuestión —o cuestiones— de índole personal, algo quisiera expresar aquí. Y, realmente, entre tantísimas que fluyen en mi mente, no sé qué o cuál. Acaso recordar y reseñar tu fortaleza voluntariosa para acometer casi todo; fue algo que siempre admiré y más de una vez envidié.

Fortaleza que, en el trato continuado, iba siempre e invariablemente unida a una amplia y calidísima sonrisa, la de La Mancha, como siempre te decía —y bajo tal epígrafe la bautizó— Hernández Perera: ¡Ninguno de los dos estáis ya entre nosotros!

¡Quién iba a decir a tu «amado Diego» que estaría escribiéndote estas líneas cuando ya no estuvieras!

Donde quiera que te halles, gracias, Clara, por tu cálida amistad. ☞

PILAR TORMO MARTÍN

CLARA DELGADO Y LA ASOCIACION DE AMIGOS DEL TOLEDO ISLAMICO

Conocer el Campo de Calatrava ayuda a comprender su personalidad: Armoniosas soledades, inmensas fortalezas y entrañables gentes acunaron a la niña Clara, le regalaron su impronta y la hicieron inquieta, indómita, valiente, independiente, generosa... Sus compañeros y amigos han glosado, desde su partida, en innumerables ocasiones las vivencias e inquietudes que compartieron, generalmente vinculadas al campo de la docencia y de la investigación. Mi vinculación con Clara llegó muy a última hora y dejó en el aire multitud de proyectos, debidos a una faceta de Clara que creo no se ha destacado a lo largo de los homenajes organizados en su recuerdo durante los últimos meses, se trata de su compromiso docente con la sociedad en general. Clara llevaba una “maestra” dentro, en el sentido amplio de la palabra, le gustaba enseñar y compartir, y no despreciaba a nadie que quisiera aprender. Cuando fundamos la Asociación de Amigos del Toledo Islámico, pensamos que no podía faltar en ella Clara; le planteamos la necesidad de que los ciudadanos no vinculados con la docencia y la investigación tuvieran ocasión de participar de sus amplios conocimientos sobre este período de la historia de Toledo, basados en el convencimiento de que Toledo, la ciudad que tan bien supo entender, no se salvará si los toledanos no quieren, y esto no se conseguirá nada más que mediante el conocimiento del inmenso valor de su historia. Se lo planteamos, e inmediatamente aceptó. La conferencia que pronunció en el Palacio de Benacazón el nueve de mayo de 1977, con motivo de la presentación de la Asociación constituyó nuestro primer éxito, e inició a los asistentes en los vericuetos del Toledo Islámico que tan magníficamente supo desentrañar. No podíamos imaginar que nos encontrábamos asistiendo a una de sus últimas charlas, Clara supo “enganchar” desde el primer momento al numeroso público presente en aquel acto que salió de él con ganas de haberlo prolongado mucho más, para seguir escuchando su amena y documentada lección. Desde la Asociación intentamos continuar el camino iniciado por Clara, manteniendo vivos los estudios y el interés por el Toledo Islámico. En este sentido, ella será siempre un punto de referencia obligado, su interés por Toledo la ha vinculado para siempre a la historia de la ciudad y al corazón de todos los que trabajamos por ella. ☞

ARMINDA LOZANO

ISEAHAN

Durante mucho tiempo estuve convencida de que la posibilidad de encontrar amigos, de anudar relaciones de auténtica amistad, más allá, por tanto del mero conocimiento profesional, vecinal o similar, acababa con la juventud y que una vez concluidos los años de estudiante, es decir esa etapa de idealismo, de apertura franca y desinteresada a los demás, era difícil incorporar al círculo íntimo nuevos afectos. He de confesar, sin embargo, que mi propia experiencia vital se ha encargado de demostrarme, afortunadamente, lo equivocado de tales pensamientos. Y una de esas personas que más decididamente contribuyeron a desmentirme, al entrar en mi vida bien pasado el periodo



Río Indo, 1994

aludido, fue Clara.

Había oído hablar mucho de ella a distintas personas de mi entorno cuando, en ocasión de uno de frecuentes viajes hacia países musulmanes, se produjo nuestro encuentro. Todos cuantos la conocimos sabemos la atracción que sobre ella ejercían, el magnetismo sentido por la cultura árabe, más allá de constituir el objeto de su quehacer profesional: se trataba de algo más, de una fascinación, de un sentimiento que podría tildarse de apasionado. Y no podía ser de

otro modo porque Clara sin duda lo era: esa pasión, uno de los rasgos más sobresalientes de su personalidad, la manifestaba en toda circunstancia, no sólo en momentos clave sino en los mínimos detalles de la cotidianidad, hasta me atrevería a decir de su propia apariencia física, y además la transmitía a cuantos la rodeaban; por eso no dejaba tampoco indiferente.

Siento un cierto pudor al evocar ahora únicamente uno de los recuerdos de los que me ligan a Clara: me produce un poco la impresión de minimizar con ello su figura, reducirla de tamaño, circunscribir una relación, creo que profunda y sincera, a un momento. Porque desde que comenzamos a conocernos, ella siempre fue para mí la amiga a la que estaba segura de encontrar cuando la necesitaba: no sólo estaba presente, como suele ser demasiado habitual, en las ocasiones agradables, sino en esas otras mucho más difíciles para las que se precisa el afecto de una amistad verdadera, para suavizar tensiones, deshacer malentendidos, la siempre ingrata tarea de interceder ante terceros, de dar la cara en definitiva... Pero es cierto que de todos los momentos que compartimos, en mi memoria Clara estará siempre unida al nombre de Isfahán. Durante ese día de abril, habíamos estado visitando ávidamente las riquezas artísticas de la ciudad, las mezquitas, el gran palacio con sus distintos aposentos y pabellones, el bazar, las compras, los inacabables e imposibles regateos...; por la noche, después de cenar, en ese rato dedicado a solazarnos con la tranquilidad y serenidad que emana de una conversación distendida entre amigos, dimos un paseo con un grupo, —solíamos hacerlo siempre que era posible—, pero cuando los demás optaron por retirarse a dormir, agotados como estábamos, Clara y yo decidimos continuar. La decisión pareció un tanto osada. Habíamos pasado ya en ese país alguna experiencia desagradable motivada por el rigor policial con los extranjeros, mejor dicho, con el atuendo de las extranjeras, que en mi caso, —no era en esa ocasión el suyo—, alcanzó una crudeza importante al ser arrestada durante una hora, junto a otras ocho compañeras de infortunio, por los así llamados "guardianes de la revolución" iraníes. Sin duda las dos percibimos el embrujo de esa noche única; por esa razón, y convenientemente ataviadas, casi disfrazadas, dejamos atrás sin titubear los fantasmas del miedo para poder disfrutar de ella: una temperatura moderadamente cálida, el aroma penetrante de los alhelíes, una luna casi llena, brillante y luminosa cuyo resplandor alcanzaba los rincones más inaccesibles....¿cómo escapar a ese hechizo?

Movidas por ese mar de sensaciones al que ninguno de nuestros sentidos era ajeno, dedicamos un buen rato a deambular por lugares ya visitados pero que en esos momentos, insertos en aquella atmósfera mágica, adquirirían unas matizaciones insólitas. ¿Cómo describir el impacto de unas cúpulas azuladas, tornasoladas, resplandecientes por el fulgor de la luna, del lejano rumor del agua que manaba de las fuentes, de los jardines y estanques plateados, donde a modo de escenario las sombras de árboles y edificaciones adquirirían las más caprichosas formas, envuelto todo ello con el perfume de las flores plantadas por doquier? Se nos antojaba ser las únicas personas vivientes en aquel universo singular y maravilloso, sensación potenciada por el hecho de que en aquellos momentos no había, en efecto, ningún otro ser humano a nuestro alrededor, cosa insólita en aquellas latitudes, y que lejos de inspirarnos el más mínimo temor, nos hacía sentirnos más conscientes de estar viviendo instantes maravillosos.

Así, en ese ambiente propicio para la fantasía y la confianza, sin querer sustraernos a esa tácita invitación de la naturaleza, dimos rienda suelta a nuestros pensamientos, transformándolos en comunicación abierta y sincera y que tanto contribuyó al descubrimiento recíproco, continuado y profundizado de manera decidida a partir de entonces. No fueron, pues, momentos especiales sólo por efecto de un placer meramente estético, producido por la contemplación de un espectáculo sin par. Hubo algo más y ese "algo" consistió en esa corriente cordial, espiritual, anímica surgida entre ambas. Yo no sé el efecto que tuvo en Clara esa experiencia común, nunca después lo analicé con ella, pero sí puedo confesar que en mí dejó una huella indeleble y aunque no sé qué me deparará la vida en lo sucesivo, siempre lo recordaré como uno de los momentos más impactantes y maravillosos de mi existencia. Gracias, mi querida Clara, por haberlo hecho posible. ☞

GUILLERMO ARAGONÉS TAPIA

«Ahora, junto a vosotros, no me importaría morirme»

Busco entre las fotos de la familia, alguna que muestre tu eterna sonrisa y paso con desaliento una tras otra. Sólo te encuentro en alguna Nochevieja de los últimos años, o en algún cumpleaños. Intento entonces comprender cómo era posible que nos conociéramos, si apenas, siendo como soy aficionado a la fotografía, son tan pocas las fotos que tengo tuyas. Es así como descubro en mi recuerdo imágenes sin papel totalmente vivas, como cuando nos encontramos una noche de verano después de una manifestación y subíamos la calle del Prado o Huertas, qué importa: sólo guardo la sensación de subir una cuesta por el centro de una calle, no pasaban coches porque tu llenabas la calle con tu sonrisa; la misma que recuerdan, estoy seguro, mis hijos y los hijos de Paloma, cuando jugabas con ellos, a veces haciéndoles rabiarse o entregándoles los regalos que les traíais Juan Ignacio y tú de vuestros viajes. Esto trae a mi memoria un viaje maravilloso que hicimos juntos a Toledo y en el que comencé a descubrir otra Clara, la profesora de arte que yo no intuía y que a cualquier alumno le hubiera gustado tener. Tu forma de enseñarnos esa maravillosa ciudad hacía tan fácil su comprensión para unos neófitos en el arte como nosotros, que sólo era posible por el entusiasmo con que vivías tu profesión; luego con el tiempo me enteraría que tú eres punto de referencia para los estudiosos del arte árabe, toda una sorpresa, pues tú nunca te vanagloriaste de ello. De lo que sí estabas orgullosa era de tu maternidad. No se me olvida tu expresión cuando tenías a Blanca entre tus brazos, la sonrisa de tu boca y el chispear de tus ojos, más intenso que cuando apurabas con Neni las últimas gotas de champán en Nochevieja. Siento una gran emoción cuando empiezo a recordar esa etapa en la que más cerca estuvimos, y creo que no sólo Neni y yo, sino también Juan Antonio y Paloma y mis padres, que habían intentado con su cariño aliviar la pérdida de los tuyos, pasamos más tiempo junto a ti que en todos los años anteriores. Descubrí tantas cosas que no conocía de ti: Tu humor incontenible hasta en los peores momentos; tu fuerza para seguir adelante; tu abnegación para consumir con los tuyos hasta los últimos instantes de vida. Y también tus miedos. Pero, sobre todo, descubrí la importancia que tenían para ti tus amigos, tu fidelidad y tu cariño hacia ellos. Me impresiona todavía aquel comentario tuyo, ya casi en los últimos días, a algunos de tus más íntimos, “Ahora, junto a vosotros, no me importaría morirme”. Tú intuías que el final del camino estaba cerca y nosotros comenzábamos a experimentar la negrura de la soledad que nos esperaba. ☞



PATROCINIO LÓPEZ HERRADA

Genio y figura

Clara, como bien dijo Juan Ignacio en alguna de aquellas reuniones de amigos que se producían a la puerta de su habitación en el hospital, cuando ya no cabíamos dentro, era, según la castiza expresión, “Genio y Figura”. Lo tenía todo: un físico atractivo, una vitalidad y gracia de movimientos de gran señora



de la escena y una sonrisa absolutamente adorable. Su mera presencia corporal, tangible, era ya todo un reclamo para los que la rodeaban. Y qué decir de su “genio”, de su carácter. Yo, que en mi haber no tengo más de cinco años de amistad con ella —la conocí en el 94— he quedado impresionada por una de las personas más magnéticas —si no la que más— que he conocido en mi vida. Reunía muchas virtudes, tantas, que era más humana que nadie, pero a la vez,

paradójicamente, y tal vez por esa misma razón, estaba por encima de todos, era una especie de ídolo.

De nuestros encuentros con ella, recuerdo, por ejemplo, las visitas que hicimos Jaime y yo a Ballesteros. En una ocasión, en pleno agosto y en las horas centrales del día, nos llevaron (Juan Ignacio y Clara) al Castillo de Calatrava. Era sorprendente verla recorrer el recinto con aquella expresión de éxtasis y disfrute, como si fuera la primera vez que visitaba aquellas piedras, cuando imagino que habría ido decenas de veces con todos sus amigos. También resultaba increíble cómo ese pueblo, que para mí era desangelado y reseco, se transformaba a través de sus historias y paseos ilustrativos en un lugar con una entidad y valor especiales. Luego están las visitas a la feria de ARCO, con Blanca aún en el cochecito, Clara valorando juiciosamente las obras de arte allí expuestas y Juan Ignacio haciendo comentarios marginales al paso de las “tías buenas”, y las comidas y cenas en su casa de Quevedo, donde éramos testigos y partícipes de sus cotidianidades conyugales y paternas y donde conocimos a tantos de sus amigos.

La última vez que estuvo en nuestra casa de Vallehermoso fue realmente memorable. Ya estaba muy enferma, corría el mes de julio pero, a pesar de los dolores que sufría, y que se guardaba para ella sola, nos deleitó a todos con una noche fabulosa. Nos relató, mano a mano con Juan Ignacio, las peripecias de su viaje a Guinea, con las que nos reímos muchísimo, a pesar de que la cosa a veces adquiría tintes casi trágicos. Y es que Clara era divertidísima y sabía contar muy bien las cosas.

En el curso de su enfermedad,

durante las visitas al hospital, tuve un contacto continuado e intenso con muchos de sus amigos y gracias a ellos aprendí y conocí mucho más sobre Clara y de Clara. Todos aquellos relatos aumentaron mi admiración y cariño hacia ella y el deseo de pertenecer por derecho propio y por siempre ya a su mundo.

Cuando la visitaba en el hospital me invadían sensaciones contradictorias. Por un lado, era gratificante estar a su lado, ver lo contenta que le ponía la visita, sus ganas de participar con todos en risas y “disparates” sobre cuestiones nimias o importantes, recibir aquellos consejos que te daba poniendo todo su interés y emoción —recuerdo que una noche me decía que ya iba siendo hora de que yo tuviera hijos y mostraba tanto afán y empeño en el tema que aquello pasaba a primer plano, por encima de su propio y agudo malestar físico, al que no se dignaba hacerle el menor caso— admirar su entereza y buena disposición, de forma que, a mí al menos, siempre que daba la impresión de que los aciagos dictámenes médicos estaban equivocados, tenían que estarlo, y que todo iba a dar un vuelco en cualquier momento. Por otro lado, era desgarradora la constatación de su estado real, de su deterioro y de la imposibilidad de hacer nada realmente útil por su vida. Para mí fueron días terribles, en los que a veces me venía a la mente ese verso del “Poeta en Nueva York” de Federico García Lorca que dice: “... y la vida no es buena, ni bella, ni sagrada”. En aquellos momentos, tampoco me lo parecía a mí y no lo era en absoluto para Clara.

Clara se ha ido anticipadamente, inmerecidamente, irremediabilmente. Nos ha dejado una gran tristeza. Sólo queda el consuelo de su recuerdo dulce, inteligente y sonriente. ☞

CARMEN DELGADO PIEDRABUENA

«CLARA SIGUE PRESENTE EN TODOS NOSOTROS»

Conocía a Clara desde niña; entonces la veía como una persona inalcanzable. Pasó el tiempo y, al relacionarme con ella, empezó a ser una maestra y, lo que es más importante, una gran amiga, que me elogiaba en las pequeñas cosas y cuyos consejos me daban fuerza y firmeza. Su sonrisa era acogedora y cálida, su genio era vital en su personalidad. Tenía un don especial para ambientar fiestas, sobre todo las del cumpleaños de su hija, su «coranzocito»; se desenvolvía con facilidad en todo tipo de ambientes, y lo que era típico en su relación es que te sentías persona, su presencia te reconfortaba, te animaba a seguir adelante.

Ella era el centro del pueblo, tanto en las conversaciones transcendentales como en las tertulias. Su sentimiento por la familia, en su sentido más amplio, era fortísimo, su casa siempre tenía las puertas abiertas, era acogedora, y de modo especial para los niños.

El comportamiento que mantuvo con sus padres fue admirable, a pesar de haberse criado y educado fuera del ambiente familiar. Su vida en pareja se vio alterada por la presencia, vejez y enfermedad de sus padres, a los que dedicó no sólo tiempo, sino todo el cariño de que sólo ella era capaz de dar.

Mi pequeño parentesco con ella se hizo intenso y profundo cuando en una ocasión especial me manifestó que cuando venía al pueblo me sentía como una hermana: esta afirmación me hizo engrandecerme y ver que mis sentimientos eran mutuos, que, aunque yo los silenciaba, eran manifiestos.

Yo, que soy una mujer de pueblo, con escaso nivel cultural, quiero agradecer este hueco en el que dejar constancia de lo mucho que añoro a Clara. Todos los amigos de Clara, que me conocéis como «Carmen la del pueblo», estaréis de acuerdo conmigo en que estas líneas se escriben por la ausencia física de Clara, ya que su aliento y su espíritu siguen presentes en todos nosotros. ☞

IV. DE LA PRENSA,
HOMENAJES, ETC.



PILAR RUIZ-VA PALACIOS

El hueco donde no está Clara Delgado

(*A distancia*, UNED, vol. 16, num.2, pág.39)

Se la veía llegar nimbada de fuego, la sonrisa ancha de manchega, el guiño de aquellas medias insólitas... una puesta en escena capaz de desconcertar las conciencias del «como es debido». Fue un ser tan singular en este reino de lo predecible que, aunque no fuera su propósito, caminaba permanentemente sobre el riesgo de atraer juicios apresurados. Porque su conducta era fronteriza entre dos universos estéticos. ¿Éticos también?: A juzgar por el biombo de vitalidad y de optimismo con el que tuvo la exquisitez de ahorrarse a su entorno la lamentable carrera de obstáculos de los últimos años de su vida, es muy probable que así fuera. Abona esta hipótesis el que, si bien solía desmitificar ciertos tópicos de comportamiento académico, nunca se permitió desatender sus competencias profesionales. Estremece la evocación de su empeño en derrochar el riego por aspersión de su alegría, aun cuando anticipara el pronóstico de su mal.

Hay un espacio donde no está Clara. Queda el hueco del perfil de libertad que de ella emanaba, la carencia de su risa fresca en los saludos cotidianos, la nostalgia de su color limpio contra la rutina y, sobre todo, queda la certeza absoluta de la satisfacción que le hubiera producido estar ahí, y comprobar cuánto nos hace falta. ☞

JUAN MENESES

A Clara Delgado

(*ABC de Toledo*, 13/10/98)

Me enteré de la triste noticia, tarde, justamente hojeando tu curriculum. Qué lástima que una persona como tú, tan alegre, jovial y con esas ganas de vivir, estudiar, trabajar y hacer cosas, con ese largo historial lleno de méritos, estudios y trabajos, se haya ido. Aunque nos viéramos poco, quiero tener la ilusión de que me considerases amigo.

Nos vimos por última vez, en dos ocasiones, antes del verano, con tu personalidad de siempre, y así te recordaré. Al poco tiempo me hablaron de tu enfermedad, no me lo quería creer, y te agradezco que si lo sabías entonces, no me lo dijeras. Mientras preparaba los planos para tu estudio de las murallas de Toledo, hablamos de muchas cosas: de Toledo, que es nuestra ilusión común; de un posible trabajo, en el que en seguida te ofreciste a ayudarme; también hubo hueco para hablar de nuestras penas, tú de tus padres y yo de mi hijo José María; de nuestra época de la Universidad (tú de profesora y yo de alumno).

Siempre intentaba superarme en tu asignatura; empecé con aprobado y terminé con notable; recordamos con una fotografía la cita de una poesía de la Alhambra, en un examen de tu asignatura de Historia del Arte y, cómo no, recordamos con alegría mi célebre frase antes de los exámenes contigo: «Que Dios reparta suerte, porque si reparte Justicia, vamos de cráneo».

Hoy quiero, en tu honor, cambiar esa frase: «Que Dios reparta Justicia, ya que la suerte te ha abandonado, y te dé un sitio privilegiado allá arriba, que estudies el «Arte Celestial», el único que ya te falta por conocer, y algún día nos lo puedas enseñar a tus alumnos».

Creo que esta es la mejor forma de mantener viva a una persona: recordándola. Sirva esta carta de oración y homenaje, en mi nombre y creo que también en el de tus antiguos alumnos del Colegio Universitario de Toledo. ☞

ESPERANZA MARTÍN MONTES

CLARA DELGADO:

EL VALOR DE LA GENEROSIDAD

(*Tulaytula*, número 3, pp. 9-10)

Ha muerto Clara Delgado Valero. Y me cuesta decirlo, escribirlo, pensarlo y, sobre todo, sentirlo.

Nos dejó el 1 de octubre pasado des-

te. Tuve suerte porque yo fui alabada, desde el día que nos conocimos, con su amistad, ya que la generosidad reconocida de Clara le hacía imposible relacionarse o mantener una falsa actitud con aquellos a quienes no considerase sus amigos. La gran afluencia de éstos, primero a visitarla al hospital y después acompañando a sus familiares en su muerte y funeral, dan testimonio de lo que acabo de afirmar.

Nos vimos por vez primera en diciembre de 1982, cuando Clara se encontraba estudiando la iglesia toledana de San Lorenzo, recabando información para su futura y es-



Toledo, junio de 1987

pués de sufrir y enfrentarse, con su acostumbrada y, a veces, sorprendente vitalidad, a una enfermedad grave.

Injusta, por lo temprana, marcha. Tenía 46 años. Ya sabemos que es habitual alabar al que se ha ido aunque fuese ciego al calor moral y no lo mereciera (si es que existe alguien que no lo merezca). Pero elogiar a Clara —y esto sí que no me cuesta— es una tarea fácil. Y además no puede sonar a falso.

Por encima de lo protocolario escribo. Escribo a pesar de que se me agrieten las palabras y lloren los pensamientos, como no más de los beneficiados por su amistad. Tuve suer-

pléndida tesis doctoral sobre el Toledo Islámico, convertida en la actualidad en obra de referencia inexcusable para cualquier investigador o estudioso que se sienta atraído por una cultura —la islámica— tan plena de sugerencias y cualidades estéticas y vitales, a la que Clara nos enseñó a ver con otros ojos.

Entonces yo cursaba el segundo año de mis estudios universitarios de Geografía e Historia y me di a conocer a Clara con la intención de ser admitida en las excavaciones que dirigía en la iglesia citada, como así fue.

Desde aquel momento y en la práctica totalidad de las que, más tarde, realizará en la

ciudad, o en más certeros términos «su ciudad», la que hoy lamenta su ausencia, tuvo la gran fortuna de trabajar a su lado y de disfrutar de su confianza.

Siempre me animaría con sinceridad e insistencia a esforzarme en el estudio por conseguir la licenciatura en la especialidad de Historia del Arte —como la suya— a la que me consideraba especialmente inclinada y que, fiel reflejo de la historia de las mentalidades, tanto nos fascinaría a ambas.

Con el tiempo compartí no sólo amistad, sino también algo de lo que me siento profundamente satisfecha, la investigación sobre distintos aspectos arquitectónicos de Toledo y varias poblaciones de su provincia, que verían la luz con posterioridad en forma de publicaciones. Debo decir con orgullo que el primero de mis libros publicados fue gracias a su directo encargo.

Clara construyó importantes edificios intelectuales: sus obras. Después del acontecer natural de la muerte, son éstas las que nos han quedado y con ellos parte de su valioso ser. Sus investigaciones traslucen un itinerario profesional y humano, adjetivado por la calidad, rigor y sensibilidad al que muy pocos tienen acceso o saben llegar.

Cada persona es ella misma, Clara fue tan ella misma que no se la puede sustituir, tan sólo suceder, por mucho que algunos intenten apoyarse en el frágil andamiaje de las palabras.

Viene a mi memoria una frase del Alcorán donde se dice que debajo de los pies de una madre se encuentra el Paraíso. Verdad Absoluta. Alegrémonos, pues Clara nos ha dejado un —ahora pequeño— regalo: su hija, Blanca, en la que, sin duda, su querido esposo y compañero —Juan Ignacio— hallará el Paraíso que le supo transmitir su madre.

Espero, deseo, estoy segura que donde estés premiarán tu generosidad. El valor de tu generosidad.

Vuelen contigo Clara, mis sentimientos de gratitud.

Para siempre. ☞

MIGUEL ÁNGEL LARRIBA

Adiós, Clara

(Tulaytula, número 3, pp.7-8)

El pasado 1 de octubre fallecía en Madrid, víctima de una cruel y vertiginosa enfermedad, a la edad de 46 años, la profesora Clara Delgado Valero, socia fundadora de nuestra Asociación, y cuya brillante labor docente y científica la habían ya consagrado como una de las más prestigiosas expertas de nuestro país en el estudio del arte islámico, con particular referencia a Toledo, donde desarrolló la mayor parte de su trabajo investigador.

Nacida en la localidad ciudarrealena de Ballesteros de Calatrava, su extenso y envidiable curriculum constituye un claro reflejo de su incansable dedicación profesional. Maestra de Primera Enseñanza, en 1972; licenciada en Geografía e Historia, sección de Historia del Arte, en 1980; doctora en Historia del Arte, en 1985, su tesis doctoral Formas islámicas toledanas, obtiene la calificación de apto cum laude. Su labor docente se inicia en 1980 como profesora de clases prácticas en Universidades Norteamericanas Reunidas (Facultad de Filosofía y Letras de la Complutense). De 1984 a 1989 ejerce como profesora encargada de curso en el Colegio Universitario de Toledo, desde donde pasa a la Universidad Nacional de Educación a Distancia como profesora en el Departamento de Historia del Arte de la Facultad de Geografía e Historia, del que era titular en el momento de su fallecimiento.

Pero si importante fue esta actividad docente, Clara Delgado destacó, sobre todo, por su valiosa y extensa labor investigadora que tuvo un especial punto de referencia en Toledo, donde, a lo largo de la década de los 80, dirigió numerosas excavaciones tales como en la iglesia de San Lorenzo, aljibes de la calle del Ángel, baños de Caballel, capilla de Belén, del convento de Santa Fe, claustro anejo a la iglesia de San Andrés, o la iglesia de San Sebastián. Fruto de estos y otros trabajos «a pie de obra», fue una larga sucesión de publicaciones recogidas en libros —entre el que cabe destacar su excepcional Toledo Islámico, obra de referencia obliga-

toria para todos los estudiosos y amantes de ese período histórico en nuestra ciudad— o en ediciones especializadas y de divulgación histórica y cultural, así como trabajos de investigación, inventarios, memorias, comunicaciones y ponencias presentadas en congresos o dando forma a un sinfín de cursos y conferencias impartidos en multitud de foros.

Por lo que respecta a nuestra asociación, Clara ha representado un puntal valiosísimo. Socia fundadora, desde el primer momento acogió con entusiasmo el proyecto, aportando sus conocimientos, su experiencia, sus ideas y cuanta ayuda le fue posible. Tuvimos el privilegio de contar con ella, como conferenciante, en la presentación pública de la Asociación en Toledo, el 9 de mayo de 1997. No podíamos imaginar que nos halláramos asistiendo a una de sus últimas charlas, pero, como si de un deseo premonitorio se tratara, el numeroso público asistente a aquel acto salió de él con ganas de haberlo prolongado mucho más para seguir escuchando la amena y documentada lección de Clara, a pesar de que ella había sobrepasado con creces el tiempo que se le había fijado, para dicha del auditorio y desesperación de los organizadores.

Los actos de celebración del Milenario de la Mezquita del Cristo de la Luz y, en particular, la organización del Congreso Internacional y la Exposición que nos proponemos llevar a cabo, eran tareas que había asumido con inusitado interés y a las que, hasta que la grave enfermedad que padecía le fue minando su desbordante vitalidad, dedicó con entusiasmo y profesionalidad su trabajo, dejándonos con su ausencia un vacío que será muy difícil llenar.

Tampoco podremos contar con su presencia física en la ya inminente presentación de la Guía del Toledo Islámico, realizada por la Asociación y editada por la Consejería de Cultura, donde nos cabe el consuelo de poder sacar a la luz el que ha debido ser su último trabajo. Un legado póstumo que nos va a permitir mantenerla viva a través de la lectura de unas páginas que fueron fruto de su gran pasión investigadora. ❧



Pakistán, 1994

VÍCTOR NIETO ALCAIDE

Sobre nuestra compañera Clara Delgado Valero

(*A distancia*, UNED, vol. 16, num.2, pp.37-38)



Madrid. 1995

El pasado 1º de octubre falleció en Madrid Clara Delgado Valero, profesora titular de Historia del Arte Antiguo y Medieval de la Facultad de Geografía e Historia de la UNED. Su muerte no sorprendió a quienes habíamos seguido con angustia su enfermedad durante los últimos meses. La muerte en plena vida de una compañera que ha trabajado junto a nosotros, compartiendo los afanes e inquietudes, las satisfacciones y los momentos amargos de la vida universitaria, es siempre un hecho triste, dramático y desolador. Pero en el caso de Clara Delgado lo ha sido mucho más debido a la proyección que ha tenido su dedicación a la docencia, lo impagable de su densa y profunda labor investigadora y, sobre todo, su excepcional condición humana que, aunque sea difícil de imaginar, supera con creces a todas sus demás virtudes. Su carácter ale-

gre y vitalista, su franqueza, su participación apasionada en todas las cuestiones relativas al departamento y su gran sentido de la amistad, han sido una suma de actitudes bien conocidas por todos los que la trataron. Pero, sobre todo, debe destacarse su generosidad. Su generosidad con los alumnos, con sus compañeros del departamento, de la facultad y de la universidad, con sus amigos y conocidos y con todo aquel que haya tenido la suerte de conocerla y de tratarla. Un carácter espontáneo, jovial y alegre, capaz de dinamizar y equilibrar, al mismo tiempo, toda reunión o proyecto en los que participó, y que discurría paralelamente con el rigor, coherencia y continuidad de su labor docente e investigadora.

Clara Delgado se licenció en Historia del Arte por la Universidad Complutense en 1980. Cinco años después se doctoró por esta

misma universidad con su tesis *Toledo islámico: ciudad, arte e historia*, publicado dos años después (Toledo, Caja de Ahorro de Toledo, 1987) y que desde su aparición se convirtió en una obra fundamental que avalaba un profundo conocimiento sobre el arte musulmán y que la convirtió en una referencia imprescindible para todo estudio relativo a este tema, al igual que otros estudios sobre arquitectura toledana, como sus *Materiales para el estudio morfológico y ornamental del arte islámico en Toledo* (Toledo, Consejería de Educación y Cultura, 1987), o su trabajo, en colaboración con María Teresa Pérez-Higuera, *Toledo islámico y mudéjar* publicado en la obra colectiva *Arquitecturas de Toledo* (Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1991).

A partir de estos trabajos su investigación sobre el arte mudéjar e islámico en Toledo y su participación en excavaciones (Iglesia de San Lorenzo, los Aljibes de la Calle del Ángel, los Baños del Caballel, claustro anejo de la iglesia de San Andrés) y campañas arqueológicas y estudios sobre la arquitectura gótica de finales del siglo XV, fueron constantes. Esta labor se pone de manifiesto en sus puntuales y numerosas ponencias y comunicaciones en simposios y congresos. Fue una actividad en la que empezó a participar a poco de obtener su licenciatura en Historia del Arte, como en el *Simposio Toledo Hispanoárabe* (Colegio Universitario de Toledo, 1982), *las Jornadas de Cultura árabe e islámica* (Instituto Hispano-Árabe de Cultura), o el *II Congreso Internacional de Estudios Mozárabes* (Instituto Provincial de Estudios Toledanos, 1985). Clara Delgado mantuvo con entusiasmo esta actividad hasta que se lo permitió su salud.

La investigación de estos aspectos del Toledo islámico y mudéjar, al igual que otros muchos que no cabe reseñar aquí, tuvieron una correspondencia con su actividad docente iniciada en 1984 en el Colegio Universitario de esta ciudad. Sin embargo, su verdadera realización como profesora universitaria tendría lu-

gar en la Facultad de Geografía e Historia de la UNED en la que la muerte ha cortado su brillante carrera académica. En 1989 ganaba el concurso convocado por el departamento de Historia del Arte de la UNED para cubrir una plaza de profesor asociado, y un año después, en mayo de 1990, obtenía por oposición la plaza de Profesora Titular de *Historia del Arte Antiguo y Medieval* de este mismo departamento.

Clara Delgado siempre entendió la enseñanza como una actividad íntimamente unida a la investigación. Sus publicaciones, al igual que los cursos de doctorado impartidos por ella en nuestra facultad, son un claro exponente del rigor que debe orientar la enseñanza universitaria. Pero, también por exigencias docentes, Clara Delgado no tuvo inconveniente en descender a la realización de obras de síntesis de carácter didáctico, como el librito (*El Arte del Islam*, Madrid, Anaya, 1991) o su colaboración en la *Historia del Arte* de Alianza Editorial (Madrid, 1996).

Pocas horas antes de que falleciera Clara Delgado, el mismo 1 de octubre, en el XII Congreso del Comité Español de Historia del Arte celebrado en Oviedo, en una ponencia sobre el estado de la investigación de la Historia del Arte en España, se hacía referencia a la necesidad de potenciar los estudios de arte hispanomusulmán debido a que el número de investigadores dedicados a ellos no se correspondía con su importancia. La muerte de Clara Delgado nos ha privado de uno de sus mejores conocedores de este período del arte español. Hasta el punto de que cabe hablar de un antes y un después de las investigaciones de Clara Delgado Valero sobre arte hispanomusulmán. En la Facultad de Geografía e Historia y especialmente en el Departamento de Historia del Arte de la UNED la muerte de Clara Delgado ha creado también un antes, marcado por la huella de su trabajo y amistad, y un después, definido por su permanente ausencia. ❧

Francisco Masa

Clara Delgado, en el recuerdo

(Añil, cuadernos de Castilla-La Mancha, número 16, pág. 87)

No recuerdo bien cuando conocí a Clara, si es que el conocer a alguien puede tener fecha de inicio o de caducidad, como si de un elemento de consumo se tratara. Clara era de esas personas a las que crees que conoces desde siempre, «de toda la vida», de esas personalidades arrolladoras que apenas te dejaba pensar un momento...

Nacida en Ballesteros de Calatrava (Ciudad Real), no se puede decir de ella que fuera una manchega «al uso», aunque su carácter extrovertido recordaba mucho al de las gentes que habitan los pueblos de La Mancha. Desde siempre lo suyo fueron las letras y por eso empezó por hacerse maestra, más por inquietud que por vocación. Pronto esa misma inquietud le hizo encaminar su vida profesional hacia la Historia del Arte, licenciatura que consiguió en 1980, y que a partir de este momento marcaría su vida profesional y, yo diría, vocacional, pues dedicó todo su tiempo a explorar el Arte (con mayúsculas) ligado al mundo islámico, estudiando la arquitectura y la decoración, viajando a países del próximo y lejano Oriente y estableciendo en Toledo su punto de referencia en la investigación de la ciudad que los árabes fueron transformando durante tantos años.

Desde 1984, Clara comenzó a ligar su vida y profesión a Toledo donde ejerció su labor docente dando clases de Historia del Arte en el Colegio Universitario hasta 1989, doctorándose en historia del Arte, y desarrollando una labor investigadora en el campo de la arqueología, que desentrañó algunas de las claves de la ciudad medieval que hoy sirven para comprender mejor las trazas urbanas y el modo de vida de aquellos toledanos. Excavaciones en la Iglesia de San Lorenzo, en los Aljibes de la Calle del Ángel, en los Baños del Caballero, en el Claustro anejo a la Iglesia de San Andrés... y el estudio (sin duda el más completo efectuado hasta la fecha) histórico-artístico del Convento de Santa Fé, fueron algunos de aquellos trabajos de campo que, ayudada por grupos de entusiastas universitarios (Esperanza, Mald, Julián ...), contribuyeron a descubrir las claves enterradas durante tantos siglos. Fueron años de una gran actividad investigadora que tuvieron su fruto con un sinfín de publicaciones y artículos sobre Toledo: Arquitecturas de Toledo; Formas islámicas toledanas; Materiales para el estudio morfológico y ornamental del arte islámico en Toledo; Ciudad, plaza y monumento; Toledo, arqueología en la ciudad.. para culminar con el imprescindible Toledo Islámico: ciudad, arte e historia que se ha convertido en el auténtico manual para conocer, y reconocer, la ciudad que ella fue buscando rincón a rincón; desentrañando los misterios de aquellas mezquitas que, convertidas en iglesias con el paso del tiempo, se ocultaban a los ojos de los profanos en la materia; rescatando de la memoria histórica los baños árabes que se escondían en los sótanos de tantas casas toledanas; redescubriendo, en definitiva, los entresijos de la ciudad árabe escondida.

Su periplo toledano no acabó en aquel 1989 en el que comenzó a desempeñar su trabajo docente en la Universidad Nacional a Distancia impartiendo la asignatura de «Historia del Arte Antiguo y Medieval», sino que desde ese momento y hasta estos días compatibilizó la docencia con una incansable labor investigadora que le llevaba a preparar en la actualidad dos publicaciones: Arte en la Antigüedad y Arte del Islam (dentro de un Manual de Historia del Arte).

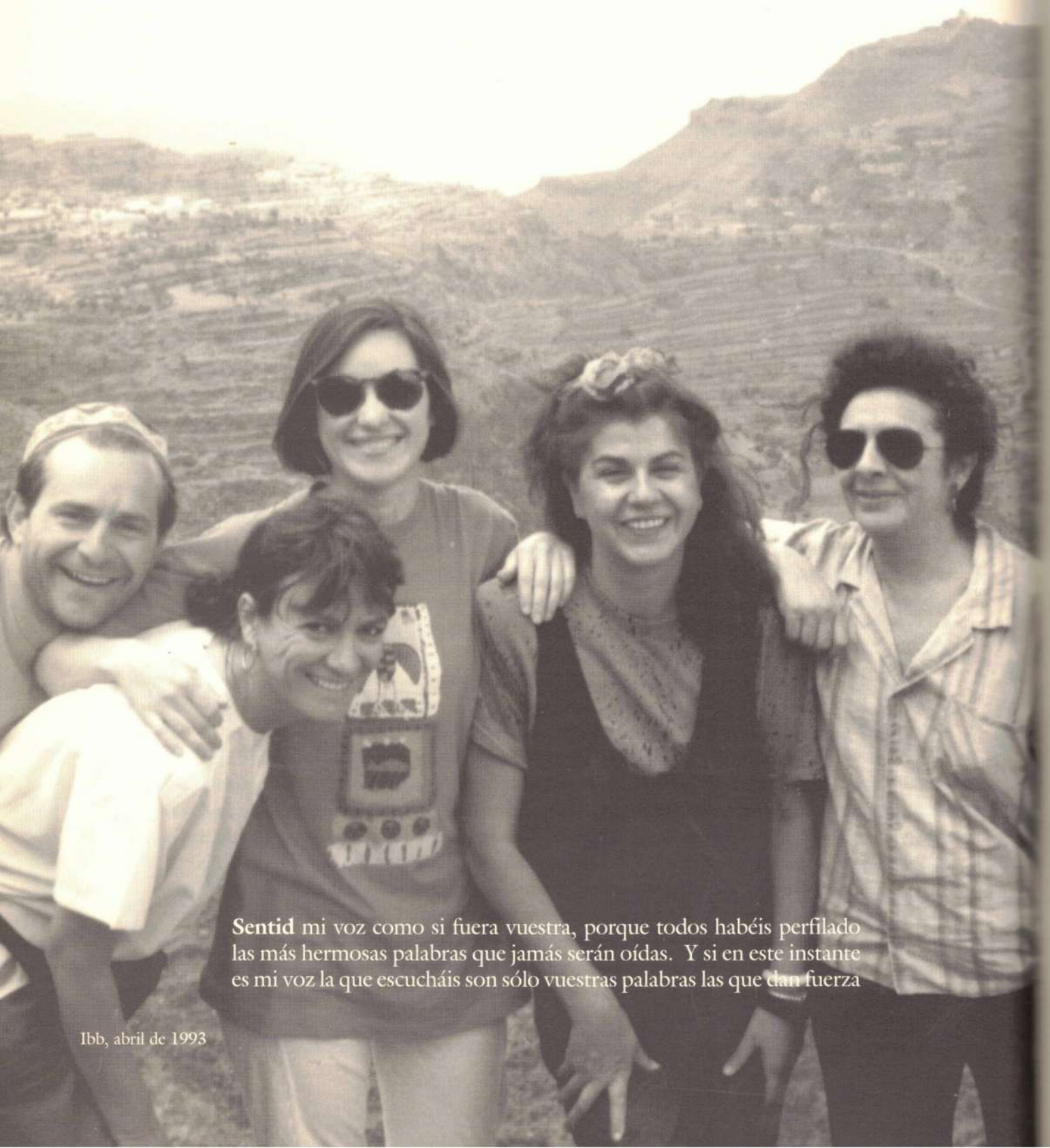
Clara Delgado podría ser definida de muchas maneras: trabajadora, incansable, amiga... pero sobre todo habría que destacar la ayuda y colaboración que prestó a tantos y tantas estudiantes que empezaban sus primeros trabajos, supervisándolos e introduciéndolos en los primeros pasos de la investigación arqueológica que, en aquellos momentos, tantas dificultades tenía en una ciudad como Toledo, donde acercarse a una obra con «trazas» de arqueología se convertía en poco menos que una aventura...

Clara se quedó para siempre en la memoria de Toledo el 1 de octubre de 1998.

A CLARA

Jaime Alvar Ezquerro

(Texto leído en el acto de despedida
celebrado en el crematorio de La Almudena)



Sentid mi voz como si fuera vuestra, porque todos habéis perfilado las más hermosas palabras que jamás serán oídas. Y si en este instante es mi voz la que escucháis son sólo vuestras palabras las que dan fuerza

a esta despedida, mientras cuento cosas como a Clara le gustaba.

Despacio se iba acabando el verano y de pronto, Clara, nos has aturcido con un gélido otoño. Este frío es la afilada hoja que corta el hilo de vida que aún nos unía. Te has ido aferrada a la vida. A borbotones, como la viviste. Y ahora hemos sabido que a la rama no vuelve la flor caída.

Desafiaste, altanera, al destino banal para el que naciste. Y con la fuerza irritante que jamás te abandonó cerraste las puertas a un pasado que sólo ahora, al final de tus días, reclamaba el peaje de una vida de abandono. Pero, en realidad, sólo tú y quien contigo el calendario iba deshojando sabéis qué de vuestra vida el cuidado a tus padres os ha arrebatado.

Aún niña, desde el Campo de Calatrava oteaste el horizonte y te impusiste metas inalcanzables, para otros regaladas. ¡Cuánto esfuerzo para burlar al destino! Con orgullo nos has ofrecido a través de los años tu dedicación al arte y al morerío.

En la siguiente encrucijada retaste con éxito a la maternidad amenazada. No es posible que Némesis, la diosa vengadora del sino afrentado, permaneciera impasible. Y frente a quienes se complacen con el tópico de la injusticia que supone una muerte prematura, recordaremos que devoraste voluntariamente los años que el destino mezquino te había reservado en un tedioso hogar aldeano que nunca para ti soñaste. Por aquella elección no podrás recitar el *haiku* de Saikaku:

*Ver la luna
de este efímero mundo
dos años más
me fue concedido.*

No podía la enfermedad traicionera perdonar tanto abuso de libertad. Pero nunca podrá arrancarnos la imagen de tu risa generosa que la vida te permitió pasear con descaro recorriendo geografías tan ocultas que ni siquiera encontrábamos en los mapas. Nunca olvidaré aquel atardecer en Dogubayazit que conservo unido al sacrificio

cobrado en forma de tu muerte por nuestra felicidad de antaño.

Mirando hacia atrás vemos cómo creías y desteñías a tu antojo, no como una Penélope desesperada y pasiva, sino arribando como Ariadna el futuro inminente, el único futuro posible para quien se sabe humana, mortal.

Tres regalos nos dejas en este mundo infernal en el que, sin embargo, creste el aroma del azahar y un madroño en tu terraza.

Uno es el talismán de tu atrevida amistad, esa caricia fresca que cada uno de nosotros ha de recordar como regalo particular, por la que si un solo instante te has sentido sola. ¡Cuánto cariño indiscriminado del que nunca esperaste cosecha! De Forjido a Quevedo aprendimos cuántas gentes distintas hay en este mundo. Nunca estuvo tu puerta para nadie cerrada. Cuando salían de tu casa, todas las bocas estaban saciadas, de risas, de comida, de bebida, de palabras. ¿A quien extraña que el tiempo a ellos dedicado se convierta ahora en lágrimas?

Las otras dos dadas son más personales. Primero, este Juan Ignacio entrañable que, conmovido, renuncia a pronunciar tu elogio fúnebre y me otorga el privilegio de tomar mi voz prestada. Ojalá no defraude yo a quien con tanto amor me hace esta entrega; por él elijo este poema:

*Aunque tú no estés, mis ojos
de ti, de todo, están llenos.
No has nacido sólo a un alba,
sólo a un ocaso no he muerto.*

*El mundo lleno de ti
y nutrido el cementerio
de mí, por todas las cosas,
de los dos, por todo el pueblo.*

*En las calles voy dejando
algo que voy recogiendo:
pedazos de vida mía
perdidos desde muy lejos.*

*Libre soy en la agonía
y encarcelado me veo
en los radiantes umbrales,
radiantes de nacimientos.*

*Todo está lleno de mí
de algo que es tuyo y recuerdo
perdido, pero encontrado
alguna vez, algún tiempo.*

*Tiempo que se queda atrás
decididamente negro,
indeleblemente rojo,
dorado sobre tu cuerpo.*

*Todo está lleno de ti
traspasado de tu pelo:
de algo que no he conseguido
y que busco entre tus huesos.*

(Miguel Hernández)

El último envoltorio guarda, querida, la joya más valiosa que sufre turbada esta definitiva ausencia. En ella depositaste la confusión de tu nombre y ahora Clara se transforma en Blanca, como si hubieras querido que en nuestra torpeza perdurara aún más tu recuerdo. Ayer, en su manita había dibujado sobre un corazón verde una enorme M: "¡para acordarme de mamá!" ¡Pobre, aún no sabe que el mundo será para ella un código de evocaciones maternas!:

*Mamá, cuando miro la luna
te siento plata.*

Ojalá te alivie saber que ambos están en buenas manos. Tu hija crecerá a nuestro lado y sabrá por nuestros labios que le enseñaste con tu ejemplo qué es la dignidad. Y su padre continuará con la lección segunda por la que se aprende a distinguir el bien del mal.

Nosotros, atentos, seguiremos el curso. Por Navidad fiesta, en verano vacación y cuando llegue el otoño, año tras año, se desprenderá involuntaria una clara lágrima por nuestra pálida mejilla. Tu nombre abrasará la garganta.

Clara, gracias por haber nacido.
Gracias por tu sonrisa. Gracias por habernos querido.

(Madrid, uno de octubre de 1998)

JAIME ALVAR EZQUERRA



Nimrud, Semana Santa de 1989

MARÍA TERESA PÉREZ-HIGUERAS

CLARA DELGADO VALERO, INVESTIGADORA DEL TOLEDO ISLÁMICO

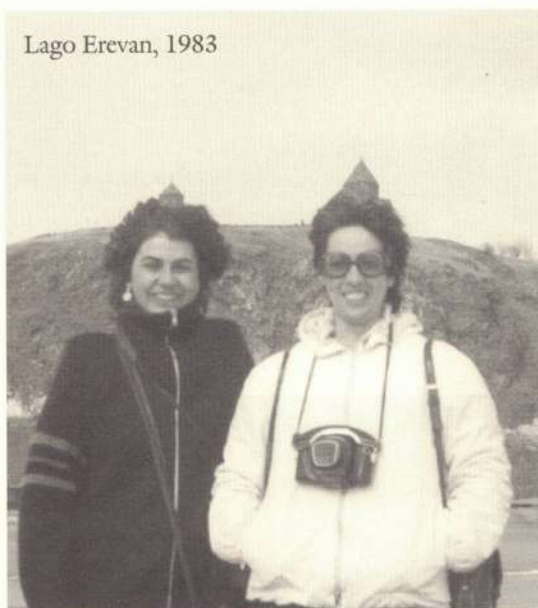
(El País, 13/10/98)

El pasado 1 de octubre fallecía Clara Delgado, profesora de la UNED, destacada especialista en arte y cultura musulmanes, cuya tarea docente e investigadora siempre fue unida a un carácter vitalista que la hacía punto de referencia científico y personal en los medios universitarios por los que pasó. Ha sido una muerte prematura, y aunque desgraciadamente esperada en los últimos meses, no por ello menos dolorosa para tantos amigos y compañeros que aprendieron de su trato no sólo los recovecos de sus conocimientos sobre la cultura islámica, sino de modo especial el compromiso profesional con que abordaba su trabajo.

Clara Delgado, desde que era alumna de la profesora Rosa Romero en Historia del Arte en la Universidad Complutense, se inclinó de modo temprano y decidido por escudriñar el fabuloso y atractivo ámbito del arte islámico. Su elección fue rotunda: investigar el Toledo del periodo musulmán, primero en su tesis de licenciatura —publicada con el título de *Materiales para el estudio morfológico y ornamental del arte islámico en Toledo*, y sobre todo con su tesis doctoral, *Toledo islámico: ciudad, arte e historia*, que obtuvo el premio de la Caja de Ahorros de Toledo en 1987, y que se convirtió en monografía de referencia obligatoria; una obra prácticamente agotada que se impone reeditar. Desde entonces, su constante interés y dedicación a este tema han quedado reflejados en diversos aspectos: excavaciones arqueológicas como la de San Lorenzo, análisis urbanístico de la ciudad islámica que desarrolló en varios congresos, cursos y conferencias y que ha culminado con la reciente elaboración de una *Guía del Toledo islámico* (en prensa), o el planteamiento de nuevas perspectivas para conectar Toledo con el ámbito del Islam de Occidente en un sugestivo artículo de 1996 en la revista *Al-Qantara*.

Pero, además de brillar con luz propia en sus investigaciones, dejó huella como profesora. En 1984 había iniciado su actividad académica en el Centro Universitario de Toledo, y en 1990 obtuvo por oposición la plaza de titular en la UNED. En esta segunda etapa profesional, de nuevo irrumpió con fuerza en esta universidad, iniciando otra línea de investigación sobre el arte hispanovisigodo que era complementaria de la anterior, porque averiguaba los mecanismos de transferencia cultural desde la tradición de la antigüedad tardía hacia la cultura musulmana, cuestión en la que el espacio peninsular ibérico fue decisivo. Además de impulsar varias tesis doctorales, redactó una valiosa síntesis del arte islámico, editada primero en Anaya, en 1991 y ampliada en 1996 como capítulo en la *Historia del arte en la Edad Media* en Alianza.

Junto a la investigación, un deseo incansable por conocer el mundo islámico la llevó a impulsar, junto con el profesor Blázquez, unos viajes culturales de estudios por los países islámicos de significativa influencia entre los especialistas. Todos perdemos con la muerte de nuestra compañera y amiga y profesora, porque, en definitiva, con Clara Delgado, la Universidad pierde una de las personas que podríamos calificar de «imprescindibles». ☞



Lago Erevan, 1983



Juan Ignacio Aragonés

«La que fue mi esposa»

(Leído en el homenaje a Clara Delgado,
celebrado en Toledo en abril de 1999 con motivo
de la presentación de *Regreso a Tulaytula*)

Sr. Consejero de Educación y Cultura, Sr. Rector de la Universidad de Castilla-La Mancha, Sra. Presidenta de la Asociación del Toledo Islámico, Señoras y Señores:
Quiero comenzar mi intervención agradeciendo la invitación que me ha sido hecha para estar sentado en esta mesa en la presentación del libro *Regreso a Tulaytula. (Guía del Toledo Islámico: siglos VII-XI)*. El papel que me han asignado ha sido representar a Clara Delgado

Valero, la que fue mi esposa y que figura como primera autora del libro. Podrán comprobar ustedes que esta tarea es ardua para mí, no sólo porque es difícil representar a una difunta, por bien que se la conozca, sino por la emoción que me embarga en estos momentos, al recordar al ser tan querido que he perdido. La circunstancia me reclama actuar el papel, pero sin saber muy bien cual es su prescripción, si hacer una elegía de Clara en este momento en que se la hace un homenaje en Toledo, la ciudad que ella sin duda amó; o hacer de mero testigo de los tiempos en que Clara fue desgranando cada una de las hojas del libro que se presenta aquí. Sinceramente, les aseguro que dudo por dónde comenzar y cómo desarrollar las ideas que pasan por mi mente y los sentimientos que me provocan, pero voy a hacer un esfuerzo por ordenar algunos de ellos. En este momento quisiera expresar mi sentimiento más profundo y que tuviera tanta fuerza que impidiera su olvido, porque su memoria es lo único que nos queda. ¿Qué decir para que esto suceda? No sé. Realmente, es banal intentarlo, pero es la tarea con la que me levanto todos los días. Cuando pienso en Clara y trato de recordarla, sólo se me viene a la mente sus buenas cualidades y se me hace difícil, sino imposible, representarme las miserias que poseía como todos los seres humanos. Ya sabemos que la muerte conlleva fácilmente el olvido de lo malo y evoca sólo lo bueno, pero en el caso de Clara este principio se hace más patente por la fuerza con que se manifestaban algunas de sus facetas. La mayoría de ustedes la conocían y cada uno tendrá su propia imagen; pero todos, probablemente, compartiremos algunas dimensiones que nos permiten reconocer a Clara. En este momento de su homenaje en la ciudad de Toledo quiero recordar con ustedes algunas de ellas. *Clara llenaba espacios.* Tenía escaso o nulo afán de protagonismo, quería pasar por el mundo sin hacerse notar, pero su desenvoltura en las relaciones sociales y su anaranjada melena le impedía pasar inadvertida. ¡Qué cómodo era estar con Clara en las situaciones sociales! Clara era ella, su circunstancia apenas si contaba. Podría decirse que era una mujer con criterio. Era inquebrantable al desaliento, cuando algo se proponía trataba de alcanzarlo

poniendo todos los medios a su alcance. *Clara era una amiga leal.* La querían sus amigos por la franqueza con que les mostraba sus opiniones cuando la hacían partícipe de sus vidas. Siempre estaba dispuesta a escuchar y dar su opinión sentida, evitando que el otro se molestara por darle una opinión contraria a su interés más inmediato. Creo que tenía un arte especial en saber tratar a los próximos, incluso, en algunas ocasiones, cuando parecía que les abroncaba lo decía de tal manera que los otros lo aceptaban sin rencor. Mi casa era un entrar y salir de gentes difícil de imaginar. Clara hacía la vida fácil a todos nuestros visitantes, les agasajaba con sus copiosas comidas y generaba un ambiente que les facilitaba ser como ellos mismos eran y no como un visitante atrapado en el papel de actor. *Clara era sonrisa.* La interacción entre las personas se hace más fácil cuando se maneja bien la sonrisa, ésta apacigua las tensiones y facilita la empatía. Sin lugar a duda que todos los que la conocieron estarán de acuerdo conmigo que su característica más sobresaliente era la sonrisa. Con su cara risueña conquistaba los corazones de los que a ella se acercaban. Estas son algunas de las características más sobresalientes de Clara, por supuesto que otras muchas podrían destacarse pero sin duda en el recuerdo quedarán: su empuje, su fuerza, su capacidad para hacer amigos y, sin lugar a duda, su franca sonrisa que me impresionó en el primer instante en que la conocí. Junto a los rasgos personales que acabo de destacar en Clara se conjuga un interés por la investigación sobre el arte islámico y en especial por las manifestaciones en que este se hace patente en Toledo. A esta tarea dedicó la mayoría de su vida profesional y lo hizo con tal entusiasmo y rigor que la ha hecho merecedora de un profundo reconocimiento científico entre los investigadores internacionales y nacionales del campo. Clara hacía su trabajo con naturalidad y pasión como una actividad a la que estuviera consagrada. Le gustaba la investigación por lo que permitía conocer, no tenía ningún reparo en mostrar la ignorancia si con ello aprendía. Si se tiene en cuenta dos de los motivos principales que impulsan a los académicos a alcanzar un estándar de excelencia: el *curriculum* y el conocimiento, era claro que ella estaba orienta-

da por el segundo, lo que le permitía disfrutar de su profesión como sólo lo hacen unos pocos elegidos. Al tratar de recordar alguna de las anécdotas que tuvieron lugar durante la redacción del manuscrito de su *Guía del Toledo Islámico* me vienen de forma insistente a la memoria tres sucesos que se repitieron de forma reiterada a lo largo del tiempo que duró el trabajo. La primera de ellas se refiere a cómo Clara era muy poco vanidosa a pesar de su notoriedad. Un día estaba Clara redactando la Guía y recibió una carta con los recortes de periódico que hablaban de la presentación de la Asociación del Toledo Islámico. Entre ellos había

obra. Pensaba que su esfuerzo había merecido la pena y, que con alguna incorporación de los nuevos hallazgos, pronto haría frente a una segunda edición de su libro. El tercer recuerdo, está relacionado con la edición del volumen que aquí se presenta. Todos los días que duró su redacción Clara pensaba que su guía debía aparecer en un volumen segregado de los otros documentos que componen esta obra. Se puso en contacto con patrocinadores de la edición y le hicieron ver las dificultades que su propuesta entrañaba. Pero ella siempre pensó que debía de separarse y tarde tras tarde me hacía partícipe de su



Madrid, 1984

una columna del periódico ABC que se titulaba «Clara Delgado». En ella el periodista contaba las impresiones que había tenido al escuchar a Clara hablar de Toledo. Hacía elogios que a todo conferenciante le hubiera gustado escuchar. Clara ni siquiera los leyó. Durante varias tardes yo le leía la columna y me emocionaba vicariamente por lo que en ella se decía, y Clara siempre me sonreía y me decía: «¡Qué tonto eres!» La segunda evocación se refiere a su permanente peregrinar por las páginas de su principal obra, *Toledo islámico*, cuando estaba redactando la *Guía* que hoy se presenta. Siempre que la veía acudir a su libro nos reíamos y le decía “ya estas de nuevo con “la Biblia””. Y, Clara me respondía con algún comentario sobre lo orgullosa que estaba con su

duda a la hora de entregar el manuscrito en los términos acordados, pues entendía que un volumen más sencillo haría más funcional la guía. Razones presupuestarias y su enfermedad hicieron que fuera aceptando la idea de un único volumen. Hoy, si estuviera entre nosotros y viera la magnífica edición que ha hecho la Consejería de Cultura, seguro que se felicitaría y estaría orgullosa de haber contribuido a esta interesante obra.

Para terminar, no me queda nada más que agradecer a todos ustedes, en nombre de mi hija y el mío propio, este acto de homenaje que han dispensado a Clara.

Espero que su recuerdo viva siempre en nosotros como alguien que pasó por nuestra vida y nos dejó una huella imborrable. ☞

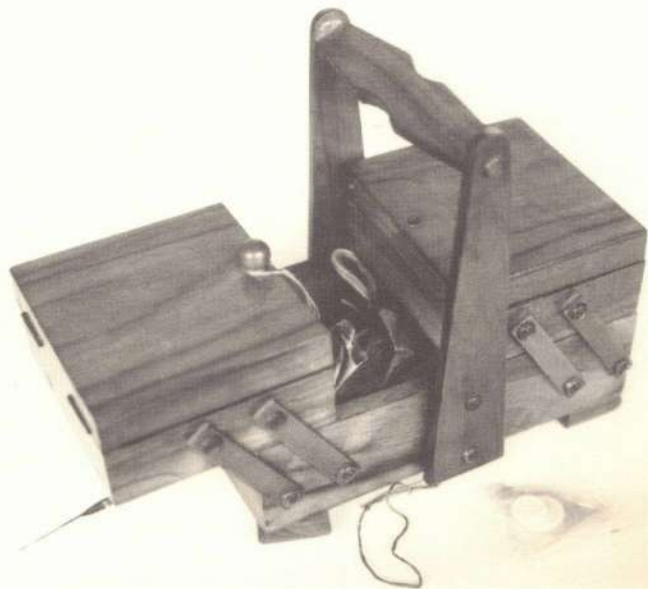
V. TODO SIN CLARA







VI. ÍNDICES



I. PRESENTACIÓN 13

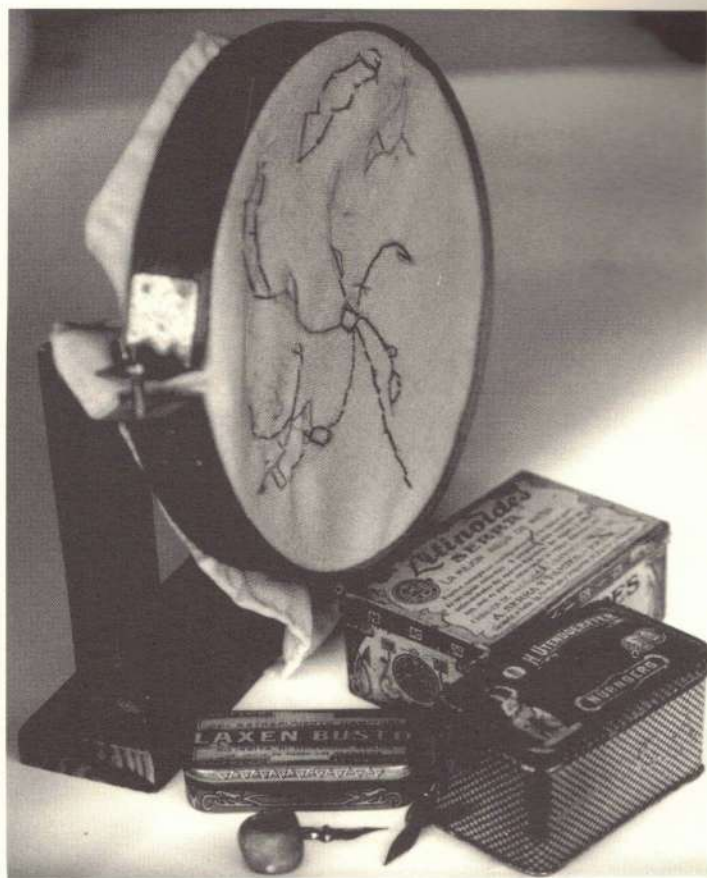
II. CLARA 17

III. LOS AMIGOS DE CLARA 25

| | |
|--|----|
| ☞ Jaime Alvar Ezquerro, <i>Controvertida y humana, obstinada y generosa</i> | 27 |
| ☞ Ana Rodríguez, <i>¿Qué nos une?</i> | 30 |
| ☞ Matilde Revuelta Tubino, <i>Clara Delgado y el Museo de Santa Cruz</i> | 31 |
| ☞ Mercedes Bartolomé, <i>Una continua añoranza</i> | 32 |
| ☞ Carmen García Camba, <i>¡Qué valor tienes, Carmencín!</i> | 33 |
| ☞ Pilar Rozas Butrón, <i>Los amigos de Clara</i> | 34 |
| ☞ José María Blázquez, <i>En memoria de Clara</i> | 36 |
| ☞ Ricardo Izquierdo Benito, <i>Carta a Clara</i> | 38 |
| ☞ José Antonio Corraliza, <i>En recuerdo de Clara</i> | 41 |
| ☞ Jaime Sánchez Ratia, <i>¡Dios mío, qué solos nos quedamos los vivos!</i> | 43 |
| ☞ Armando Rodríguez, <i>El sabor de los pimientos fritos</i> | 50 |
| ☞ Asunción Ferreras y Federico Corriente, <i>Clara reposa en la región más limpia de nuestros pensamientos</i> | 55 |
| ☞ Isabel Caño, <i>Me abría la puerta y sonreía, y yo sabía que ya estaba en casa</i> | 56 |
| ☞ Juan Sisinio Pérez Garzón, <i>Carta para Blanca, porque Clara nos unió</i> | 58 |
| ☞ Paloma, Sol, María, Isabel y Jacobo, <i>¿Le gusta el cuadro a Juan Ignacio?</i> | 60 |
| ☞ Pepa Rodríguez Molina, <i>Elogio del pelo Rojo</i> | 62 |
| ☞ Miguel Ángel Castillo, <i>Clara Delgado Valero, in memoriam</i> | 65 |
| ☞ Encarna Sarriá & Alejandro Ruiz, <i>Yo disfrutaba escuchándola</i> | 68 |
| ☞ Francisco Pérez Corral, <i>Clara, manchega, mora</i> | 69 |
| ☞ Victoria Soto, <i>Me cabe el honor de haber discutido con Clara</i> | 70 |
| ☞ Palma Martínez Burgos, <i>El vestido que tanto te gustaba</i> | 72 |
| ☞ Ángela Franco, <i>Clara amaba la vida</i> | 74 |
| ☞ Begoña Mendizábal, <i>Clarichi</i> | 75 |
| ☞ Helen Hadkins, <i>Una Ava Gradner dirigida por Almodóvar...</i> | 78 |
| ☞ Magdalena Merlos, <i>Nunca podré volver con Clara a ningún lugar</i> | 79 |
| ☞ Yolanda Guerrero, <i>Sólo aprendí de ella</i> | 80 |
| ☞ Aurora Ruiz Mateos, <i>Para Clara</i> | 83 |
| ☞ Carmen Sarrión, <i>Clara era una luchadora incansable</i> | 84 |
| ☞ María José Vázquez, <i>Creí que su amistad me duraría siempre</i> | 85 |
| ☞ Juan Zozaya, <i>Homenaje a Clara Delgado</i> | 86 |
| ☞ Elías Hayali Agopian, <i>Hasta pronto, Clara</i> | 87 |
| ☞ Alberto Nicolini, <i>Clara Delgado Valero</i> | 88 |
| ☞ Juan Antonio Ramírez, <i>Carta (a) Clara</i> | 89 |
| ☞ Diego Suárez Quevedo, <i>Gracias, Clara, por tu cálida amistad</i> | 90 |

| | |
|--|------------|
| ☞ Pilar Tormo Martín, <i>Clara Delgado y la Asociación de Amigos del Toledo Islámico</i> | 90 |
| ☞ Arminda Lozano, <i>Isfahan</i> | 91 |
| ☞ Guillermo Aragonés Tapia, « <i>Ahora, entre vosotros, no me importaría morirme</i> » | 93 |
| ☞ Patrocinio López Herrada, <i>Genio y figura</i> | 94 |
| ☞ Carmen Delgado Piedrabuena, <i>Clara sigue presente en todos nosotros</i> | 95 |
| IV . D E L A P R E N S A, H O M E N A J E S, E T C | 97 |
| ☞ Pilar Ruiz-Va Palacios, <i>El hueco donde no está Clara Delgado</i> | 99 |
| ☞ Juan Meneses, <i>A Clara Delgado</i> | 99 |
| ☞ Esperanza Martín Montes, <i>Clara Delgado: el valor de la generosidad</i> | 100 |
| ☞ Miguel Ángel Larriba, <i>Adiós, Clara</i> | 101 |
| ☞ Víctor Nieto Alcaide, <i>Sobre nuestra compañera Clara Delgado Valero</i> | 103 |
| ☞ Francisco Masa, <i>Clara Delgado en el recuerdo</i> | 105 |
| ☞ Jaime Alvar Ezquerro, <i>A Clara</i> | 106 |
| ☞ María Teresa Pérez Higuera, <i>Clara Delgado Valero, investigadora del Toledo Islámico</i> | 109 |
| ☞ Juan Ignacio Aragonés, <i>La que fue mi esposa</i> | 110 |
| V . T O D O S I N C L A R A | 114 |
| VI . Í N D I C E S | 117 |
| VII . P A L A B R A S D E B L A N C A | 121 |
| VIII . E S L A H O R A D E L G R A N S U E Ñ O | 125 |

VII. PALABRAS DE BLANCA



Mama te as muerto Lo siento
~~muchisimo~~ ~~eras~~ a la que mas
eria y mis primos que tiene 22
y yo que tengo 7 años pues ten
may no es gusto adios mama espe
ro que me oigas MAMA Muchas
bebes MAMA



VIII. ES LA HORA DEL
GRAN SUEÑO



انها عين النوم العميق تعجبها هذا العتمة التي تبغ الليل والاسوار الكلا مضان الطوق ظلمة
ولكن اللد ميتة ظهرها الى البحر الضميت فوق السرح ولم يعد الاطفال يكون

*Es la hora del gran sueño
del cansancio punzante;
es ésta la hora que engulle la noche
los muros apenas iluminados
y los sombríos adarves,
pero la ciudad está muerta
de espaldas al mar;
el silencio acompaña al viento
y los niños han dejado de llorar*

127

Tahar Ben Jelloun
Médinas



ESTA PRIMERA EDICIÓN DE *CLARA DELGADO VALERO Y SUS AMIGOS*
SE TERMINÓ DE COMPONER EL DÍA 11 DE
SEPTIEMBRE DE 1999 , FESTIVIDAD
DE NUESTRA SEÑORA DE LAS
MARAVILLAS, EN LOS
ORDENADORES
DE LA EDITO-
RIAL LA
MOTA
NE-
GR
A
L
A
U
S

D
E
O



ISBN 84-922416-5-3



9 788492 241859